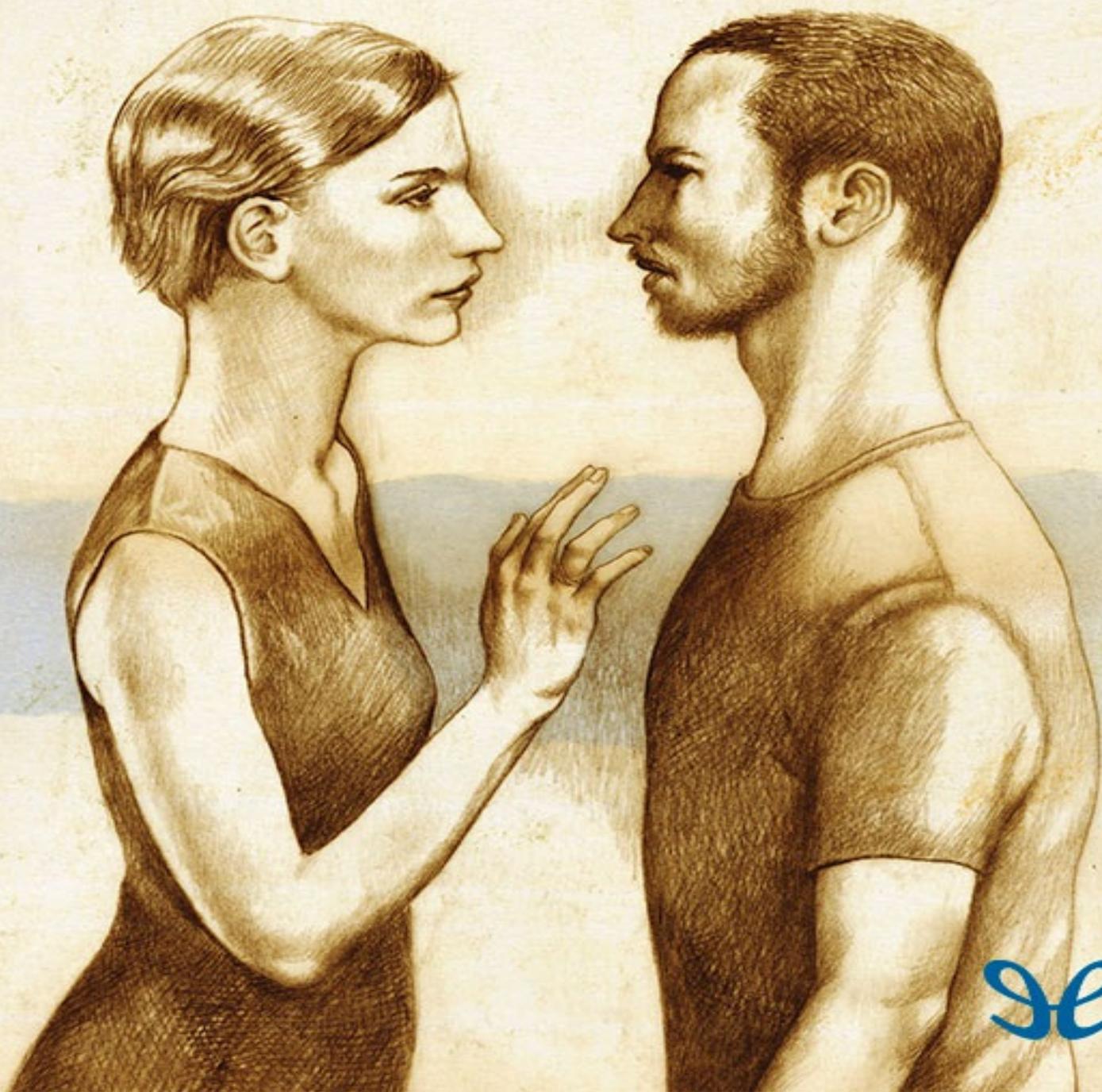


PERDÓN

Ida Hegazi Høyer

Traducción de Cristina Gómez-Baggethun



Dos jóvenes se encuentran y se enamoran a primera vista. Él es un estudiante de Filosofía que impresiona profundamente a la chica por su elaborado discurso intelectual; parece el hombre perfecto. Se trasladan a un pequeño apartamento, y en los días, semanas y meses posteriores no ven a nadie más. Pero empiezan a surgir sentimientos de malestar en la pareja. Pequeños signos, pequeñas rarezas que sugieren que las cosas podrían no ser como parecen...

Esta novela, ganadora del Premio de Literatura de la Unión Europea y que consagró a su autora como uno de los jóvenes talentos más prometedores de todo el continente, explora el lado más oscuro de la vida cotidiana, con un realismo que raya en lo onírico y absurdo, y un lenguaje que atrae al lector hacia una atmósfera de sensaciones que vivirá como propias.



Ida Hegazi Høyer

Perdón

ePub r1.0
Titivilus 11.09.18

Título original: *Unnskyld*
Ida Hegazi Høyer, 2014
Traducción: Cristina Gómez-Baggethun

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

Había una cama en la acera. Desde el cruce al final de la calle, se veía que había una cama delante de nuestro portal, alguien que se estaba mudando al bloque, o del bloque, algo que cortaba el paso. Pero hasta que estuve muy cerca, hasta que ya estaba entrando, no vi que era nuestra cama, que eran nuestro edredón y nuestras almohadas, y que todo parecía una instalación en medio de la calle, visible de pronto, quizá por fin, bajo la luz adecuada.

Era festivo, ya casi verano, llegué a casa y nuestra cama estaba en la calle. La habías hecho. El edredón estaba bien doblado, las almohadas sin huellas de cabezas y la colcha, que en realidad nunca usábamos, tendida sobre el cabecero. Un corte de la noche eternamente interrumpido. Es probable que me detuviera, que sintiera un espera, un para, no subas. Y hacía calor, era mediodía, el cielo estaba en llamas.

Subí una planta. Dos peldaños, dos pasos, luego el resto de la escalera. No habías dejado la puerta abierta. Habías echado el pestillo. Y eso no lo olvidaría nunca, sabías que yo era la única que tenía llave.

La perra salió corriendo. En cuanto abrí la puerta, salió disparada. Y entonces vi. Y entendí. Tus fotos, nuestras fotos, ya no estaban colgadas en la pared. Los rascacielos estaban en el suelo, dándome la espalda, dos marcos blancos.

Éste era el aspecto que tenía la habitación: la ventana estaba cerrada y las persianas bajadas. Las puertas de los armarios cerradas, las lámparas apagadas y, en medio del cuarto, donde tendría que haber estado la cama, una silla de la cocina volcada. No había ruidos ni aire que se dejara respirar. Eran las doce del mediodía.

No me acerqué a ti. Pero entré en la habitación.

Di un rodeo a lo largo de las paredes, hacia la ventana, hacia el día. Subí las persianas, abrí la ventana y podría haber saltado, no habría pasado nada, al fin y al cabo nuestra cama estaba abajo, a mis pies, situada con precisión para las caídas. Pero no salté, sentí arcadas, eso fue todo lo que conseguí, una ínfima gotita de bilis que cayó a los pies de nuestra cama, luego respiré profundamente, una vez, y salí corriendo. Fue la última vez que te vi, al pasar noté que no olías a nada y, cuando llegué abajo, cuando salí, la calle era otra y el cielo había cambiado, las casas se habían ladeado y los tejados estaban a punto de derrumbarse, los árboles galopaban, los coches eran de otro mundo y las personas, todas las personas, ya no eran humanas.

No tenía adónde ir. Me tumbé bajo el edredón y me dejé sentir lo que quedaba de ti y de nosotros. Me tumbé bajo nuestro edredón, en la cama que estaba en la calle bajo el cielo devorador y supe, ya, que siempre vería distinto aquel cuarto.

La otra habitación: la ventana está abierta, la lámpara de la mesilla encendida. Llego a casa medio día antes. Son las doce de la noche. Estás durmiendo en la cama. O te has acostado y te vas a dormir. O estás en el baño cepillándote los dientes. O estás en el salón viendo la tele. O estás soñando. Estás caliente. Tienes un calor. Estás dormido en la cama. Me tumbo a tu lado.

2

La primera vez que te vi, acabé completamente desnuda. Estábamos junto al mar, era verano o finales de primavera. Fue dos años antes, al final de la tarde, y la luz se alargaba. No recuerdo con quién había ido, pero en ese momento estaba sola, paseaba por la orilla y había más gente, gente comiendo, gente cantando en competición con las gaviotas, y yo paseaba por la orilla, sintiendo la arena hundirse bajo mis pies, con el sol de frente, diez mil flechas sobre el mar de brillos. Cuando te vi, todo desapareció.

Tú también estabas solo. Sentado más adentro, más alejado del agua. No vi lo que hacías, no vi si leías o dibujabas o escribías, pero más tarde me contaste que pensabas, que era eso lo que hacías, que habías ido al mar a filosofar y que entonces llegué yo, y ésta fue nuestra historia, el único comienzo.

Te vi y acabé completamente desnuda. Te vi y, que quede claro, yo te vi primero. Estuve un buen rato mirándote. El agua me llegaba a la mitad de las pantorrillas y estaba fría, pero tú dabas la impresión de ser un mundo más cálido. No porque tuvieras una belleza extraterrenal, ni una tranquilidad inquietante, ni un flirteo incómodo, no tenías nada de todo eso. Pero te atrevías a estar presente sin entablar ningún contacto con nadie. Estabas tan solo... y eras lo más hermoso que había visto en mi vida. Y cuando me miraste, cuando me viste, debiste de verme negra y sagrada al mismo tiempo, fue como si asumieras y descartaras en una sola y única mirada. Entre nosotros se extendían todas las personas. Entre nosotros se extendían los gritos, la arena, las piedras y las voces. Y no pensé, ni un solo pensamiento me cruzó la mente, no vi todos los ojos que había ante mí, sencillamente me desvestí. Para ti. Me solté la goma del pelo, me arranqué la ropa y me planté frente a ti, frente a ese mundo sin amo que se extendía entre nosotros, y tú te levantaste y viniste hacia mí, había un aplauso en las olas.

Viniste hacia mí y yo estaba de pie en el agua y no desviaste la mirada y no desvié la mirada y eras alto y flaco y yo era baja y estaba desnuda y tenías veinticinco años y yo veinte y bajaste hasta el agua y pisaste mi ropa y yo permanecí inmóvil en la trémula luz. Jamás volvería a ver nada parecido.

Levantaste la piedra más grande que encontraste. Estaba medio hundida en el agua, a mis pies, y debía de pesar como un hombre joven. Pero lograste levantarla y llevártela al pecho, aunque te temblaron los brazos y, al pasar a mi lado, me miraste, hasta muy abajo, y pasaste tan cerca que pude oler tu sal, y supe que procedía de algo limpio. Oías exactamente como debías, llevabas vaqueros y te adentraste en el agua, despacio, con aquella piedra enorme, mientras el agua iba

subiendo, más adentro, más arriba. No llegaban ruidos de tierra. Había silencio en las masas. Y cuando el agua te llegó a las caderas, te paraste, y con el mar hasta el vientre, me esperaste, y cuando llegué, tenías los brazos rojos. Estábamos de pie en el mar. Estábamos de pie en la luz. Tú eras alto y flaco, yo era baja y estaba desnuda, y arrojaste la piedra más grande del mundo. Y lo hiciste por mí. Y aunque no llegó muy lejos, tampoco se trataba de eso.

Después nos quedamos sentados en la hierba, teníamos frío, no dijimos gran cosa. La basura flotaba en el borde del agua, casi todo el mundo se había marchado, y entonces me rodeaste con el brazo y dijiste: Soy realista y de ciencias, y lo dijiste con una sonrisa y no tuve nada que replicar a eso. Yo trabajo en una guardería, dije, y retomamos el silencio. Estabas manipulando un sedal y yo simulaba no fijarme en lo que hacías. En lo grandes que tenías las manos. En lo largas que tenías las pestañas. En cómo se te abría la boca cada vez que mirabas mar adentro, como si añoraras algo, como si te inventaras algo. Estábamos muy pegados el uno al otro. También la piel tiene un lenguaje.

Al montarnos en el último autobús, ya éramos novios. Al bajarnos, me diste el anillo. Ya no hay ni un tú ni un yo, me dijiste, y tuve la certeza de entender a qué te referías. Habías trenzado el sedal para formar un circulito que me pusiste en el dedo. El anular izquierdo, *vena amoris*, llega directamente al corazón, me susurraste. Era un anillo de sedal transparente, firmemente trenzado y de puntas afiladas, y después de ponérmelo, lo ajustaste y le hiciste un nudo. El sedal de pesca es lo más fuerte que hay, me dijiste, y luego lo cortaste con los dientes. Te metiste mi mano entera en la boca. El sol estaba desapareciendo y la sal ya empezaba a picar sobre la piel. Noté enseguida que era un anillo incómodo, un anillo que iba a molestarte, pero tú decías que era fuerte, más fuerte que el oro, más fuerte que la sangre, que ya no había ni un tú ni un yo. Este anillo no se romperá nunca, ésas fueron tus palabras y tuviste razón. Así fue como nos prometimos, con un sedal. Y recuerdo aquel día. Recuerdo cómo nos hicimos mayores el uno al otro. Cómo insistimos en no ser una casualidad. La primera noche. Las primeras palabras que siguieron. Cómo ya nada parecía casual.

3

Enseguida nos fuimos a vivir juntos, alquilamos un apartamento de un dormitorio en pleno centro, junto a un parque. Tú apenas sabías nada sobre mí. Yo apenas sabía nada sobre ti. Pero creo que no pensábamos en eso, en que en realidad éramos dos extraños. Por las mañanas exprimíamos los restos de la noche. Por la noche nos acurrucábamos bajo el futuro. Íbamos a dar la vuelta al mundo, el sueño de los jóvenes, seríamos personas especiales, pero entre tanto yo tenía que ir al trabajo y tú a la universidad, y yo llevaba tu anillo, aunque me hiciera daño, y dormía con él, me duchaba con él, trabajaba con él, trabajaba a pesar de él y no me lo quitaba nunca. Todos los niños de la guardería acabaron con marcas de tu sedal. Día tras día cambiaba pañales y sonaba mocos, mientras tú te encerrabas en la biblioteca a estudiar filosofía. Cuando volvía a casa, reconocías en mí el olor de los niños. Quiero tener hijos, me decías entonces.

El apartamento era bonito. Era céntrico. Era barato. Teníamos un baño alicatado y prácticos suelos de tarima flotante. Venía con un enorme sofá. Venía con un montón de beneficios añadidos. Nuestro autobús, por ejemplo, que paraba delante del portal y que cogíamos todas las mañanas, en sentidos opuestos. El pub a la vuelta de la esquina, por ejemplo, en el que los martes y los jueves cantaban ópera en vivo. Aunque no íbamos nunca, nos gustaba que estuviera allí.

Me gustaban tus cosas. Me gustaba que no tuvieras muchas.

Me gustaban tus ideas. Me dabas un entorno, una vida adulta.

Así era. Fue mi época más feliz y, desde el principio, me dedicaba a hacer mapas de ti. Mapas imposibles. Mapas impenetrables. Tenías un lunar con forma de corazón en la parte interior del muslo derecho, una cicatriz hexagonal justo encima del ombligo y, en el cogote, un bultito, un pequeño planeta aparte. Por lo demás estabas immaculado, pulido. Resultaba casi increíble lo limpio, suave, liso y hermoso que eras. Y luego, tus manos. Nunca había estado con un hombre de manos tan juguetonas. Nunca había estado con un chico de manos tan grandes. Nunca tenías bastante. Nada era suficiente para ti. Eras un sumidero, un apetito, un apetito en el apetito.

Fuimos a París. Fuimos a Ikea. Allá adonde fuéramos, encontrábamos lo bueno. Nadie está como nosotros, nos decíamos, ya estuviéramos en el parque o en el bosque, en la piel o en la cabeza, en el corazón. Nos habíamos mudado al interior del otro. Ya no hay ni un tú ni un yo, me decías casi todos los días. Como un juramento. Como un eslogan publicitario. Cocinabas, descorchabas botellas de vino y me hacías sentirme inteligente, me hacías utilizar palabras nuevas, palabras más grandes, como, por ejemplo, *existencialista* o *relativamente*. Yo nunca había conocido a ningún filósofo. No había pensado demasiado en que hubiera tantas cosas sobre

las que pensar. Pero tú, tú tenías tantas tesis, tantos laberintos de ideas... Yo me adentraba por ti y me salía por ti. Venías de otra ciudad. ¿Quieres que te cuente una historia?, así lo decías siempre, déjame contar. Déjame contarte. Déjame recontarte.

Empezamos a jugar. Eso también forma parte del único comienzo. Empezamos a jugar al *backgammon*. Fue un sábado por la mañana, llovía y no teníamos nada mejor que hacer. Entre una partida y otra nos acostábamos y, mientras jugábamos, me hablabas de tus héroes y tus teorías. Me hablabas de Howard Roark, un arquitecto inquebrantable, un compositor de las piedras, un hombre duro entre las masas, y te declarabas en contra de la Ley de Jante, decías que los muchos no siempre tienen razón, que hay que creer en uno mismo hasta el final, y con esa sonrisa tuya, decías que eras como Howard, y cosas parecidas, luego ganabas la partida y después ganabas la conversación, al fin y al cabo yo no tenía ni idea de quién era ese Howard, tampoco sabía nada de arquitectura ni de otros tipos de construcción.

Pero te dabas cuenta de que no siempre me enteraba de lo que decías, de que no había leído lo que habías leído tú, ni visto lo que habías visto tú, ni pensado lo que habías pensado tú y, al darte cuenta de que no me enteraba, solías cambiar de tema, en eso eras considerado, de pronto empezabas a hablar de los árboles, de las nubes, de alguna leyenda del cine, de John Wayne, por ejemplo, de algo medio absurdo y medio gracioso. Y yo amaba tu risa, lo amaba todo de ti, así que me reía contigo, aunque en realidad tampoco hubiera oído hablar de John Wayne, sólo tenía veinte años. ¿Qué harás cuando te licencies en filosofía?, te preguntaba, y entonces me mirabas, como si no te cupiera en la cabeza que no lo supiera. Haré mi propia filosofía, decías, y luego nos echábamos otra partida y al final empezamos a apostar.

La primera apuesta fue sencilla. El que perdiera al *backgammon* tenía que salir a la calle en ropa interior, ir a la panadería y comprar pan. Éramos dos jóvenes demasiado felices, todavía no alcanzados por la normalidad inherente a todo. Me quedé en la ventana, mirando: mi flamante novio en calzoncillos por la calle, lo gracioso que ibas, el modo en que me saludaste con la mano y esa sonrisa tuya, esa sonrisa que nunca lograba averiguar si era espontánea o calculada. Había tantas cosas que no lograba averiguar... Lo que importaba, lo único que importaba, era que me dabas la sensación de que todo lo que hacías procedía de un amor desbordante, único y exclusivo, hacia mí. Y aquello acabó siendo lo nuestro: todos los sábados, cinco partidas de *backgammon*. El mejor de cinco, el peor de cinco, ésa era la cuestión, cada sábado una nueva apuesta. Dijiste que estabas abierto a casi todo, al fin y al cabo eras un hombre de ciencias en la facultad de letras, implicara lo que implicara eso, y yo también estaba abierta, de modo que acordamos avanzar. Para que tuviera un significado lo que hacíamos, eso de estar tirados en la cama lanzando los dados, había que jugarse algo, había que medir o computar algo. Y el sábado siguiente volviste a perder, esta vez fue peor, pero lo llevaste a cabo con absoluta superioridad. De nuevo te encaminaste a la panadería, de nuevo yo te miraba desde la ventana: mi novio, el hombre de mi vida, calle abajo, ataviado con unas braguitas y un sujetador, con mi ropa interior, con un calcetín metido en cada copa y el triunfo dibujado en el rostro. Vi cómo te aplaudían y me sentí orgullosa, me sentí contenta. Exageradamente contenta. Sabía que iba a vivir contigo para siempre, que nunca conocería a nadie mejor que tú, a nadie que encajara mejor conmigo. Decías lo correcto. Hacías lo correcto. Ya me conocías hasta lo más profundo, sabía que me deseabas y te ponía a prueba en

cada portal, en cada umbral, como hacen los veinteañeros, como una pequeña ninfa recién enamorada.

Decías que me encontraba en plena revolución sexual. Tenías palabras para todo.

Las amigas, como es obvio, se fijaron en ti, en tu encanto y en tu jerga, en tu ductilidad natural. Ellas tenían novios inmaduros, chicos desgarbados y con acné que hacían la mili o trabajaban en un supermercado o repetían asignaturas que habían suspendido en bachillerato, o bien eso o bien no tenían novio, a algunas ni siquiera las habían follado aún, ni siquiera les habían metido mano, chicas desesperadas y cachondas embarcadas en una frenética búsqueda del hombre adecuado para terminar con esa virginidad que, a la larga, les resultaba tan incómoda. Yo veía cómo me miraban, lo que pensaban, lo que sentían, y nunca había estado tan orgullosa ni me había considerado tan afortunada. Ahí estabas tú con tus conocimientos, con tu lenguaje, con tu mirada, con esa manera de descorchar las botellas de vino. Y eras mío. Y vivíamos en un apartamento. Y cuando las amigas venían a vernos, algunas seguían en casa de sus padres, se sentaban en nuestro sofá y se dejaban servir vino hasta desbordarse. Recuerdo sus miradas erráticas y resplandecientes, seguramente iguales a la mía, y recuerdo lo que susurraban: Joder, qué bueno está, los modos de hablar de las chicas cuando están achispadas. Eras un extraño, eras un adulto, eras sabio y eras irrefutable. Tenías una pinta espectacular y decías cosas espectaculares.

Y un día dijiste algo verdaderamente espectacular.

Estaba hojeando el periódico cuando me topé con una foto de un tipo tirándose desde la torre del Oslo Plaza. Ése soy yo, dijiste, y miré al hombre en el aire, miré su figura borrosa, y efectivamente era alto y flaco. ¿Eres tú?, te pregunté, y asentiste con gesto serio, asentiste hasta que te reconocí, hasta que sentí una punzada.

Me enfadé, fue la primera vez que me enfadé contigo, aunque fingí estar más enfadada de lo que realmente estaba. ¿Por qué no me has contado que haces salto base? ¿Te das cuenta de lo peligroso que es eso? ¿Estás dispuesto a arriesgar nuestra vida? Ese tipo de cosas te dije. Pero, en el fondo de mi corazón, estaba un poco orgullosa. Más que un poco. Tenía un novio que era filósofo y se lanzaba desde edificios altos. Tenía un novio que me quería tanto que, por encima de todo, procuraba no inquietarme. No he querido preocuparte, dijiste, pero confía en mí, sé lo que me hago. Dijiste: Sólo es peligroso cuando no sabes calcular el viento.

Media hora más tarde, volvía a estar contenta. ¿Quieres ver una película?, preguntaste. Y quise. ¿Nos tomamos un vino?, dijiste. Y también quise.

La película estaba grabada con una cámara para casco, las vistas eran tuyas. Primero se veía el paisaje, las montañas y el fiordo, luego a los otros tres chicos. Estabais en Kjerag, había barranco por los cuatro costados, había cielo azul, paz y miedo. Y luego se veía el salto. Y luego se te veía a ti.

Me parecía inconcebible que fueras tú.

Dijiste que eras tú en tu momento más vital. Me contaste que el primero que se mató saltando al fiordo de Lyse también se llamaba Sebastian, pero que era de otro país.

Me resultaba incomprensible que dijeras algo así.

Esto eras tú: tu boca y mi boca, tu piel y mi piel, tu mano y mi mano, tu sonrisa y mi sonrisa. Y

esto es todo lo que recuerdo del comienzo. Bocadillo: no hay ni un tú ni un yo.

4

La primera vez que viste a mi madre fue a mediados de noviembre. Llevaba todo el verano y parte del otoño en su casa de campo, adonde se retiraba a pintar, y tú estabas entusiasmado. Tienes una madre artista, cómo mola, decías. Te advertí que no sabía cocinar, pero aseguraste que te daba igual, que eso sólo confirmaba que era una auténtica bohemia, un verdadero cliché. ¿Y siempre ha sido artista?, me preguntaste. ¿Y qué tipo de cuadros pinta? Y de pequeña, ¿viajabas con ella cuando se iba a pintar? Te apasionaba esto del arte de mi madre, te parecía casi increíble que alguien se dedicara al arte en la realidad, casi dabas la impresión de no creerme. Yo me quedaba en casa, te respondí, cuando mi madre se marchaba a pintar, era mi padre quien me cuidaba. Y me preguntaste si mi padre también era artista, pero como no lo era, quizá careciera de interés.

¿Dónde está tu padre? Te bastó cuando respondí que no sabía dónde vivía. Lo dejaste estar.

El encuentro fue bien. Te pasaste toda la comida alabando sus tristes platos y, durante la sobremesa, mientras continuábamos con el vino tinto, te explayaste sobre el creciente papel del arte en el mundo capitalista. Se avecina un cambio de paradigma, anunciaste, y mi madre te miró y no te llevó la contraria. Dentro de cien años, proclamaste, cuando todas las civilizaciones estén en ruinas, nos daremos cuenta de que los codiciosos imbéciles que nos han gobernado hasta ahora se han limitado a embestir las fronteras territoriales y a masturbarse en los bancos, y en ese momento, cuando todo el mundo se dé cuenta, entrarán en juego los filósofos y los artistas, les llegará a ellos el turno de gobernar, igual que en la antigua Grecia, dijiste flameando en tu propia llama, ya veréis como todo vuelve.

Tenías confianza en ti mismo. Tenías saber. Lo tenías todo. Incluso cierta predilección por el expresionismo, que era el terreno de mi madre. Cuando te enseñó un cuadro de Ekeland y te preguntó qué pensabas, respondiste que te parecía bello, pero no tan bello como su hija. Te hacías infalible. Eras infalible. Mi madre mencionó algunos libros, los habías leído. Nombró algunas películas, las habías visto. Y al final empezaste a hablar sobre las distintas clases de uvas de vino y a mi madre se le pusieron los ojos como platos y no intentó ocultar su asombro. Sabes muchas cosas, Sebastian, dijo, y cuando te metiste en la cocina a fregar sus cacerolas chamuscadas, me dijo que confiaba en que siguiera tomando la píldora, pero me lo susurró guiñándome un ojo y me lo tomé como una buena señal. Mi madre se imaginaba que, en algún momento del futuro, le daríamos nietos, sólo que no todavía.

La primera vez que vi a tu madre fue en Navidades, nuestra primera Navidad, y fue otro tipo de encuentro. Fuimos porque estaba claro que teníamos que ir. Todo el mundo vuelve a casa por Navidad. Todo el mundo presenta a su novia en casa. Todo el mundo intercambia regalos por Navidad. Todo el mundo enciende velas. Y, sin embargo, se notaba que no te apetecía ir.

Durante los días previos, empezaste a hablar un poco sobre ellos, sobre esa familia de la que en realidad nunca me habías contado gran cosa. Me hablaste de tu abuela materna, que había sido una de esas mejores abuelas del mundo, pero que ahora estaba senil y no se podía charlar con ella. Y me hablaste de tu madre, que era médico, pero estaba de baja, me contaste cómo te remendaba de pequeño cada vez que te caías, cómo te cogía en brazos, te limpiaba las heridas y te las cosía sobre la encimera de la cocina, donde casi siempre tenía una masa creciendo para luego hornearla. Me dijiste que de pequeño te caías mucho, que eras muy lanzado y activo. Pero que tu madre era buena en lo que hacía, nunca habías tenido que ir al hospital ni nada por el estilo, tu madre procuraba siempre que regresaras enseguida al juego, que volvieras a la bicicleta, a los esquís o a lo que fuera que estuvieras haciendo. Tu padre, añadiste, también era bueno en lo que hacía, trabajaba mucho, se esforzaba. ¿A qué se dedica?, pregunté, y te vi apartar la mirada, tú nunca apartabas la mirada. Es taxista, dijiste al cabo de un rato.

En el tren parecías preocupado. Bebiste mucho e ibas constantemente al baño, pero no te servía de nada, estabas nervioso. ¿De qué tienes miedo? No recuerdo si llegué a preguntártelo, ni si en el fondo me importaba. Para mí eras un polo de atracción en ti mismo. Nunca te había visto nervioso, quizá ni siquiera me di cuenta. ¿Y de dónde eras? De Larvik o de Narvik, de Moss o de Voss, me daba igual. Nunca me importó la pequeña ciudad de la que procedías. Nunca me molesté en conocer la geografía que habías abandonado.

Por cierto, me dijiste, fue justo antes de que nos bajáramos del tren. Por cierto, mientras estemos en casa, es mejor que no me llames Sebastian, dijiste. En realidad me llamo Daniel, o más bien me llamo Daniel Sebastian, pero mis padres me llaman Daniel y les apenaría saber que he dejado de usar mi primer nombre, ¿vale? Y entonces se abrieron las puertas y nos bajamos y allí estaba tu padre con el taxi. Hola, hola, nos dijo, y metimos las maletas atrás, nos montamos en el coche, él encendió la radio y nos fuimos a tu casa, a vuestra casa, y cuando nos bajamos, tu patio nos estaba esperando y tu padre había arrancado antes de que llegáramos a la puerta.

Tu casa era sombría. Todas las paredes estaban pintadas de colores oscuros, todas las lámparas a medio gas. Había cientos de fotografías, pero ni rastro de la Navidad. Mi madre odia los duendecillos, dijiste, como si fuera algo especial, como si de alguna manera la convirtiera en una intelectual o algo parecido.

También tu madre era sombría. Sin embargo, su nombre era Solvor y se llamaba a sí misma Sol, y había en ella una calidez, al menos cierta amabilidad en la intención. Quería saber quién era yo y a qué me dedicaba en la vida, así que le hablé de mi trabajo en la guardería, de mis planes de viaje y de los estudios que quizá emprendiera con el tiempo. Vaya, así que trabajas en una guardería, dijo, encendiéndose un cigarrillo. ¿Dónde? ¿En qué sección? ¿Qué tipo de puesto tienes? ¿Cuántos niños? ¿Cuántos compañeros? Estaba muy interesada. Estaba muy interesada en los detalles. Quería hacerme hablar y hablar y hablar y, cada vez que yo creía que habíamos

acabado, volvía a la carga. ¿Qué rutinas de sueño tienen los pequeños? ¿Cómo se organizan las comidas? ¿Quién es el principal responsable? ¿Quién es el principal responsable si pasa algo? Y todo el rato, mientras yo hablaba, durante todo aquel animado interrogatorio, tú permaneciste en el sofá junto a mí, rodeándome con el brazo, y ella frente a nosotros, en su sillón, todos con una copa en la mano, todos sonriendo mientras yo enumeraba las rutinas que seguíamos en mi centro de trabajo. Y asentías con la cabeza a cuanto yo decía. Y nunca la interrumpías.

Así que te gustan los niños, dijo por fin, una frase seguida de puntos suspensivos y luego un punto final o un signo de interrogación, no estaba segura, pero dije: Sí, claro que me gustan los niños, y entonces sonreíste, como aliviado, como orgulloso. Luego me levanté y dije que tenía que ir al servicio, aunque en realidad fui al baño a beber agua. Cuando volví, seguíais callados.

Empecé a mirar las fotografías. Había muchísimas. Tú de pequeño, por todas partes. Comenté lo mono que eras y tu madre me dedicó una breve sonrisa antes de meterse en la cocina. ¿Queréis cenar?, preguntó, y tú querías, estabas muerto de hambre. Durante la cena, tu madre se embarcó en el siguiente tema: los planes de viaje. ¿Por qué quería viajar? ¿Adónde quería ir? ¿Cuánto tiempo pensaba estar fuera? ¿Cómo pensaba financiarlo? ¿Planeaba hacerlo contigo? ¿Que si planeaba hacerlo contigo? Nos miramos y tú bajaste un poco la mirada. Claro que lo haré con él, dije, nos marcharemos tan pronto como acabe los estudios, ¿verdad, Daniel? Y entonces le tocó a ella agachar un poco la mirada, y volvió a hacerse el silencio.

¿No le has contado que vamos a viajar?, te pregunté al acostarnos. Claro que sí, dijiste, pero es una mujer de campo, ya sabes, no está acostumbrada a estas cosas. Y cuando me levanté a media noche para hacer pis, la vi en el salón, todavía en su sillón, todavía con una copa en la mano, como un fantasma y sin ninguna lámpara encendida. Y a la mañana siguiente, al levantarnos, continuaba allí. ¿No has dormido?, quise preguntarle. Pero no dije nada. Era una hoja de álamo temblón, tu madre. No me atreví a tocarla. No me atreví a tocar nada en tu casa.

Pasamos allí dos días. Dos días y una noche. Comimos albóndigas y bebimos ponche de Navidad. Fuimos a la residencia a visitar a tu abuela sin habla. Y tuvimos el sótano entero a nuestra disposición, allí no nos molestaba nadie. Fue una visita extraña, pero cuando nos marchamos, tu madre me puso la mano en la mejilla. Eres una chica linda, me dijo. Tenía la voz ronca y los ojos llorosos.

Luego llegó tu padre con el taxi. Hola, hola, le dijimos y él arrancó al son de su estrepitosa música. Cuando nos bajamos en la estación, nos dijo: Feliz Navidad, así, con énfasis; luego hizo una especie de reverencia con la cabeza y desapareció.

En el tren de regreso estabas más animado y locuaz, más tú mismo. La visita había ido bien y volvíamos a casa. Dijiste que les había gustado muchísimo y que estaban deseando que volviéramos pronto. La próxima vez, dijiste, en verano, dijiste, montaremos en moto. ¿Les he gustado?, te pregunté y asentiste con vehemencia, por supuesto que les había gustado y añadiste que, en el garaje, tenías una gran motocicleta que lamentablemente se te había olvidado enseñarme. ¿No vamos a volver hasta el verano?, te pregunté entonces, pero sería difícil porque tenías que prepararte los exámenes de fin de carrera, y además tu moto tenía nombre propio, dijiste, y alma propia, agregaste, podríamos recorrer el país entero con esa moto, sólo que

primero tendríamos que ir a recogerla y lo haríamos después de los exámenes. Adivina de qué color es, me pediste, pero no llegué a hacerlo, era roja, roja y un poco negra, se te escapó, como si cargaras con algo enorme y delicioso que se te estaba derritiendo.

Fuimos a la cafetería y pedimos vino, querías beber, querías sentarte en la barra y avanzar a toda velocidad, y cuando te dije que tu madre parecía apenada, fuiste muy muy objetivo, podría haberme ahorrado tantos miramientos. No es nada raro que esté un poco deprimida, dijiste, al fin y al cabo está de baja, está exhausta y quemada, ha trabajado demasiado duro durante demasiado tiempo. Dijiste: Eso le pasa a la gente que es buena en su trabajo, que se esfuerza demasiado, y quizá también se sienta sola. Al fin y al cabo sólo me tiene a mí, ya sabes. Lo dijiste con una especie de sonrisa, sin atisbo de preocupación.

5

El primer invierno fue cálido. Teníamos vino tinto, calefacción central y una chimenea que nunca encendíamos. El piso estaba lleno de luz, lleno de suelos. Teníamos un edredón de matrimonio. Y nos teníamos el uno al otro. Fíjate qué afortunados somos, nos decíamos, embargados por aquel delicioso sentimiento de improbabilidad. Por las tardes, cuando volvíamos a casa, todas nuestras palabras, nuestros brillantes pensamientos, se extendían por el apartamento y llegaban hasta el techo, nos bastaba con tumbarnos y estirarnos otro poco, teníamos la mirada, el futuro y una idea del todo.

Un día llegaste a casa con dos fotografías. Hasta entonces no había reparado en lo desnudas que estaban las paredes, pero cuando trajiste las fotos, me resultó evidente. ¿No son fabulosas?, me preguntaste y yo las miré, las miré un buen rato, y cuando te confirmé que realmente eran fabulosas, lo hice sonar como una especie de conclusión especializada, nada menos, no podía permitir que te llevaras la impresión de que veías cosas muy distintas a mí. Y, sin embargo, no vi nada. Las fotos eran grandes y grises, demasiado caras, demasiado de rascacielos, no entendí tu entusiasmo.

Estabas de pie, con una mano metida en el bolsillo y la otra en el costado, ibas alternando la posición de las manos y, de vez en cuando, las levantabas en dirección a las fotos, como ante un altar. ¡No lo ves!, exclamaste, ¡pero si estas fotos son Howard Roark! Pero a mí se me había olvidado quién era Howard Roark, claro, al fin y al cabo era alguien intrascendente para mí, y además no era la primera vez que manteníamos aquella conversación, yo sabía que no estaba a tu altura, que tú tenías otro tipo de conocimientos, y tú también debías de saberlo, ¿no?

Al día siguiente llegaste con un regalo, un auténtico ladrillo. Toma, léelo, me dijiste, así entenderás quién soy. Y me sentí tan privilegiada y tan elegida... Cuando comencé a leer el libro sobre tu arquitecto favorito lo hice con humildad y con un auténtico deseo de leer, casi como en un enamoramiento. *Howard Roark se echó a reír. Estaba desnudo, al borde de un risco.* Creía que ese Howard Roark era una persona real, te dije, y entonces me sonreíste, abriendo mucho los ojos, y dijiste: Claro, ¿cómo no iba a serlo? Y leí el libro, lo leí a conciencia, coño, como si tratara sobre mis propios orígenes, pero no logré entenderte mejor. Era el libro más largo al que jamás me había enfrentado, un auténtico coloso que me llevó todo el invierno leer. Me echaba en nuestro enorme sofá con una copa de vino y, mientras leía, de vez en cuando levantaba la vista hacia tus gigantescos rascacielos, de vez en cuando pensaba, *fuck you*, Howard, a la mierda contigo. A pesar de que era feliz. A pesar de que estaba convencida. Nunca entendí qué tenía de venerable

aquel héroe egoísta.

El texto carecía de importancia para mí. El lenguaje carecía de valor. Lo único que significaba algo eras tú, éramos nosotros. Quizá tú quisieras hacerte insuperable, puede ser, pero a mí me interesaban otras cosas, cosas más pequeñas.

Me probaba vestidos de novia. Era invierno, estaba pálida y no tenía muy buen aspecto, pero parecía contenta. Me probaba vestidos de novia con las amigas, con mi madre o sola y, cada vez que me ponía uno y me acercaba al espejo, me veía nueva y cambiada. ¿Qué tipo de vestido estás buscando?, me preguntaba todo el mundo, pero para mí no había una variedad triunfadora. Estaba demasiado abierta. Me lo imaginaba todo. La ceremonia, cientos de lugares para un juramento sin dirección fija. La fiesta, incontables modos de celebrarla. Para mí había infinitos espacios para aquella palabra y no sabía cómo la quería, sólo tenía claro que la quería.

A ti, en cambio, se te daba bien. Aunque estabas estudiando para los exámenes y escribiendo trabajos para la universidad, a pesar de que tenías clases, seminarios, coloquios y conferencias, pese a todas aquellas tareas importantes, la boda era lo fundamental. Me lo preguntaron: ¿A qué vienen tantas prisas? Muchos se hacían esa pregunta, al fin y al cabo éramos jóvenes, teníamos tiempo, ¿por qué no esperar un poco? Y he pensado sobre esto, sobre por qué no esperamos y, cada vez que lo pienso, lo veo claro: no teníamos nada a que esperar. Éramos jóvenes. Estábamos ávidos. Estábamos seguros. Los demás no entienden hasta qué punto estamos seguros, decías. Casi gritabas al exclamar: ¡Así tiene que ser el amor verdadero, joder! ¡Tirante, tenso, de los que se refuerzan a sí mismos! ¡El amor paciente no es amor! ¡El que espera no ama! Y además ibas a encargarte de todo. De la iglesia y de la fecha, de la fiesta y de la música, de las flores y del fotógrafo, del menú y de la carta de vinos, era todo pan comido. ¿Cuándo nos casamos?, te pregunté, y entonces sonreíste y con soberbia contestaste: El invierno que viene. Así era la cosa. No éramos mortales cualesquiera, no íbamos a celebrar una boda hortera al uso, no, nosotros nos íbamos a casar en el frío y oscuro invierno, cuando los días son cortos y las noches largas. De esto también ibas a encargarte: del cielo estrellado, del palacio de hielo, para el resto de nuestros días.

Yo sabía que no había gran cosa que buscar en los vestidos blancos, pero sí había en ellos una prolongación; en los probadores, ante aquellos enormes espejos, te veía a ti. Y esa prolongación era todo lo que deseaba. Y aunque mi madre refunfuñara un poco, no era tan mezquina como para no apreciar la grandeza. Al fin y al cabo veo que Sebastian te hace feliz, decía, y lo hacía con una lágrima en el rabillo del ojo. Y yo era feliz. Era feliz de verdad, de verdad, quizá hasta lo irreconocible, con una felicidad desbordante, estremecida, creciente y completamente imparabile.

Teníamos un globo terráqueo en la pequeña mesa del rincón. A veces lo hacíamos girar. A veces se giraba solo. En ocasiones, uno de los dos cerraba los ojos y ponía el dedo en un sitio cualquiera, en Zambia, por ejemplo, o en Mongolia, o en medio del océano Pacífico, con frecuencia era en medio del Pacífico, allí iremos, nos decíamos el uno al otro, y decidimos pedir un velero de regalo de boda, no queríamos porcelana ni cristalería fina, lo único que queríamos eran aportaciones para ese velero que nos iba a alejar de todo aquel que aportara algo. Porque el mundo estaba esperándonos. Mientras nos tomábamos el café por la mañana y le dábamos vueltas

al globo, el mundo estaba esperándonos allí afuera, la vida rebosaba aquí adentro, y en la calle, el suelo estaba cubierto de nieve, los coches enterrados en blanco, y todas las mañanas, al salir, nos reíamos de los que tenían que cavar, de los que tenían que quitar nieve, mientras que nosotros llegábamos desde ese otro mundo, triunfantes y libres de dudas.

Eso subyacía a nuestro pacto. Cada vez que veíamos a nuestro cansado vecino rascar el hielo del coche por la mañana, cada vez que veíamos a los llorones de sus hijos, a la mojigata de su mujer, nos decíamos: Nosotros nunca seremos así.

Y todas las mañanas nos marchábamos, a la parada, al lugar de descanso, tú con tus libros, tus teorías y tu saber, yo con los niños, los llantos y el consuelo. Ésa era nuestra vida intermedia. Yo cargaba con los hijos de otros y escuchaba el reloj tras el corazón, oía que se había puesto en marcha, que tenía voluntad propia y que, con su tictac, adelantaba a las concepciones del tiempo que tenían todos los demás. Lo oía a través del ruido de la ciudad, por encima de los autobuses, por debajo de los contenedores. Y cuando volvías a casa hablando de todo lo que habías hablado, de la idea personificada del principio del bien o del estado de naturaleza ético, fuera lo que fuera eso, conseguías que el reloj empezara a marcar las horas y que siguiera avanzando, y aunque yo tragaba pastillas, estaba convencida de que avanzaba en la dirección correcta, de que eras tú el que marcaba las horas y tú el que me mantenía en marcha, imperioso.

Y ésa era una de las mejores cosas que tenías, que teníamos, que no necesitábamos preguntas. Si lloraba, me dejabas llorar, si me reía, sencillamente te reías conmigo. Veías a través de mí, o al menos lograbas causarme esa impresión, como si por medio del delicado y mudo lenguaje de ciegos que compartíamos lo vieras todo, así de sencillo, porque tú eras tú y yo era yo, porque ya no existíamos más que como un nosotros. No escarbábamos el uno en el otro. Nos sentíamos muy por encima de eso. Y luego llegó la primavera. Empezó a hacer más calor. Y el día de mi cumpleaños cubriste la cama de flores: Ven aquí, mi niña de abril, ven a bañarte.

Continuamos apostando. Todos los sábados, cinco partidas de *backgammon*. El que perdía tenía que dar una vuelta a la manzana desnudo, o tocar música en la calle, o llamar a la puerta de algún desconocido haciéndose pasar por un trastornado que se había perdido, o intentar ligarse al más guapo del bar, o salir corriendo sin pagar la cuenta del restaurante, o masturbarse en un probador, o zambullirse en la dársena del puerto, o echar la bronca a una cajera, o pronunciar un discurso delante del Parlamento, y lo hacíamos, lo hacíamos cada vez, hasta el final. El perdedor siempre acababa ganando. En una ocasión montamos una tienda de campaña en la rotonda, pasamos allí la noche y preparamos la cena en un camping gas. De ese modo ganamos los dos. De hecho, en esta batalla, en esta vida paralela, siempre ganábamos, éramos nosotros contra los demás.

Poníamos el dedo en el globo terráqueo y decíamos: Iremos aquí, ahí, allí. Y creíamos el uno en el otro. Era obvio que nos llevaríamos muy lejos el uno al otro. Era evidente que nos incorporaríamos el uno al otro. Así era la cosa, apostábamos sobre casi todo, a la larga sobre todo. Creo que nos parecía divertido. Así de sencillo. Creo que nos considerábamos invencibles.

6

Estábamos sanos, no nos constipábamos, no cogíamos virus estomacales ni clamidias ni gripes ni eccemas ni rubeola ni síndrome de fatiga crónica. Pero el dedo sí me daba problemas. Al principio no le di importancia, estaba claro que el sedal me rozaba, pero no más de lo que podía soportar, y cada vez que se me inflamaba, me convencía de que no tardaría en mejorar. Así que lo dejaba estar. Dejaba que me siguiera rozando. Pero con el tiempo empezó a empeorar. El fino sedal se me clavaba en la piel, tenía que armarme con una aguja, unas pinzas y mucha delicadeza para desprenderlo, girarlo y permitir que el aire pasara a través, y tenía que armarme de paciencia, de mucha paciencia, para llevarlo a cabo sin cortar el hilo. Lo más problemático era el nudo. Lo colocara donde lo colocara, siempre acababa deslizándose hacia la palma de la mano, donde me iba royendo la piel en dirección al hueso. Era un infierno: la piel se abría una y otra vez para dejar paso a tu joya, para permitir que entrara. La piel sangraba, supuraba, chillaba, pero nunca acababa de vaciarse, y me producía un dolor que bajo ningún concepto podía tener en cuenta. No quería destruir tu anillo. No podía, no debía, no iba a destrozar tu anillo. Era sagrado.

No te pusiste nervioso para el examen fin de carrera. Los días antes de la gran prueba te lo tomaste con calma, no te quedaste más tiempo de lo habitual en la biblioteca, incluso propusiste planes, ir al cine, salir a cenar o un paseo por el parque, ese tipo de cosas. Hojeabas las revistas de bodas, *bride life*, *perfect dreaming*, y por las noches dormías a pierna suelta. Era impresionante lo entero y relajado que te mostrabas.

Pero el día del examen dijiste algo extraño. Te habías levantado temprano, me desperté con el olor del beicon y, cuando fui a la cocina, me hablaste de unos animales que frecuentaban el prado por detrás de tu casa en la pequeña ciudad. Cuando eras niño, un alce y un venado solían andar por allí en invierno. Eran dos animales que iban juntos. A pesar de las especies y del resto de la familia, se habían mantenido juntos, se habían mantenido unidos, y nadie los había visto separados por más de unos pocos metros. Me dijiste que aquella amistad era algo muy inusual y que el rumor sobre ella se extendió rápidamente. De todas partes acudieron fotógrafos especializados en la naturaleza. El programa de televisión *Norge Rundt* se presentó con un equipo de rodaje completo. Todo el mundo quería un pedazo del gran animal gris y el pequeño marrón, tú también. Todos los días, al volver del colegio, te apostabas en la ventana a esperar a que volvieran, y cada vez que aparecían por la linde del bosque, salías corriendo, te parabas al final del prado y te imaginabas que eran tus amigos, aunque no tuvieras pezuñas. Me contaste que cuando te quedabas completamente inmóvil, todo iba bien. El prado era tan enorme que no sentían como una amenaza que compartieras su terreno, y me lo repetiste, lo enorme que era aquel prado antes del auge de la construcción, antes de la apuesta del ayuntamiento. Terreno de colza y fresas silvestres, dijiste, hubo tal floración que todo el mundo en la ciudad acabó desarrollando alergia. Pero antes era antes y ahora era otra cosa. Ya no quedaba más que un rinconcito de aquel prado, terreno baldío y malas hierbas, la versión obsoleta, pero ¡fíjate!, tronaste, ¡fíjate que han regresado!

Habías hablado con tu madre a primera hora, te había llamado ella para contarte lo de los animales, te había dicho que estaba segura, completamente segura, de que eran ellos, el mismo alce y el mismo venado. ¡Es increíble!, dijiste, ¿cuánto podrán vivir ese tipo de animales de presa, eh? Atónito, desplegaste los brazos por la habitación. ¿A qué hora empiezan los exámenes?, te pregunté, pero todavía faltaba una hora, tenías tiempo de tomarte otro café, de relajarte, y tu madre me mandaba saludos, era la primera vez que me decías eso, pero conseguiste que sonara completamente natural. Así eran las cosas contigo. Mi madre te manda saludos. El amigo de los animales de pezuña. Terrenos de colza y fresas silvestres.

Cuando volví del trabajo, estabas preparando la cena. Habías puesto carne a marinar, estabas picando verduras, bebías champán y escuchabas música. ¿Estás en casa?, te pregunté. ¿No se suele salir a tomar unas cervezas después del examen final? Pero estuvo feo por mi parte y enseguida me retracté. Enhorabuena, te dije, y ya estábamos contentos, después más contentos aún y luego empezaría la vida. El examen te había salido bien, de eso estabas seguro y claramente orgulloso. Fíjate, ya soy filósofo, dijiste, y brindamos y nos besamos y luego subimos la música y giramos el globo terráqueo. Ahora empieza todo.

8

¿Cuánto tiempo necesitamos?

Nos hacíamos esa pregunta: ¿cuánto tiempo se tarda en empezar a vivir?

Íbamos a ahorrar, a casarnos y a hacernos con un velero. Íbamos a navegar, a ver el mundo y a vivir, como decíamos nosotros, y luego volveríamos a casa y tendríamos hijos, para que nos quedara algo, algo más, ése era el plan. En la vida cero había muchos planes. La vida cero tenía vistas tanto hacia la vida uno como hacia la vida dos, las que nos esperaban, las que anhelábamos. La vida cero contenía también la idea de algo que nos saciara, de una despedida digna dentro de mucho mucho tiempo.

Tendremos que aprender a navegar, te dije, tampoco podemos comprarnos un barco y zarpar sin más, ¿no? Y en eso estabas de acuerdo, teníamos que apuntarnos a un curso, conseguir algo de experiencia, quizá incluso sacarnos algún certificado. Pero primero tenías que saltar. Así sería nuestro verano. Saltarías y luego iríamos a tu pequeña ciudad y recorreríamos el país con la moto. No teníamos tiempo para hacer cursos, al menos por ahora, tal vez en otoño. ¿Tienes que saltar?, te pregunté. Y sí, tenías que saltar. Dijiste que hacía mucho que no volabas.

Odiaba tus saltos. Me daban náuseas sólo de pensar en ellos, en la caída libre, en tu caída, en el aire blanco. Pero bajo el odio se escondía también una admiración. Igual que con Howard Roark, en el fondo todos sus enemigos lo envidiaban, ¿no? Ignoro cuántas veces te pedí que no lo hicieras: Sebastian, no saltes.

Y te gustaba que temiera por ti. Llegaste incluso a reírte mientras te suplicaba. Te encontrabas en tu salsa en la periferia de mi preocupación, demostrando que, de los dos, eras el que no tenía miedo. Por Dios, piensa en el mar, me decías, ¿sabes lo peligroso que es? El océano que vamos a cruzar no es una bonita pintura, no es un extenso horizonte de amaneceres y puestas de sol. ¿Sabes lo que es el mar? ¿Quieres saberlo, tú, que pretendes navegar? El mar es un fondo, el mar es una superficie sin piel y de sangre fluida, y entre ese fondo eterno y esa superficie sin costra, no hay más que una resaca. Tengo la impresión de que no lo sabes y, sin embargo, ¿dices que quieres navegar?

Me miraste con ojos grandes, despiertos. ¿No comprendes lo negro que está aquello? ¿No entiendes lo que es una tempestad? ¡Ni siquiera te haces una idea de lo que significa el negro! Y de la muerte por ahogamiento, ¿sabes algo? ¿Acaso crees que, entre las aguas, hay tritones que te ayudan a pasar? ¿Crees que te sientes libre cuando el agua te inunda los pulmones? ¿O es que piensas que hay embarcaciones que no pueden hundirse y que, por tanto, podrás echarte a

descansar cuando las olas rompan contra la borda? ¿Eres imbécil?, eso dijiste, aunque yo no terminaba de creerte.

Hablaste en un tono más alto, más cosmopolita. Y en el fondo creí que lo ibas a borrar todo con una sonrisa.

¿Y qué pasa con las motos?, continuaste, ¿con los coches, los trenes y los autobuses? Incluso con las bicicletas. Piensa en todos los caminos que recorres a diario, en lo implacables que son, en lo casuales, lo superficiales y lo resbaladizos que son, piensa en lo espantosos que son. Piensa en lo fatalmente peligroso que es esto, este lugar exacto, este momento concreto, dijiste. ¿Que si salto o no salto por un barranco? Ahí hiciste una pausa. Sé lo que me hago. Y necesito volar.

Sebastian, no saltes. Era inútil. Ibas a organizar tu equipo, ibas a reservar un billete de tren, quizá un helicóptero, tal vez una casita en la montaña. Ibas con unos cuantos más, con los amigos con los que saltabas, unos chicos a los que yo nunca veía. Pero antes de que te marcharas, nos lo íbamos a pasar bien. Haríamos una barbacoa en el parque, jugaríamos al *backgammon*, iríamos a la playa en bicicleta, nos bañaríamos en el mar, quizá incluso pasaríamos la noche y encenderíamos una hoguera. Teníamos tiempo de pasar otro rato despreocupados, indefensos, otro rato más. Y, la víspera de tu partida, fuimos a cenar a casa de mi madre. Se marchaba a su casa de campo para pasar el verano, para pintar y estar sola, y teníamos que asegurarnos de que nos viera una última vez. Mi madre había encargado comida, de lo cual nos alegramos, y había comprado cinco botellas de vino. Bueno, preguntó, y tardó un rato en hacerlo, ¿cómo te fueron los exámenes?

Pero a ti no te interesaba hablar de los exámenes. Los exámenes habían pasado y tú eras de los que dan un portazo a los capítulos concluidos. Me fue bien, dijiste, así de sencillo, pero a mi madre no le bastó. ¿Sobre qué escribiste?, insistió, y contaste que habías comparado las creencias con las no-creencias, lo duradero con lo carente de fundamento, y mencionaste un par de nombres y un par de teorías, ajá, dijo mi madre, pero ¿cómo se comparan esas cosas? ¿Por qué obligan a los jóvenes estudiantes a encontrar parecidos por todas partes? Mi madre te estaba defendiendo, era una estrategia, podrías haberte relajado. Es que no hacemos eso, dijiste, nosotros comparamos diferencias, no parecidos, pero eso no se lo tragó mi madre, porque las diferencias no podían compararse si no había rasgos comunes, de modo que ¿qué tenían en común la creencia y la no-creencia?, y respondiste: La duda, obviamente, y luego llenamos las copas y cambiaste de tema. He estado pensando en tu cuadro, dijiste, y empezaste a hablar de Ekeland, del germen de su arte, de las señales, las tendencias y la actualidad. Ese cuadro, dijiste, *inngang og utgang*, entrada y salida, porque ya sabías cómo se llamaba, te habías informado, ese cuadro trata sobre la trascendencia. Dijiste: Para mí son intercambios existenciales de roles. Dijiste: La personalidad es algo que se adquiere conforme a la necesidad. Dijiste: Para mí se trata de la naturaleza. Y mi madre te miró y yo te miré, y quizá entendiste lo que vimos porque continuaste diciendo: No me entendáis mal, no toda superación tiene que ir necesariamente hacia arriba, ni hacia fuera, de hecho puede tener lugar aquí mismo, la personalidad también puede ser algo que se adquiere conforme a la necesidad, y mi madre y yo nos miramos, incapaces de saber si te repetías por error o por propia voluntad, así que nadie dijo nada más, pero todos bebimos.

Quise preguntarte qué significaba *trascendencia*, pero no podía hacerlo, me habrías respondido que era lo contrario de la inmanencia, y si a continuación te hubiera preguntado qué era la inmanencia, me habrías mirado con dureza, estoy convencida, y me habrías dicho que

inmanente era aquello en lo que me encontraba, en lo que estaba metida, que inmanente era el lugar en el que habitaba, con lo cual no habría ganado nada con preguntar. Yo sólo tenía veintiuno y tú eras cinco años más listo. Habrías logrado que cualquier palabra me menguara o me inflara. Ésa era tu habilidad. Tenías un manto de palabras, un traje de armas con escudo y espada. Me cogías desde dentro. Podías hacer que pareciera lo contrario.

¿Qué te ha pasado en el dedo?, preguntó mi madre y su mirada ya no era serena, ahora era una madre. ¡Déjame ver!, exclamó, ¡enséñame ese dedo!

Recuerdo que te miró, que te dirigió esa otra mirada mientras se aferraba a mi mano y me estudiaba el dedo, recuerdo que te miró y vio otra cosa, como si fueras un escaqueado. ¿Has ido al médico?, me preguntó, y aunque le dije que sí, insistió en que fuera otra vez. Tienes algo metido ahí dentro, dijo, ¿no ves que tienes algo ahí? Sea lo que sea, ¡hay que sacarlo! En cuanto se levantara al día siguiente, iba a pedirme una cita, le parecía increíble que hubiera permitido que la cosa llegara tan lejos. No es más que una astilla, le dije, seguro que sale sola, pero mi madre estaba molesta y empezó a beber un poco más rápido.

Sebastian va a saltar, dije. Fue inútil. ¿Qué dicen tus padres de eso?, preguntó mi madre y respondiste: Nada. Pues vale, dijo mi madre, que tengas un buen viaje.

9

Te marchaste un viernes por la mañana, no te tomaste tiempo ni para desayunar. Nos vemos el domingo, dijiste, y ya nos habíamos dado demasiados besos. Llevabas un yogur en la mano y una pequeña bolsa de viaje al hombro. Tenías los ojos resplandecientes y el pelo recién lavado.

¿Dónde tienes el equipo?, te pregunté.

El equipo estaba en casa de Buddy.

Una vez que te fuiste, se me calmaron los nervios. Nuestra vida, la vida abierta que se avecinaba, crecía como el moho de lo obvio: las paredes, el sofá, nuestros zapatos, todo estaba a la espera de una continuación. Lo impensable carecía de imágenes vívidas.

No fui al médico, pero me puse una tirita antes de ir a la guardería. Y recuerdo a todos los niños de la sección, o más bien recuerdo la masa que conformaban, sus doce pares de pies infantiles, el modo en que sus pies inocentes se movían por el espacio, cómo la inocencia trazaba círculos y cómo los círculos constituían una falta de voluntad; consideraba la capacidad de vivir el ahora de los niños como algo carente de voluntad, como un vacío, un vacío suave y sin exigencias, también el hecho de que nunca miraran hacia delante, que el aquí y el ahora fueran lo único que tenían, y recuerdo especialmente al pequeño de los rizos. En nuestra sección teníamos un niño pelirrojo de menos de dos años, rizos alocados, ojos verdes y una risa fantástica, que desde el principio se había apegado a mí, se había aferrado a mí y me había elegido de mamá de repuesto. Sin duda era el niño más bonito de la clase, el que tenía más encanto. Era uno de esos chiquitines con los que puedes mirarte en el espejo sin la menor distancia, uno de esos niños que, tan pronto como sientes su olor, desencadenan dulces pensamientos de futuro. Y tenía la sensación de que llevarlo sobre la cadera era lo correcto.

Pero ese día pasó algo. El precioso pequeñín se puso fuera de sí, se le fue. Estaba jugando con unas vías de tren, creo que era eso, jugaba en el suelo con otros dos niños, todo como de costumbre, cuando de pronto pasó al ataque, se abalanzó sobre sus desprevenidos compañeros y les golpeó en la cabeza con la locomotora, les pegó, les tiró del pelo, pataleó y gritó, aquella minipersona los golpeaba con todas sus fuerzas, así que acudí corriendo, lo cogí en brazos y fue entonces cuando sucedió, el niño me mordió en el cuello, y fue entonces cuando sucedió, yo lo tiré al suelo.

Fue un error evidente. Nunca debe tirarse a un niño al suelo, jamás, haga lo que haga, pero el caso es que lo hice. Por suerte pareció no lastimarse, se quedó tirado en el suelo, chillando, más

vivo que nunca. Mientras que los demás estábamos peor. Los otros niños estaban conmocionados, sobre todo los dos a los que había agredido, pero también las cuidadoras estaban fuera de sí. Había sangre por el suelo, había jaleo y caos, y cuando me mandaron a urgencias en un taxi, todos los niños se quedaron llorando. Toma, dijo la jefa de la sección, la que tenía la responsabilidad principal, apriétate aquí, dijo, y me puso una compresa en el cuello, seguro que no es nada, sólo es un niño pequeño, seguro que está limpio, seguro que no es contagioso. Sin embargo, en urgencias me dijeron que las mordeduras humanas se encuentran entre las más peligrosas del mundo, me lo dijo la enfermera que me puso la vacuna contra el tétanos, que los seres humanos, de entre todas las criaturas del mundo, tienen una flora bacteriana casi incontrolable, una boca absolutamente infame. ¿Quién te ha mordido?, me preguntó, y le dije la verdad, que me había mordido un niño precioso, pero como no pareció creerme, no hablamos más del asunto, no hablamos de lo que es capaz de hacer un niño pequeño. Me dio unos cuantos puntos y me dejó en observación, y una vez observada, se limitó a decirme que parecía que la herida no me daría problemas y, con indiscreto escepticismo, añadió que confiaba en que al niño también le fuera bien.

Quise llamarte tan pronto como llegué a casa, quería oír tu voz, saber que todo iba bien, o que no iba bien, en cualquier caso quería escuchar y también contar, supongo, aunque sabía que estabas ocupado, quizá incluso estuvieras volando por los aires. Pero no te llamé, no quise molestar, no quise ser la chica que da la lata. Así que decidí esperar a la noche, me tumbé en el sofá y sentí el pulso en el cuello, noté que era normal, que el cuello no se me había inflamado y que el oxígeno circulaba como debía. Y todo el rato, mientras estaba ahí tumbada, mirando de reojo las fotos grises de los rascacielos y el salón vacío, me asombraba que el dedo me doliera más que el cuello, que tu anillo fuera más afilado que una mordedura humana.

Por la noche no te llamé hasta muy tarde, demasiado tarde en realidad. Pero te habías dejado el móvil en casa. Oí el timbre sonar en el bolsillo de un abrigo en la entrada y la situación me pareció tan insuperable que al instante me eché a llorar. De pronto me parecía imposible pasar un fin de semana entero sin ti, sin tu voz siquiera, tantas horas de sólo esperar, añorar y necesitar. Quizá ésa fue la primera vez que sentí la desesperación en mis carnes, la dependencia, lo increíblemente sola que me sentía sin ti. Hasta ese momento no me habías dado ocasión de sentirlo, no nos habíamos separado ni una sola noche. Así que me metí en tu móvil, sabía que no estaba bien, pero no pude evitarlo, pensé que si encontraba el número de Buddy, quizá pudiera hablar contigo de todos modos. También pensé algunas cosas más, como que en el fondo era raro que no hubieras pedido prestado un teléfono para avisarme de que todo iba bien, y hasta me asusté, de pronto te imaginé malherido y destrozado.

Nueve contactos tenías. Sólo nueve. El mío, el de tu madre y el de la residencia de tu abuela. El número del Peppes Pizza y el del Oslo Taxi. El número de Jensen, de Hansen y de Olsen, y luego el de mi madre, lo cual me sorprendió un poco porque no te lo había dado yo. En cualquier caso, no encontré a Buddy y tampoco podía llamar a Jensen, a Hansen o a Olsen, no tenía la menor idea de quiénes eran, nunca me habías hablado de ellos.

El sábado por la noche salí con las amigas. Ya iba siendo hora, me dijeron, realmente iba siendo hora de que la señora de las zapatillas saliera de su casa. Por Dios, dijeron, cualquiera diría que llevas una eternidad casada, ¡pareces una jubilada, coño! ¡Es muy sintomático que sólo

salgas con nosotras cuando tu novio sale de viaje! Y para que lo sepas: los hombres vienen y van, ¡pero los amigos perduran! Así me hablaron, como una pandilla de alocadas divorciadas llenas de experiencia.

Pero no estaban enfadadas, no en serio, y como es obvio se dejaron impresionar. ¿Qué chica no se emociona con un hombre que salta? Joder, de verdad, dijeron al dar por acabada la reprimenda, ¡es muy fuerte! Y hablamos de los chicos y los hombres que practican deportes de riesgo, de lo sexis que resultan, de la locura que implica ese deporte, de la libertad y de la indomable testosterona. ¿No tiene ningún amigo que nos pueda presentar?, me dijeron, y respondí que quizá, así que brindamos, nos reímos y nos tomamos unos chupitos, de tequila, de sambuca *on fire*, y nos dejamos llevar por la estrellada vida de la noche.

Había pasado cerca de un año desde la última vez y recuerdo lo alienada que me sentí saliendo de marcha sin ti. En cierto sentido me sentía fuera, como si mi participación en la vida nocturna oficial ya no fuera legítima, como si los códigos hubieran cambiado a mis espaldas, entre toda la carne, la saliva, las lenguas y las manos que había ahí afuera, todo aquello de lo que me había mantenido al margen, junto a uno solo. Como es obvio, era una tontería, un año no es nada. Pero es increíble lo sencillo que resulta perderse en un año. Ahora mi sitio estaba en otro lado, tenía otro hogar, y no sentía que me hubiera perdido nada, no quería volver al mercado de la carne, nunca, lo sabía, y cada vez que se me acercaba alguien, tan pronto como alguien mostraba el menor indicio de interés, le decía: No, gracias, estoy prometida. Lo grité por encima de la música: ¡¡ESTOY PROMETIDA!!! No quería dejar lugar a dudas. Nunca había estado tan prometida como en ese momento, contigo, y nunca había sido tan fiel. Así era y así continuaría. Te sería siempre fiel, del mismo modo en que sería siempre infiel a los demás. Por muchas semanas, meses, días y años que pasaran, por muchos años de años que transcurrieran, eso no cambiaría. Todo giraba en torno a ti y a mí.

Cuando regresaste el domingo, estabas descansado y animado. Al menos diste esa impresión, estabas contento y era imposible seguir enfadada contigo. Pasaron unas horas hasta que me atreví a preguntar cómo se llamaban los chicos con los que saltabas; aparte de Buddy, ¿quién había en tu red? Y con la sonrisa en su sitio, me respondiste que se llamaban Buzz y Skip y Gizz y Fizz. Te dije: ¿Cómo?, y me explicaste que así era el mundillo de los saltos, que todos los saltadores tenían apodo, salvo tú, que sólo eras Sebastian, y pasaron unas cuantas horas más hasta que me atreví a preguntarte por el móvil, por qué no me habías llamado: ¿No podrías haberme llamado desde otro teléfono?, tartamudeé, y dijiste que lo habías intentado, que lo sentías, pero que no había cobertura donde habíais estado, allá en lo alto de las mesetas, y si tenía alguna otra pregunta guardada, en ese momento la olvidé. Lo único que importaba era que el salto había salido bien, que estabas ileso y que habías vuelto a casa, y cuando aquella noche nos acurrucamos el uno sobre el otro, ya no pensé más sobre ello, sobre aquellas ideas estúpidas y desesperadas de días secretos, de vidas de otros. Eras mío y me lo ponías fácil. ¿Qué te ha pasado en el cuello?, preguntaste, y cuando te conté que me había mordido el chiquitín, no preguntaste más. Pronto llegarán las vacaciones, dijiste, serás libre, mi niña, y me abrazaste, aún más fuerte.

10

Tu madre había dejado su propia huella en su gran sillón. Incluso cuando no estaba sentada en él, frente al televisor, frente a las noches, la oscuridad seguía allí, como una tupida cortina hacia fuera. Parecía haber aislado un tipo propio de aire subterráneo. Era imposible sentarse en aquel sillón. Quizá fuera difícil incluso para ella. Nunca se reclinaba, no había allí ninguna comodidad, ni siquiera una verdadera paz, tu madre sencillamente desaparecía en él, o se dejaba desaparecer en él, como en un agujero negro.

Por fin, decía a veces, ¡por fin ya es verano! Aunque estuviera lloviendo y el lodo corriera por la zona soleada del jardín. Nunca miraba hacia fuera, tu madre, era una cualidad única. Sólo miraba hacia dentro.

Y dentro seguía todo siempre igual.

Estábamos esperando a que acabaran de arreglar tu moto en el taller. Por lo visto tenía algo mal, unas piezas que estaban sueltas o que faltaban, y no sabías exactamente cuánto iban a tardar. Pero era verano y estábamos de vacaciones, en tu casa, en tu pequeña ciudad, el tiempo se extendía ante nosotros. Teníamos el sótano a nuestra disposición, nuestro propio sofá, nuestro propio televisor, nuestra propia ventana, y tú estabas a gusto allí abajo, solos los dos. Me hablabas de tu infancia, de la habitación en la que jugabas y de la habitación en la que dormías, porque tenías dos habitaciones, habías sido un niño afortunado, y me hablabas de los juguetes con los que jugabas y de las canciones que escuchabas, y me enseñabas cosas. Mira, decías, mira esto, un avión, un oso de peluche o un superhéroe, y me dijiste: Ven aquí, y me llevaste a la ventana y me contaste que de pequeño era todo distinto, que no había tantas casas ni tantas calles, y fue entonces cuando los descubrimos, oteando hacia el pasado por la ventana, descubrimos al alce y al venado, a los dos viejos amigos, y al verlos, te sobresaltaste y me pareció que tardaste mucho en salir corriendo.

Eran ellos, los mismos animales. Te parecía inconcebible, pero no había otra explicación, realmente habían sobrevivido. ¿Cuántos años habrían pasado? Quizá quince, tal vez dieciocho, pero los dos seguían en pie, con sus cicatrices y sus arrugas, con innumerables inviernos a sus espaldas, inviernos duros, hambrientos, pesados y sufridos. Seguían en pie, estos dos amigos improbables, y nos permitían mirarlos, no tenían miedo.

¿Crees que me recordarán?, preguntaste.

Estuvimos mucho rato fuera, en el borde del pequeño prado, junto a los vestigios de tiempos remotos, no querías regresar a la casa. Son espléndidos, decías, lo repetiste muchas veces: Tan

espléndidos, tan hermosos, tan majestuosos... Y sí, en cierto sentido, debías de tener razón. Un alce macho con una cornamenta de dieciocho picos tampoco puede resultar completamente lastimoso, al igual que un viejo macho de venado no resulta completamente endeble, al fin y al cabo habían superado con creces su expectativa de vida, habían tenido una vida entera de más. Pero a mí no me parecían espléndidos. A mí me daban pena. Llevaban impreso en el cuerpo el esfuerzo agotador, la rueda mecánica, el filtrado de la voluntad. Ese automatismo era lo único que los impulsaba, el propio hábito de vivir que tiene todo lo que está vivo. Pero el simple hecho de que no se limitaran a tumbarse no me parecía digno de admiración.

Por lo general comíamos bien. Tu madre se daba maña en la cocina. En ocasiones se pasaba horas ante los fogones, dando traguitos a su vino. Siempre vino. A veces lo bebía en copa, otras en taza o en un vaso de termo, pero siempre bebía vino, y siempre el mismo vino. De manzana. El pesado olor de la levadura pendía de los rincones de la casa, como viejos culillos de botella, viejas fiestas que había que ingerir una y otra vez. Tu madre tenía su propia destilería, una variante muy sencilla, y nos daba barra libre.

Pero no teníamos mucho de lo que charlar. No había quien lo camuflara. Nos sentábamos alrededor de la mesa de la cocina, o en el sofá, o en la terraza, sólo los tres porque tu padre siempre estaba trabajando, o al menos no estaba nunca en casa, y a la larga empezó a resultar bastante llamativo eso de que nunca volviera por la tarde, ni siquiera por la noche, eso de que siempre tuviera que trabajar y trabajar y trabajar, un taxista conduciendo perpetuamente, mientras los demás levitábamos en el verano a la busca de palabras. Tú lo expresabas así: Ahora que mi madre está quemada, la verdad es que mi padre arrima el hombro. Como si fuera un héroe. Un héroe sin voz, sin entrada y sin comidas en familia en la agenda. De hecho, apenas se le oía, apenas se percibía que viviera en la casa. Pequeños movimientos en el baño, el ruido de su coche arrancando ante la puerta, eso era todo. Y quizá por eso tu madre nunca se iba a la cama, porque lo estaba esperando. Supongo que eso era lo que yo creía, o la esperanza que tenía, que tu madre se pasara las noches, las noches enteras, esperando sentada a que la pequeña ciudad se vaciara de gente que llevar de un lado a otro, esperando a que el esposo volviera a casa, para que pudieran acostarse a la vez y dormir juntos. Pero en realidad tu madre apenas dormía. Cada mañana, tenía los ojos más oscuros. Cada mañana se sentaba a desayunar con la noche sobre el plato y la mirada clavada en la tostada. ¿Habéis dormido bien?, preguntaba y siempre resultaba igual de incómodo responder que sí.

Por lo general tú te encargabas de la conversación, de ir introduciendo los temas. Es cierto que tu madre aportaba sus preguntas, pero cuando las preguntas no podían ahondar más en los detalles, o cuando el silencio ya resultaba insoportable, entonces tú abrías paso en otra dirección. Como, por ejemplo, cuando hablábamos del viaje, de que íbamos a zarpar con el velero. Tu madre nunca había oído algo parecido y no entendía nada. Pero ¿no vais a trabajar?, preguntaba. ¿No sería mejor que ahorrarais para una casa? Y había en ella una especie de resoplido, una dureza, algo casi despectivo, como si en el fondo no creyera que realmente fuéramos a llevar a cabo aquello de lo que hablábamos. ¿Cuándo celebráis la boda?, preguntaba, pero también en ésta preguntaba se intuía la otra estancia, una pared, la desconfianza de una madre que sabe lo que se dice. Y, sin embargo, la mayoría de las preguntas no llegaban a plantearse. Daniel, ¿cómo te fueron los exámenes?, por ejemplo. O: Daniel, ¿de qué trata tu filosofía? Esas preguntas nunca

llegaron, del mismo modo que tampoco preguntó nunca por los saltos, y eso quizá fuera lo más raro. Ni siquiera dijo nada cuando le conté lo mal que lo había pasado, lo espantoso y aterrador que me parecía aquel deporte, tampoco cuando empecé a quejarme: ¿Por qué no podrá dejar de tirarse por los barrancos? ¿Por qué no empieza a jugar al fútbol? Tu madre no perdió su gesto neutro habitual, nada de lo que dije la tocó, y tú, tú estabas ahí con la misma expresión y el mismo vino, y tampoco dijiste nada, como si no hubiera que darle importancia a aquel enganche al riesgo, a aquel deporte que practicabas. Las actitudes negativas debían ser ignoradas y lo ignorado debía ser sustituido, y así era como siempre conseguías encarrilar la situación, reconducir la conversación. Creo que deberíamos contactar con la televisión, dijiste, y entonces nos pusimos a hablar de los dos animales y empezamos a usar tus palabras. Espléndidos. Hermosos. Majestuosos.

Un día nos fuimos de excursión. Alguien te había prestado un coche, un viejo Ford Fiesta oxidado, y nos llevamos los bañadores, una cesta con el pícnic y la cámara, teníamos todo el día para nosotros en el tupido paisaje verde.

Tú ibas al volante, yo iba de copiloto, y hablabas de lo afortunados que éramos, de que teníamos que valorar nuestros privilegios, del aire limpio y del estado del bienestar noruego. Prácticamente hemos nacido con una red de seguridad, dijiste, mientras conducías rápido y sin miedo. Era la primera vez que iba en coche contigo porque en la ciudad no teníamos coche, y me gustó, me gustó mucho, lo recuerdo, tener sólo veintiún años e ir en coche con mi novio, de camino a algún sitio donde bañarnos, de camino a un día de verano, y el novio conducía con el torso descubierto y aquel torso era lo más hermoso que había visto nunca y aquella hermosura era ingenua y maravillosa, y los dos seguíamos intactos, seguíamos ilesos, éramos los seres más afortunados de la tierra. Puede que aquella alegría limpia fuera lo más bonito que había experimentado nunca. Y además olías tan bien... Y conducías tan duro... Y en la radio sonaba *hard rock*, una sinfonía. Y cada vez que adelantábamos a otro coche, me mirabas, como si me guiñaras un ojo sin hacerlo, y luego continuabas avanzando, estaba todo rojo y nuestros corazones latían muy fuerte.

Pero después cruzaste la raya. No sé cómo llegaste allí, y tampoco sé si será sólo una idea eso de que la sangre se te puede subir a la cabeza o si realmente ocurre. El caso es que te pasaste, noté que algo se te desbordaba, que algo desaparecía, y te pasaste al carril contrario, a pesar de la poca visibilidad que había. Recuerdo que fingí descansar las manos, recuerdo que tenía un chillido en el estómago, y cuando íbamos en paralelo a un camión y apareció un tráiler de frente, te miré y vi que tu aliento se transformaba en pulso, y que el pulso se transformaba en un tono, y fuiste fuerza y fuiste lucha, y cuanto más nos acercábamos, tanto más lejano sonaba mi chillido. Y, sin embargo, grité. Grité que tenías que frenar, grité que no daba tiempo, pero tú no frenaste, seguiste adelante, y quizá no te reconocí, tal vez no quisiera ni pudiera reconocerte, aquella impasibilidad, toda aquella negación, el hecho de que no pudieras parar una vez que habías comenzado, esa otra voluntad al volante que no se dejaba absorber. Tenías que obligar al otro a frenar, así funcionabas. Los pitidos, el chirrido de los frenos y el chillido del pecho, el grito que se extendió como un parpadeo sobre la visión, sobre la visión interior, la exterior y la de la piel, todo se fundió en uno, y ni siquiera cuando nos colamos entre los dos grandes vehículos, cuando por fin regresamos al carril correcto, ni entonces ni durante mucho tiempo después, estuve segura de que hubiéramos sobrevivido. Te pedí que pararas el coche, salí y vomité, y cuando volví,

tenías una sonrisa burlona. Mi niña, dijiste, resulta que vamos en un Ford Fiesta de 1982. ¿De verdad crees que nos habría fallado? Te reíste un poco, con un timbre de simpatía, pero yo estaba demasiado asustada para determinar qué tipo de risa era.

Cuando llegamos al agua, a la laguna, no había más gente allí. Nos subimos a una pequeña loma a mirar el sumidero negro y liso, vimos lo bonito que era. Podría haber dicho: Sebastian, o Daniel Sebastian, para. Pero no lo dije. Asumí tus actos. Tampoco pregunté: ¿Qué pasa contigo? Llevabas aquel abrigo, aquel manto de palabras, de espada. Era muy holgado, había mucho sitio ahí dentro, así que me incliné hacia tu nuez y pelé el silencio de los sonidos. Ya no hay ni un tú ni un yo, dijiste, y yo lo repetí, sin dolor. Y a continuación saltaste, y yo salté detrás.

Pero no estaba a gusto en tu casa. Y ya no me hacía ilusión montar en una moto que condujeras tú. Quería volver a casa.

Podrías haberme preguntado: ¿No te sientes segura conmigo? O: ¿No confías en mí? O: ¿No estás a gusto aquí? Pero no me preguntaste nada de eso. Te dije que quería volver a casa, pero tú sólo pensabas en los dos animales. Vamos a contactar con la televisión, dijiste, y tenías esa inocencia tuya, esa limpieza, tan intacta y apremiante, y dijiste que la moto podía esperar, pero que a los animales no podía quedarles mucho tiempo. Y en eso quedó la cosa: De acuerdo, dije. Esperaríamos a que llegara la televisión. Era importante para ti. Querías salir en la tele con tus viejos amigos.

Tu madre se alegró, al menos dio esa impresión, aunque tampoco puede decirse que diera saltos de alegría. Estábamos bebiendo vino de manzana en la terraza y dijiste: Madre, van a venir de *Norge Rundt* a hacer un reportaje sobre el alce y el venado, y ella respondió: Mira qué bien. Y empezasteis a hablar, madre e hijo, y os sonreíais. Tu madre tenía unas cuantas preguntas, cuándo iban a venir, cuál era el pronóstico del tiempo, si no deberíamos sacar algo de comida al prado para asegurarnos de que los animales aparecieran y si los de la tele iban a entrar en la casa porque ella prefería que no. También hablasteis de los viejos tiempos, de lo chulo que había sido el anterior programa, de cómo era el barrio en aquella época y de que todo había sido distinto, más apacible y mejor. Me metí en la casa para coger agua, ir al servicio, hacer una llamada telefónica, algo, no me sentía incorporada a la conversación, y empecé a dar vueltas por el salón, mirando las fotos de tu infancia, había tantas... Y era mucho más fácil mirarlas sola, sin la presencia de tu madre.

Colgaban por todas partes. Tú sobre el cambiador, en la bañera, en la cuna, en el trineo, en el triciclo, montado en un poni, en un tractor de juguete, en la playa, en la montaña, en Nochebuena, en el Día Nacional, en el parque de atracciones, en el circo, en la piscina, en la nieve y en un prado florido. Estabas por todas partes y sonreías vigorosamente. Estabas por todas partes y eras un niño precioso, un niño chiquitito. Pero no lograba reconocerte, no hasta que aparecías más mayor, en la foto de la confirmación, por ejemplo, que colgaba bajo el espejo de la entrada, allí sí veía que eras tú, pero por lo demás rara vez te parecías a ti mismo. Y tu madre también había cambiado. Había una foto de tus padres, la foto de la boda, claro, y de no ser por tu padre, a tu madre nunca la habría reconocido, estaba tan joven, tan embarazada, tan alegre, tan luminosa y ardiente... Era una mujer completamente distinta.

Cuando volví a salir a la terraza, por fin tenía algo que decir, un tema de conversación. Le

pregunté qué edad tenía cuando naciste y respondió que era muy joven, que sólo tenía veinte años. ¿Sólo veinte? Lo repetí con una insistencia excesiva y entonces tú sonreíste, me sonreíste, sonreísteis los dos, como si se tratara de algo evidente que debería haber sabido. De pronto formabais un equipo, compartíais algo tibio e interno. De modo que seguí adelante, hablé de las fotos, de las fotos de ti, comenté lo mono que eras, lo bueno, alegre, encantador y vital que parecías, igual que ahora, dije, y os mirasteis de reojo, fue muy fugaz, y luego te dio vergüenza y clavaste la mirada en la mesa, pero yo seguí adelante, dije que nunca había visto tantas fotos de un niño en un solo salón, que era impresionante, que era agradable, o acogedor, o algo así dije, y evidentemente pretendía que fuera una especie de gesto.

Cuando llegó el equipo de *Norge Rundt*, aún no habían terminado de arreglar la moto en el taller. Y yo me alegré, tenía miedo de que, de haber estado lista, me hubieras presionado para hacer algún tipo de viaje, aunque no fuera por todo el país. Pero ya había llegado la tele y, tan pronto como grabaran sus imágenes, volveríamos a casa.

Te habías arreglado, de cierta manera. Te habías arreglado de un modo aparentemente casual, como si no lo hubieras pretendido. Cuando te dije qué guapo estás, te enfadaste, no querías oír eso. ¿Qué quieres decir?, me preguntaste, estoy completamente normal. Pero no estabas normal, eso era evidente. Lo del programa significaba mucho para ti y, aunque no quisieras admitirlo y fingieras tomártelo con mucha calma, yo te leía, y parecías otro tipo de chico, más dulce, en realidad, o más suave, sin ese bamboleo mundano.

Pero los animales se hicieron esperar. A pesar de que les habías sacado manzanas y zanahorias, pasaron las horas y aparecieron las nubes del atardecer. Así es la naturaleza, es lenta y se recrea, no como nosotros, los humanos, con nuestros trajes de camuflaje, nuestros señuelos fumigados y esos aparatos que supuestamente eternizan. La naturaleza es distinta. Y yo te miraba desde la ventana del sótano, estabas en el prado, en aquel prado tan minúsculo que ya casi no era un prado, bromeando con los empleados de la tele. Veía que los tenías entretenidos, que les decías: Sí, ya veréis como están al caer, sólo hay que esperar otro poco, algo así les decías. Notaba que no tenías la menor intención de tirar la toalla. Pero los animales no aparecieron y cayó la noche.

Cuando entraste, tu padre estaba sentado en la mesa de la cocina. Creía que os habíais marchado, dijo. Y no había nada que responder a eso. Deberíamos habernos marchado mucho antes.

Comimos unas costillas de cerdo que tu madre había sacado del congelador. Las costillas de las Navidades pasadas, acompañadas de chucrut y patatas, como debe ser. Era julio, había nostalgia en el ambiente y fue la primera y última vez que los cuatro comimos juntos.

No hablamos demasiado de *Norge Rundt*. Dijiste que les habías enseñado algunas fotografías, que habías contado la historia ante la cámara, que al final había salido una especie de reportaje que quizá pudieran usar o que al menos podrían tener en la recámara. Tu madre asintió, cortó más carne y trajo más vino de manzana. Pues ya veremos, dijo, con una sonrisa casi cálida, y yo propuse que viéramos el viejo reportaje. Tendría su gracia ver a Sebastian de pequeño, dije, pero tu madre se estremeció, me había equivocado de nombre propio, nadie sabía dónde estaba aquella cinta de vídeo y todos mirasteis para otro lado, como si ya hubierais tenido bastante de ese

programa de televisión.

Tu padre era agradable. Sorprendentemente agradable, en realidad. Cuando por fin empezó a conversar, resultó que era empático, cortés y jovial. Me preguntó por mí, por mi vida y mis planes, aunque afortunadamente no con el mismo detalle que tu madre, y se reía mucho por lo bajo, de vez en cuando hasta intentaba hacer alguna broma. Era una de esas personas que consiguen crear una sensación de cercanía a los pocos minutos de entablar la conversación, uno de esos tipos cuya parquedad de palabras resulta afable, como si tampoco tuviera más que decir. No se las daba de emocionante y dejaba claro que el relato subyacente no sólo era bienintencionado, sino quizá también completamente acertado. Después el silencio resultó mucho más cómodo y, cuando por fin nos marchamos, me dio una especie de abrazo. Por lo visto ya éramos amigos.

Tu madre, Sol, me tendió la mano y ya casi me estaba acostumbrando a aquella mano, a cómo la posaba en mi mejilla en una especie de abrazo destrozado, una vez es todo lo que hace falta. Ella tenía su propia manera, su propio aire, una luz distorsionada. Incluso cuando se paró en la puerta, su sombra continuó destellando dentro. Era imposible saber de dónde procedía aquel temblor de tu casa, inconcebible que la habitación que tenía a su espalda pudiera oscurecerse aún más.

Gracias por todo, dije. Tenía la boca colmada de negras mentiras y polvo de ceniza en los ojos, tenía la esperanza de no regresar nunca.

Conseguiste un trabajo. Fue rápido y sencillo. Un día volviste a casa y anunciaste: Ya soy profesor. Y pasaste a ser eso, un hombre que por la mañana se marchaba al trabajo y por la tarde volvía a casa con las bolsas de la compra, que tengas dulces sueños y por fin es viernes, todo eso. No te pregunté cómo había sido, cómo lo habías conseguido. Te habían dado una sustitución en un colegio, ibas a enseñar Lengua Noruega e Historia, y todo el mundo estaba contento, eras el profesor más formado del colegio, el único filósofo, un chollo. Y decías que era perfecto que fuera sólo una sustitución, en vez de un trabajo fijo. Al fin y al cabo íbamos a salir a navegar.

Ese otoño compraste muchas cosas, dabas la impresión de estar preparando una vida. Un día volviste a casa con un set de golf. No jugabas al golf, pero pensabas empezar la primavera siguiente, el año próximo. Otro día trajiste cacerolas nuevas, menaje de cocina antiadherente. Compraste una mesa nueva para el salón, copas de vino, una tienda de campaña y unas sandalias, al fin y al cabo eran las rebajas de otoño, estaba todo barato y lo íbamos a necesitar. Pero no era propio de ti acumular tantos objetos. Y tampoco era propio de mí. ¿No sería mejor que ahorráramos para el viaje?, te pregunté, pero por lo visto también estabas ahorrando, y además el dinero era tuyo, así que podías hacer con él lo que te diera la gana. Y continuaste así. Esparcías, introducías y extendías cosas por el apartamento, también cosas para mí, como un caballero o algo así. Sobre todo me regalabas flores y joyas, las flores eran normalmente rosas o azucenas, y las joyas, pulseras y pendientes. En cierto sentido me gustaba un poco, he de admitirlo. Todos aquellos regalos tenían que significar algo bueno y sincero, y aunque no me dieras ningún anillo, sabía que acabaría llegando. Además la infección del dedo se había estancado a un nivel soportable. Mi mano, el brazo entero, estaba dispuesto a aguantar hasta la boda, aunque a veces el dolor me despertara por la noche y sintiera los latidos, la presión y los latigazos por dentro del sedal, en la vía sanguínea más interna, más fogosa, la que sólo deseaba casarse.

En la guardería tenía asuntos más que suficientes que atender. El pequeño de los ricillos estaba rabioso y yo ya no quería llevarlo en brazos ni que se me acercara demasiado. Algo había cambiado en su mirada. Puede que siempre hubiera estado allí, pero ahora le refulgían los ojos, con una vida propia. Ni siquiera cuando el niño mostraba su lado más dulce y encantador, lograba yo confiar en él, o quizá no me atrevía. Pero no se daba por vencido, el pequeño de los rizos, no acudía a otro adulto, quería estar conmigo y sólo conmigo, o estar con los otros niños, jugar y alborotar, construir y lanzar los dados. Sin embargo, los niños también le habían cogido miedo. Cada vez que intentaba acercarse a ellos, lo recibían con una delicada distancia, nunca se sentían

lo bastante seguros para darle la espalda y, cogiera el juguete que cogiera, siempre podía quedárselo sin que los demás protestaran. Así era la cosa ahora, teníamos un tirano en la sección de los más pequeños y no podíamos con él. Todos nos sometimos a la primera regla de la violencia: nos mostrábamos tan suaves y neutrales como podíamos.

Pero aunque nuestro rechazo sólo se manifestara de maneras invisibles, quizá casuales, él niño se percataba, y el rechazo tenía su precio. A veces tenía ataques de furia, en ocasiones pasaba al ataque de un modo tan repentino y brutal que necesitábamos una especie de plan de emergencias, siempre tenía que haber un adulto vigilándolo y por lo general era yo. Los demás decían que estaba un poco más tranquilo cuando yo estaba cerca, y me lo tomaba con un halago, naturalmente, aunque se sabe que el apego de los niños no deja huella, que es angosto y absolutamente arbitrario. Pero la tarea no era sencilla. Siempre quería acercarse a mí más de lo que yo deseaba. Si de vez en cuando me aventuraba a sentármelo sobre las piernas, siempre quería pegarse más, llegar al pecho o al cuello, pero a mí me resultaba imposible, todavía sentía su mordedura, el aguijón y la cicatriz, no era un niño normal, aquel chiquitín, era peligroso. Y cada vez que le decía que no, se volvía más peligroso.

Hablé contigo sobre ello. ¿Qué se puede hacer con él? ¿De dónde lo sacaré? ¿Crees que se le podría pasar? Y tenías una respuesta. La respuesta más sencilla. Es malo, dijiste, con ese tipo de cosas no se puede hacer nada.

Nuestro apartamento seguía adquiriendo forma con accesorios y complementos. Decías que te pagaban bien en el colegio, que les caías bien a los chicos y que te mostraban respeto tanto en el aula como en la sala de profesores. Me hablabas de tus clases, de algunas de ellas, de cómo introducías tu filosofía en el resto del temario, tanto en Lengua como en Historia, incluso en Historia de la Lengua. Yo no me enteraba de nada, en realidad no podía, pero tampoco me tentaba entenderlo. ¿Qué filosofía?, podría haberte preguntado, y habrías seguido hablándome de Howard Roark. Habías pedido a todos tus alumnos que lo leyeran. La mitad tenía que leer la escena del comienzo, en la que el héroe se ríe desnudo ante un barranco, ésa en la que el agua está muerta, pero las piedras vivas. La otra mitad tenía que leer el discurso de Howard al final del libro, en el que el héroe realmente es un héroe y prácticamente se zambulle en su propia propaganda en ebullición. Y habías encargado a los alumnos que hicieran un resumen, les habías pedido que sacaran la esencia de la esencia, y todos, o casi todos, habían conseguido encontrar algo primordial, algo muy correcto, y me insinuaste que era mérito tuyo y que te alegrabas.

Teníamos flores en todas las habitaciones. Teníamos lámparas y estanterías, placas en las puertas y botelleros, velas, carne de ternera y cubertería inoxidable. Y un día trajiste algo más.

Un día estaba allí cuando volví a casa del trabajo, era una bolita marrón y dijiste que se llamaba Lady.

¿No es preciosa?, me preguntaste, y tus ojos, esos ojos devoradores, se deslizaron hacia adentro, se escurrieron hacia fuera, a la caza de una forma original. Tenías algo líquido en la voz. ¿No es preciosa?, repetiste, como si la cachorrilla fuera algo tan natural como cualquier otra cosa, no cabía la protesta. Pero si vamos a navegar..., tartamudeé y te limitaste a resoplar. Seguro que alguien podía cuidárnosla, no había ningún problema. Tenías una habilidad especial para

convertirme en una adversaria, sin querer, supongo, pero me hacías sentir como una aguafiestas. Al fin y al cabo teníamos un acuerdo, un pacto: estaríamos juntos, ocurriera lo que ocurriera y para siempre, no existiría nada más que el nosotros, así que cuando me venías con aquellas ocurrencias, no cabía sino abrirse y encontrar una manera de encajarlas, íbamos a fundirnos en uno, nada menos, así era como queríamos que fuera nuestra historia, sin concesiones, desafiante y sin reservas.

Y por eso la cosa quedó así. De pronto teníamos una perrita, era buena y limpia, y no me llevó más de un par de semanas comprender que tenías razón, que mi escepticismo había sido estúpido y gratuito, algo exclusivamente femenino. ¿Por qué no íbamos a tener una perra? Pasé a pensar así, igual que tú. Y además la cosa funcionaba. A mediodía te pasabas por casa para echarle un ojo, decías que te daba tiempo a hacerlo en el recreo largo porque a menudo tenías también libre la hora previa o la siguiente, así que tenías tiempo de sobra para sacar a Lady a dar una vuelta. Yo veía cómo te ocupabas de ella, cómo la atendías, la apoyabas y te responsabilizabas de ella, te mostrabas como un adulto. Y también vi que Lady te escogió a ti. Igual que los niños de la guardería escogían una persona a la que apegarse, Lady te escogió a ti.

De este modo pasamos a ser una familia. Así de sencillo. Dos son dos. Tres es más.

Ahora teníamos una dimensión suplementaria, ya no teníamos sólo un acuerdo de futuro, una idea, una huida o un lugar donde estar. Y habría sido humillante llamarlo enamoramiento. Era mucho más que eso. Éramos una solución, un código de impulsos completamente predecibles. Es verdad, fuiste mi mejor época.

12

Quizá no fue ni un día ni un acontecimiento, pero todo tiene un comienzo, por lento y difuso que sea, y creo que esto empezó con la perra.

Mostrabas mucho interés por ella, casi demasiado. Attendías a la cachorrilla como si fuera una niña, tu niña. Te asegurabas de que recibiera las vacunas que necesitaba, de que creciera cómo debía, de que nunca pasara frío, de que siempre estuviera segura y de que nunca pasara hambre u otras penalidades. Le cambiabas el agua una vez a la hora, para que estuviera siempre limpia y fresca, y lavabas sus cuencos a diario. Me recuerdo diciendo: Por Dios, no es más que una perra, pero no estabas de acuerdo. Le compraste una cama, unos cojines y una manta, juguetes y chucherías. Le compraste una toalla rosa con la que la secabas cuando se mojaba durante el paseo, y le pusiste un collar que llevaba tu número de teléfono grabado. Lady era realmente una *lady*.

Y luego empezaste a hablar de caza. Fue de un día para otro. Decías que tenías licencia de caza y de armas y, más tarde, afirmaste que tenías también una escopeta, una semiautomática de dos cañones. Decías que Lady y tú ibais a salir de caza, que primero la perrita tendría que crecer un poco, entrenarse y aprender a obedecer, pero que después cazaríais unas cuantas piezas. Decías que en el fondo era así como te gustaba la comida, limpia y pura, salvaje y con una buena vida a sus espaldas. La caza es lo único ético, decías, y sonaba muy meditado.

Me recuerdo observando al peludo animalillo sobre tus piernas, donde siempre tenías a la pequeña mascota, tu pequeña mejor amiga. No podía saber qué tipo de animal acabaría siendo, a quién se parecería ni a quién recordaría, pero una cosa estaba más clara que el agua: jamás sería la perra de caza de la que hablabas.

¿Por qué nunca me has hablado de la caza?, te pregunté, pero no tenías una respuesta concreta para eso, decías que hasta entonces no había venido a cuento. Y yo pensaba en ti, en todo lo que abarcabas y todo lo que eras, y pensaba que eras muchas cosas: un filósofo que trabajaba de maestro y practicaba el salto base, alguien que tenía moto y escopeta y que además manejaba un montón de datos sobre todo tipo de cosas, desde la política hasta el arte, pasando por los países y los pensamientos lejanos. Apenas había visión que no hubieras tenido, ni preguntas cuya continuación ignoraras. ¿Dónde tienes la escopeta?, te pregunté, quería verla, pero estaba en casa de tus padres en la pequeña ciudad.

Pero un día te vi. Me había marchado pronto del trabajo porque tenía gripe o dolor de cabeza y, al bajarme del autobús, te vi en el parque. Estabas sentado en un banco. Lady correteaba de acá para allá, pero tú estabas en el banco y creo que me encaminé hacia ti, de verdad que lo creo, sólo

que luego me paré, cuando estaba cruzando la calle, me detuve, di media vuelta y me metí en la cafetería de la esquina, donde me senté junto a la ventana para observarte. Y te observé. Desde ese momento y para siempre.

Pasó una hora, quizá hora y media. De vez en cuando, otros perros se acercaban a saludar a Lady, de vez en cuando, otros dueños de perro se acercaban a saludarte a ti, pero tú no te moviste del banco. Eras lo más apacible del mundo y me asustaste de un modo complejo.

Cuando te marchaste, te seguí y, al verte entrar en casa, me quedé un rato esperando en la calle. Hacía frío, recuerdo que me extrañó que hubieras aguantado tanto tiempo afuera, y además no entendía por qué, por qué habías pasado tanto tiempo en la calle sólo para sentarte en un banco a mirar al vacío. Pero no quería pensar en eso, en el fondo no quería, quizá ni siquiera buscara una respuesta, no deseaba preguntar ni cuestionar. Por qué es siempre la peor pregunta.

Qué temprano llegas, me dijiste cuando entré por la puerta. Estabas en la cocina, te pille a traspié, y dije: Tú también. Nos miramos ladeando un poco la cabeza antes de darnos explicaciones. Sería un martes o un miércoles o un jueves, pero fuera el día que fuera, dijiste que ese día siempre terminabas antes en el trabajo, que no tenías clase a última hora. Acabo de volver a casa, dijiste, y a continuación te llevaste a Lady a dar una vuelta, al fin y al cabo tenía que salir.

Empezó a corroerme una desconfianza, una inquietud creciente, y a los pocos días fui a tu colegio, al colegio en el que trabajabas. Me tomé el día libre, compré algo en la pastelería y llegué justo antes del recreo largo, digamos que iba a darte una sorpresa. Y creo que estaba casi convencida de que podía resultar agradable, bonito, casi natural, a pesar de que iba con segundas intenciones. Segundas intenciones y un plan. Sencillamente necesitaba verte, verte donde decías que estabas.

Fue un día cualquiera de diario. Te habías marchado al trabajo sobre las siete y media de la mañana, como de costumbre, con un bocadillo y una sonrisa. Habíamos salido de casa al mismo tiempo y cogido el autobús en direcciones distintas. Deberías haber estado tan tranquilo. Deberías haber estado en el trabajo. Pero no estabas.

¿A qué clase va?, me preguntó la controladora.

Probablemente yo ya lo sabía, no habría necesitado que me lo subrayaran. Pero repetí tu nombre. Sebastian, dije, trabaja aquí, o quizá no fue eso lo que dije. Creo, dije, creo que trabaja aquí, y cuando la mujer siguió mirándome con gesto de incompreensión, seguí adelante y repetí tu nombre. ¿Daniel? ¿Tampoco tenéis ningún profesor que se llame Daniel? Está haciendo una sustitución... Pero no tenían a nadie que se llamara así. De todos modos, yo no podía estar segura, segura de mis pensamientos inciertos, y estaba a punto de marcharme cuando la mujer me dijo: Espera un momento, hace poco han entrado unos sustitutos de emergencia nuevos, déjame ver, dijo, sacando una lista. Y encontró un Sebastian, un Sebastian que, por lo que podía ver, había hecho sustituciones esporádicas durante las últimas semanas, sobre todo en Educación Física.

¿Educación Física?

Sí, dijo la señora, también ha dado algunas clases en la sala de textiles, pero sobre todo ha dado Educación Física. ¿Quieres que le diga algo la próxima vez que venga?, me preguntó. Bueno, si es que vuelve, continuó, con estos sustitutos esporádicos nunca se sabe. Sonrió, fue una sonrisa bastante inquietante, y señaló tu nombre con su uña amarillenta. Entonces sonó el timbre y yo estaba roja como un tomate, sentía el calor de la vergüenza hasta en el cielo de la boca. No,

gracias, dije, debe de ser otro Sebastian.

Cuando volví a casa, te encontré sentado en el sofá, bajo las fotos de los rascacielos, con Lady sobre las piernas. ¿Qué haces aquí?, me preguntaste, mirándome con tus ojos crecientes, asombrosamente tranquilo. ¿Que qué hacía yo en casa? Me resultó desquiciante la naturalidad con que lo decías, que sonara tan automático y fueras capaz de encontrar las palabras. ¿Qué coño haces tú en casa?, te pregunté, pero me diste la misma explicación, te atreviste a hacerlo, aunque debiste de entender que te estaba preguntando otra cosa. Aun así me contaste la misma historia de que a mediodía tenías libre y habías vuelto a casa para sacar a la perra. Eras increíble.

Sebastian, he estado en tu colegio. Y fue en ese momento cuando tu mirada se redujo a algo más creíble.

¿Cuánto tiempo nos quedamos callados?

Supongo que ninguno de los dos aguantó demasiado la espera, no estábamos acostumbrados al frío, tampoco lo soportábamos. Sin embargo, pasó un rato hasta que dijiste algo. Primero tenías que observarme y valorar la situación. Vale, dijiste por fin, completamente abatido y acorralado, lo siento, pero lo cierto es que no trabajo a tiempo completo y no he querido contártelo para no preocuparte. Tranquila, dijiste, no me mires así. Y entonces yo bajé la vista.

Se te daba bien dar explicaciones, o poner excusas, y durante el resto de ese día y esa noche, le sacaste partido a tu manto de palabras. La retórica amatoria te salía a borbotones. Todo lo que decías te quedaba bien. De hecho, en el fondo no me habías mentido, por lo menos al principio. Al principio realmente te habían ofrecido una sustitución, unas clases de Historia y Lengua Noruega, como me habías dicho, pero luego, después de firmar el contrato, había aparecido otro profesor con más antigüedad y había reclamado tu puesto. No había nada que hacer, me dijiste, y cuando te ofrecieron el trabajo de profesor de Educación Física, o de sustituto de Educación Física, pues lo aceptaste, ¿qué tenía eso de malo, en realidad? Por Dios, dijiste, ¿qué más dará qué tipo de clases dé en un trabajo que de todos modos es completamente irrelevante?

Habías pasado a la ofensiva, te mostrabas casi un poco molesto, como si el tema en su totalidad fuera demasiado insignificante para ti. Como si te resultara incomprensible que me tomara la molestia de preocuparme por eso. Por Dios, repetiste, sólo hago esto para ganar algo de dinero extra, ¿no? Tampoco es como para montar un drama. Y ahí me pillaste, cuando me lo decías así, en el fondo, yo estaba de acuerdo, estaba claro que se trataba de algo de diminuta envergadura en comparación con todo lo demás, con lo que realmente significaba algo, con lo que lo significaba todo. No quiero montar un drama, dije, sólo que no entiendo por qué no me lo has contado. Pero no habías querido preocuparme, claro. Al fin y al cabo ha sido por amor, dijiste, por eso no te lo he dicho, para que no te inquietaras, tesoro. Y ahora tenías la sonrisa tranquilizadora, como si la conversación entera fuera estúpida o innecesaria, y pensé: Por supuesto, por supuesto que ha sido por amor, ¿por qué otra cosa iba a ser? De hecho me sentí incluso un poco impertinente cuando te planteé las preguntas obligadas: Pero ¿adónde has ido todos los días? ¿De dónde has sacado el dinero? Todo el conflicto había pasado ya a ser una conversación normal, podrías haberme respondido cualquier cosa, que seguramente me la habría tragado, y cuando me dijiste que estabas buscando trabajo, que últimamente, cada mañana, ibas a una oficina del paro para encontrar un buen trabajo con un sueldo decente con el que hacer una

buena contribución a nuestro viaje, de alguna manera me enamoré aún más. Y cuando me contaste que tenías una cuenta de ahorros, pensé que eso, eso de que fueras un hombre con ahorros, debía ser prometedor en sí mismo. Dijiste: Y, además, esa cuenta no está vacía en absoluto, que lo sepas. ¡No tenía nada por lo que preocuparme!

Así fue como lo hicimos, seguimos conversando hasta reconducir la situación, hasta que dejó de parecer rara, fría, enfermiza o psicótica. Charlamos hasta deshacernos de la duda devoradora, pastando de algo silencioso y curativo, hablamos y hablamos hacia adentro, hasta que aquello de lo que hablábamos dejó de parecernos peligroso. Ja, ja, dijiste, ya sabes que el mundo puede dividirse en dos: entre los que tienen una cuenta de ahorros y los que no la tienen, y sabes que los que tienen dinero guardado se imaginan una vida por delante, mientras que los otros carecen de ambiciones, ¿no? Así de rápido volviste a colocarte por encima. Con maestría, con un chasquido de dedos sin fisuras. Pues yo no tengo ahorros, dije, ¿quieres decir que carezco de ambiciones? Pero evidentemente no querías decir eso y lo subrayaste dándome un beso en la nariz: Tú no necesitas una cuenta de ahorros, mi niña, tú me tienes a mí. Y luego nos reímos de que fueras profesor de Educación Física. En realidad es un trabajo extremadamente cómico, dijiste entre risas, era increíble los pocos aires que te dabas de pronto.

Pero nunca volverías a mentirme, me lo prometiste. O como tú lo expresaste: nunca volverías a no contarme algo. Porque te habías dado cuenta de dónde me tenías, yo estaba contigo pasara lo que pasara, así de sencillo, y al final nada se había roto. Luego nos susurramos las grandes palabras, nos enroscamos y nos subimos el uno al otro, después jugamos al *backgammon* y apostamos como de costumbre, esta vez a lo grande. Acabé quemando el libro de Howard Roark en la chimenea. Una triste hoguerita.

De todos modos, ¿qué tipo de hombre se desnuda y se ríe solo ante un barranco?, te pregunté y recuerdo que te forzaste a soltar una risa.

Pero no se había acabado, no del todo. Empecé a hacer comprobaciones, verificaba las cosas que decías y las cosas que habías dicho. No me gustaba hacerlo, pero necesitaba una especie de confirmación, así que fui a la biblioteca y saqué un libro de armas que leía a escondidas, un libro sobre escopetas, rifles y munición. No sabía decir por qué justamente un libro de armas, pero quizá tuviera la idea de que, si lograba demostrar la existencia de tu escopeta, podría olvidarlo todo y serías el hombre de la moto, la cuenta de ahorros y el equipo de salto, de una vez para siempre. Lo único que necesitaba era una prueba y busqué incansablemente semiautomáticas de dos cañones, pero en aquel libro no aparecía ninguna, y me puse escéptica, o ya estaba escéptica, y decidí que tenía que entablar una conversación sobre armas que no desenmascararas. No fue fácil.

Mi único intento: Si quisieras quitarte la vida, ¿cómo lo harías?

Te lo pensaste un buen rato, más de lo que yo hubiera querido. Al final dijiste que la pregunta era estúpida. Tenías esa mirada tuya, tan mundana y cosmopolita. ¿Por qué?, te pregunté y recuerdo cómo me miraste, como si estuviera por debajo, como si estuviera fuera. Es estúpida, dijiste, porque si quieres quitarte la vida, da igual la manera. Dijiste: Creo que te resulta indiferente, realmente indiferente, si te cuelgas o te desangras, si te ahogas o te lesionas, siempre que te mueras. Me imagino que sencillamente tomas la primera salida.

Pero a mí me resultaba incomprensible, inquietante e incompresible. No pensaba como tú. No compartíamos esas ideas. Yo me pegaría un tiro, dije, y nunca debería haberlo dicho.

¿Por qué coño te pegarías un tiro?, me preguntaste. ¿Crees que es fácil pegarse un tiro?

Y la verdad es que creía que sí. Apretar el gatillo tenía que ser más fácil que muchas otras cosas, ¿no? Al menos es rápido, dije. Pero no querías ni oír hablar de eso. No aceptabas ese tipo de simplificaciones, en realidad no aceptabas nada de aquella conversación en general. Tú sabías más.

¿Rápido? ¿Crees que es rápido? Sólo es rápido si aciertas con el disparo, ¡y eso no lo consigue todo el mundo! La mayoría de quienes se pegan un tiro, dijiste, lo hacen en un arrebato, no lo han planeado, no se han entrenado y a menudo no saben nada sobre armas ni munición, simplemente suben al desván a por la escopeta del abuelo y se meten el cañón en los morros, y ése es el error más clásico, la gente se mete el cañón en los morros y dispara, no sé de dónde se lo sacan, quizá lo vean en las películas, pero la realidad no es como las películas, la realidad es mucho más complicada y se inclina hacia los márgenes de supervivencia, en la realidad resulta que tendemos a sobrevivir, incluso en los casos en que sin duda sería preferible morir, y nos

despertamos con un agujero de bala en el cogote y las muelas en el tronco cerebral, vemos por el suelo una atroz carnicería, sangre para la que ya no tenemos nombre y cuyo origen quizá incluso ignoremos, y nos quedamos tirados hasta que nos encuentra una esposa, un hijo, un hermano o una madre, que luego consiguen aparcar nuestro desvalido cuerpo en un asilo en el que nos mantienen con vida por medio de una sonda de alimentación, y nos dedicamos a arrastrarnos por los pasillos, unos pasillos con los que no nos aclaramos, por el resto de nuestra vida, una vida no sólo indeseada, sino además patética, en la que la lástima es nuestro mejor amigo. ¿Te enteras? ¡Un tiro no es sólo un tiro! Para dispararte en los morros tienes que usar una escopeta de caza, y para usarla necesitas tener los brazos la hostia de largos o haber recortado previamente el cañón, y si no tienes una escopeta de caza, sin duda es mejor abstenerse. Pero, dijiste, levantando un dedo como quien da una lección, pero si te resulta absoluta, absolutamente necesario, procura al menos que el cañón esté en diagonal. ¡En diagonal! Recuérdalo, ya uses rifle, metralleta o cualquier variante peculiar de una pistola de guerra, dispara en diagonal, no de frente, no hacia arriba y, por Dios, nunca hacia la mejilla. Así es la cosa, para tener éxito hay que llevar a cabo ciertos cálculos, un ángulo de cuarenta y cinco grados, ¡ése es el quid de la cuestión!

Me diste la oportunidad de decir algo. Durante un par de segundos te vi esperar, evaluarme, estudiar cómo te valoraba yo a ti. O quizá no te interesara la respuesta, tal vez sólo necesitabas tomar aire y reponer fuerzas para la siguiente lección, qué sé yo, estabas tan entusiasmado, tan exaltado... Lo que quedó claro es que tenías tus conocimientos de armas en su sitio y me arrepentí de haberlo puesto en duda.

Y luego están quienes se disparan en el corazón, o quienes intentan hacerlo, proseguiste, ¡los que tratan de dispararse en el corazón son los verdaderos idiotas! Te aseguro que casi nadie sabe con exactitud dónde se encuentra el corazón y, sin embargo, muchos ponen su destino en manos del corazón, precisamente. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo es posible? La idiotez no tiene límites, ¡no entiendo cómo la gente puede vivir consigo misma sin volverse loca! ¿Dónde crees que tienes el corazón?, me preguntaste, y estabas fuera de ti, volabas, galopabas. Venga, vamos, gritaste, ya que dices que te pegarías un tiro, ¿sabes dónde tienes el corazón?

Querías servir langosta en la boda. Langosta de primer plato y de segundo, solomillo. Te pregunté si no podíamos hacerlo un poco más barato, puesto que nos íbamos de viaje, ¿no sería mejor reservar algo de dinero para la gran navegación? ¿Qué te parecerían unas gambas?, te sugerí. ¿Y luego filetes? Pero no hubo manera. Tenía que ser langosta y la mejor carne, sólo eso estaría a la altura. Por Dios, dijiste, ¿estamos hablando de nuestra boda! Y apareció ese brillo en tu mirada, esa sonrisa.

¿Has encontrado ya el vestido?, me preguntabas casi todos los días, como un mantra o una broma. No lo decías muy en serio, pero tampoco del todo en broma. Seguíamos teniendo un pacto. Nos seguíamos teniendo el uno al otro. Lo fundamental seguía en orden.

Y yo me probaba vestidos. Me probaba vestidos a destajo. Vestidos de encaje y vestidos de tul, vestidos cortos y largos, ajustados y sueltos, sencillos y complicados, blancos y más blancos, siempre los muy buenos, los muy bonitos, los muy muy, pero nunca me quedaban perfectos. No consigo decidirme, te decía, pero no me creías. ¿De verdad no tienes un vestido de tus sueños?, me preguntabas con toda tu gravedad. No, te respondía, sólo tengo un hombre de mis sueños, y ya estábamos ahí, en medio del idilio. Así que al final decidimos que el vestido lo escogerías tú. Dijiste que encontrarías el más espléndido que hubiera, que sólo el mejor sería suficiente, y luego me tomaste las medidas y te las guardaste, en un bolsillo, en un cajón, en un archivo que yo debía olvidar.

Estábamos en ascenso, como habíamos estado casi todo el tiempo. La mentira había amainado, había devuelto el libro sobre armas. Por las tardes, después de comer, nos paseábamos por el parque con Lady. Paseos largos y tranquilos. Fue una buena época. Tuvimos ocasión de charlar, de reponer fuerzas, de cuidar nuestra unidad y nuestra eternidad. Vadeábamos entre la hojarasca que nos llegaba hasta las rodillas y el sol corría en arcos entre las nubes. Todo se derretía y todo se congelaba. Caminábamos por lo que acabaría siendo un recuerdo imposible, unos recuerdos que yo transformaría constantemente, que cultivaría. Estaba contenta hasta lo más profundo. Y estaba segura. Una seguridad embriagadora. Si alguien me hubiera dicho no, si alguien me hubiera dicho pero, o piensa que, o qué pasaría sí, no le habría creído, ni por un segundo de nuestros años, me habría reído, diciendo: Maldito bobo. O habría llorado, diciendo: Pobre de ti. Porque había encontrado al hombre con el que me iba a quedar. Porque habías encontrado a la mujer con la que ibas a estar.

Y recuerdo la tarde en que Lady intentó cazar un puercoespín. Recuerdo que la llevaste a casa

en brazos, a pesar de que ya era grande y pesaba bastante, la llevaste a casa en brazos, te la colocaste sobre el regazo y te pasaste horas con las pinzas, pese a sus chillidos, sus gemidos y sus llantos, la mantuviste sujeta hasta que lograste sacarle la última espina, y te mostraste tranquilo y cariñoso, tan bueno que habría caminado de espaldas para poder permanecer en esa bondad. Habría podido dar marcha atrás una y otra vez.

He conseguido un trabajo, anunciaste un día, en un tono completamente normal. Llevabas unas semanas buscando, entre tus sustituciones en el gimnasio te habías presentado a algunas entrevistas, con la camisa bien planchada, corbata y tu cara de ganador, y ya tenías trabajo, en la NSB, las líneas de ferrocarriles noruegos.

Dejaste el contrato sobre la mesa, deprisa, como de pasada, dijiste: No es exactamente un trabajo filosófico, pero pagan bien y había quinientos solicitantes para el puesto. Ea. Y a continuación te abriste una cerveza y de pronto parecía completamente natural que tú, mi Sebastian, trabajaras en la administración de las líneas de ferrocarriles noruegos. Antes de empezar los estudios de Filosofía, habías hecho algunos cursos de Estadística y cosas parecidas, y además tenías unas notas magníficas en Economía Social y Matemáticas. Habrá sido por eso por lo me han escogido, dijiste, aunque evidentemente los dos sabíamos que se debía a la entrevista, a cómo sabías encandilar a la gente y mostrarte encantador. Y a pesar de que, hasta cierto punto, suponía una derrota que tuvieras que enseñarme el contrato, que me dieras una prueba de la desconfianza que yo ya había barrido bajo la alfombra, esta reconfirmación de tu anterior mentira resultaba ahora bastante insignificante, de hecho era casi irrelevante. Te habían seleccionado para un programa de formación, eso sí significaba algo, era una especie de demostración de algo, y me llevé una enorme alegría, también por ti, evidentemente.

Y al día siguiente quise sorprenderte. Quise preparar algo fantástico para comer, servirte burbujas en la copa y ponerme algo elegante. Así que compré una langosta. Para ti. Puesto que sólo lo mejor estaba a la altura, compré una langosta viva en el puerto y me la llevé a casa con una botella de champán. Nunca había hecho nada parecido, no tenía ni idea de cómo preparar marisco, al fin y al cabo sólo tenía veintiún años, pero confiaba en ti. Lo único que sabía era que había que cocerlo vivo.

Me pareció que te alegraste. Y también que te quedaste en *shock*. Te recuerdo con la mirada clavada en el fregadero, mirando incrédulo aquel bicho grande y bastante feo, con insegura gratitud. Hay que cocerlo vivo, dijiste, debías de suponer que yo no lo sabía. Sí, respondí, pero ¿qué hay que echar al agua? ¿Eneldo, perejil o cebollino? ¿Qué crees? Y te vi echar un vistazo a las hierbas aromáticas, con una mirada carente de matices, no te dabas cuenta de nada. Pues supongo que podemos usarlo todo, dijiste al cabo de un rato, y todavía estabas contento, creo que sí, pero también estabas algo más, algo completamente nuevo. Y por cada clic que hizo el animal, por cada uno de sus blandos chasquidos, quizá podría haberlo visto.

¿Lo has hecho alguna vez?, preguntaste, señalando el fregadero donde el animal se había echado a descansar, pero no lo había hecho nunca y eso pareció agobiarte un poco. Mientras coloqué la cacerola de agua al fuego, puse la música, descorché la botella de champán y preparé la mesa, tú te limitaste a dar vueltas por la cocina y a mirar por la ventana, una y otra vez te apostabas junto al marco buscando algo que ver. ¿Uso un limón entero?, te pregunté, pero no respondiste, estabas en otro sitio. ¿Estás nervioso por empezar el trabajo nuevo? Sería muy natural, añadí. Pero no estabas nervioso. Qué va, contestaste, es que anoche dormí un poco mal. Y entonces empezaron a sonar los golpes bajo la tapadera de la olla y la cocina se fue calentando. ¿Sólo hay que echarla dentro?, pregunté.

Era una langosta grande. Grande, espléndida, exclusiva y bastante salvaje. En cuanto la cogí, empezó a moverse, a coletear, a luchar con las antenas. Si no hubiera tenido las pinzas pegadas con celo, sin duda me habría pellizado. No estaba en absoluto desvalida, aquella majestuosa cucaracha del mar era todo menos dócil. Incluso ojos tenía, una mirada y una especie de carácter.

Bueno, entonces ¿simplemente la echo a la olla?, pregunté de nuevo. Seguías junto a la ventana, ya habías vaciado tu copa. Ayúdame, anda, dije, ven. No quería hacerlo yo sola, quién querría hacer eso, y no quería verlo, pero tampoco podía echarme atrás. Quería que fuéramos dos, que estuvieras junto a mí para poder participar sin asumir toda la responsabilidad, para poder sentirme legitimada a pesar de que hasta entonces no le había quitado la vida más que a moscas y mosquitos. Y no entendía por qué vacilabas. Como quien dice, habías impuesto la langosta en nuestra boda. Deberías estar emocionado, entusiasmado, ávido. Pero sólo estabas gris.

Mete la cabeza primero, dijiste. Fue lo único que conseguí sacarte.

Hice lo que me decías. La cabeza primero. Y ahí nos quedamos, en nuestra cocina, ante el futuro anterior a la vida venidera, viendo cómo la langosta se negaba en redondo a pasar a la quietud, cómo protestaba dentro de la olla con agua aromatizada, un agua que había bullido salvajemente hasta que la masa fría del animal bajó la temperatura, y lo vimos sacudirse, enrollarse, encogerse y chillar, creo que chilló, con un inaudible chillido de crustáceo, un chillido que quizá oyeran otras especies en otros sitios en otras ollas, pero que nosotros sólo pudimos intuir, sólo intuimos cómo se estiraba el tiempo, cómo penetraba el caparazón, ese caparazón grueso y duro, hasta que adquirió el otro color. Y vi, fue lo último que capté, que el celo de las pinzas se derritió antes de que el bicho alcanzara a destruirse, la vida no jugaba en el mismo equipo. Vi cómo se le tensaban las pinzas, cómo pellizcaba en busca de un agua más fría, o quizá más caliente, de una muerte más rápida, como si el dolor fuera en sí mismo un agarre, algo que implicara un anhelo. Nadie me había contado que podía ser así. Nadie me había dicho que, antes de la comida más magnífica, había que soportar convulsiones. ¿Tiene que ser así?, te pregunté, pero en ese momento te desplomaste, caíste al suelo. Y tu cuerpo me pareció aún más flaco en el momento en que estuvo desconectado, tu rostro había salido volando, se había hundido hasta el blanco de tus ojos, igual que debió de hacer el de la langosta. Y cuando volviste en ti, no tenías recuerdos, había pasado, estaba resuelto. Te di agua y una cucharadita de azúcar. Nos reímos a medias de todo el asunto. Y llegó la hora de cenar.

Salud, dije, cuando por fin logré partir el animal en dos. ¡Felicidades por tu nuevo trabajo!

Y te vi beber, noté la cantidad de sorbos que dabas por cada bocado, lo difícil que te resultaba fingir. Nuestra cocina había pasado a oler a otra cosa. Ya no olía sólo a alegría. Y aunque la langosta nos supo bien, los dos sabíamos que había quedado tachada del menú de la boda, que en

su lugar apostaríamos por las gambas, un cóctel de gambas sobre un lecho verde.

Te compraste un traje nuevo. Dijiste: Ya sabes, trabajo nuevo, traje nuevo. Era azul marino y aburrido, pero te sentaba bien, estabas de muerte con aquel traje. Lo último que hiciste la primera mañana fue empujarme contra la puerta de salida, te manchamos los zapatos y, al marcharte, gritaste por las escaleras: *NSB, here I come!*

Fue una época fría, una época feliz, se avecinaba el segundo invierno y podía usar guantes, mitones o manoplas. El dedo infectado estaba hinchado y dolorido, me venía bien poder ocultarlo. La piel parecía haber crecido por encima del sedal, o quizá fuera el sedal el que había penetrado la piel, en cualquier caso ya no se veía. Sólo el nudo asomaba un poco de la piel desfigurada, por lo demás no había más que pus y supuración entre los pliegues. Tu anillo prácticamente había desaparecido. Estaba a punto de devorarlo.

¿No te duele?, me preguntaste, pero yo negué con la cabeza. Dije: Sólo me duele de vez en cuando, y era verdad. La infección iba en oleadas, por temporadas quedaba en barbecho, otras veces florecía, pero me habías comprado una pomada que me hacía bien.

En el trabajo tenía que usar una venda, los niños no debían tener contacto con la herida y ya no bastaba con una tirita. El dedo había empezado a oler, un asqueroso tufillo penicilínico que prefería que nadie percibiera y, si alguien me preguntaba por qué llevaba una venda, simplemente decía que tenía tendinitis.

El problema con el niño de los rizos no dejaba de empeorar. Aunque acudía todos los días a la guardería, su pertenencia a la misma ya no era legítima. Los demás niños le tenían miedo y las cuidadoras habíamos empezado a hablar de él de otra manera, con una vergonzosa concepción común que, añadida a un tono excesivamente sereno, se ponía de manifiesto al mismo tiempo que se ocultaba en nuestro lenguaje visual.

Yo seguía teniendo la cicatriz del mordisco en el cuello, una cicatriz fea, lenta y muy visible. A veces, cuando cogía en brazos a alguno de los otros niños, me la tocaban, me la acariciaban, como para comprobar que realmente estaba ahí, quizá para justificar su miedo o para asegurarse una especie de enseñanza. También la madre me miraba la cicatriz. Cuando dejaba o recogía a su niño, aquel precioso niño de rizos fantásticos y una risa maravillosa, era imposible no darse cuenta de cómo le afectaba la cicatriz cada vez. De nada servía que me hubiera pedido disculpas. La vergüenza pendía sobre ella como una generación extra de fealdad que la mujer no podía ni quería explicar y, a medida que avanzó el otoño, resultó evidente que mi cicatriz era un peso para

ella, como si sintiera unos celos mutilados y hubiera preferido que el mordisco se lo hubiera dado a ella.

Habíamos tenido varias reuniones con la madre, largas y dolorosas conversaciones en las que le habíamos hablado de la agresión de su hijo y de lo problemática que resultaba, no sólo para él, sino también para el resto de los niños. Le habíamos sugerido que quizá le viniera bien un psicólogo infantil, que probablemente necesitara la ayuda de un adulto objetivo para aprender a relajarse y a reírse un poco más con esa risa que tanto nos gustaba a todos, pero que cada vez oíamos menos. La madre había llorado, pero comprendido. Había asentido con serenidad, al modo de Meryl Streep, vertiendo las lágrimas más bellas.

Los demás padres también estaban preocupados. Como es obvio, se habían enterado de lo sucedido el día que tuve que ir a urgencias y además algunos de los niños volvían a casa con marcas, moratones o arañazos del monstruo de la sección. Y yo veía cómo lo miraban. Qué miradas... Se trataba de un niño chiquitito, todavía llevaba pañales y usaba chupete, pero aquellas miradas estaban concebidas para no poderse soportar. Y también la madre las recibía. Ni una palabra, sólo ojos, sólo columnas vertebrales. El guardarropa se había convertido en una zona de terror.

Pero un día vi algo. Estaba haciendo el último turno del día, me encontraba sola en la sección. Eran las cinco en punto, la hora exacta de cierre, y la madre había empezado a llegar a esa hora, para encontrarse con el menor número posible de personas, supongo, o para no tener en casa a su difícil pequeñín.

Salió con él cogido de la mano. Todo era normal. Pero una vez fuera, junto al carrito... Había un ventanuco en el pasillo y fue una casualidad que me encontrara justo allí en ese momento, pero allí estaba y desde allí vi. La madre quería montarlo en el carrito, se iban a casa, pero el niño no quería. Se resistió, como solía hacer, y echó a correr hacia los columpios, tan rápido como le permitían sus torpes pies infantiles, alejándose de ella. Pero la madre corrió detrás de él, lo agarró, le tiró del brazo y lo giró en el aire en un sólo movimiento. Lo asió con fuerza, en aquellas manos no había la menor humildad a lo Meryl Streep. Y luego le pegó, le abofeteó con fuerza en la carita. Primero en un sentido, desde la derecha, y luego en el otro, desde la izquierda. Todo ocurrió a vertiginosa velocidad y sin mayores dramatismos, el niño se quedó parado, rígido y perplejo, y se dejó montar en el carro sin rechistar.

Lo primero que se me pasó por la cabeza: ¿Me habrá visto?

Así fue, me pregunté si me habría visto, si su mirada habría recaído sobre mí en el momento en que le dio la vuelta al carro, o al pasar por delante del ventanuco, y pensé que quizá sí me hubiera visto, pero tampoco estaba segura. Tenía veintiún años y no sabía qué pensar, pero me di cuenta de que aquella mujer tenía autoridad y de que no había la menor vacilación en sus movimientos, era el tipo de mujer que puede lograr que casi todo te resulte correcto.

Te lo conté ese mismo día. Estábamos cenando, tenías esa suavidad sobre ti. Te conté la historia y me explayé en los detalles. ¿Qué hago?, pregunté al final.

Pero no había sido lo suficientemente precisa. Querías que te lo contara todo otra vez, y otra vez más, hasta que llegaste a una especie de conclusión. Bueno, pero el niño no se cayó, dijiste, o quizá lo preguntaras, y luego lo repetiste, que el niño no se había caído al suelo y que por tanto no

podía haberle pegado muy fuerte. Quizá sólo lo zarandeó un poco, dijiste. Puede que sólo le levantara la mano, para que la escuchara. Dijiste: Hay que estar seguro, absolutamente seguro, y luego, casi como un juez, preguntaste: ¿Lo estás?

Y así eras siempre. Ésa era tu gran cualidad. Conseguías hacerme dudar de mí misma, en cualquier momento. Mi confianza en ti era inquebrantable, como una promesa.

Por la noche vendrías con tus manos. Podías estar sentado en el suelo, en el sofá o en la cocina, y por muy lejos que me encontrara yo, aunque estuviera en otra habitación, detrás de una puerta o agachada junto a una pared, siempre me encontrarías. Tus manos, tus brazos, tu pecho, tu boca, tus labios, recorrías el apartamento como en una cruzada, por muy tranquilo y silencioso que estuvieras. Ven aquí, me decías, sin decirlo en realidad. Y yo iba. Y yo me quedaba. A veces lograbas que las palabras sonaran muy distintas. Ven aquí, decías, y conseguías que parecieran mías, del más allá, y deseabas cada pedacito de mí, querías desenredar cada maraña, explorar cada rincón, incluso querías besar mi repugnante dedo, el peor lugar donde plantar algo bonito. Sencillamente nos salía así. Teníamos nuestro propio jardín. Rara vez salíamos, rara vez veíamos gente aunque mis amigas me dieran la lata, casi nunca hacíamos vida social. Nos quedábamos en casa, nos quedábamos el uno con el otro. Apostábamos. Hacías pompas de jabón. Y cuando nos acostábamos, dormíamos acurrucados, tan pegados como fuera posible, ya no teníamos distinciones ni límites ni frenos. Tomar aire y soltarlo, los brazos y los abrazos, tu sueño y mi reino de los sueños, todo se había acomodado y transformado en un circuito. A lo largo de la noche, la perrita se unía a nosotros. Primero saltaba a los pies de la cama y se tumbaba allí, después, con el paso de las horas, iba desplazándose hacia arriba hasta que al final, por la mañana, aparecía tumbada de espaldas entre nuestras almohadas, con las patas hacia arriba, pidiendo que le rascaran la barriga. Era una buena perra, la mejor. Y éramos una familia. Despertarse era lo más bonito. Despertarse también era un sueño.

Te iba bien en la NSB. Trabajabas en un equipo de cinco, ibais a ascender en el consorcio, o al menos lo harían los demás, puesto que tú ibas a viajar. En alguna ocasión te pregunté si les habías avisado de que lo ibas a dejar. ¿No es una cuestión de lealtad?, te preguntaba, pero me dabas largas, pensabas que seguramente sería mejor esperar. ¿Y tú has dicho algo sobre aquellos bofetones?, me preguntabas entonces, devolviéndomela, como si ambos tuviéramos mentiras que cuidar. Como si ambos nos postergáramos hacia algo seguro, entre tanto, aplazando constantemente el ajuste de cuentas.

Pero me alegraba de que tuvieras trabajo fijo, era así de convencional, me alegraba de levantarme contigo por las mañanas, de que ambos saliéramos de casa y nos dirigiéramos hacia algo lucrativo. Y a ti te habían dado un pin y una mochila de la NSB, se te veía muy lindo en la parada del autobús, resplandeciendo con tus nuevos atributos, y cuando dejaste tu primera nómina sobre la mesa de la cocina, estuviste aún más tierno, si cabe. El gran viaje gana posiciones, proclamaste, y empezaste a cantar y a brincar por la cocina, lanzando palomitas de maíz al aire. Pagaban bien aquellos ferroviarios oficiales. Te sobraban motivos para estar orgulloso y contento, aunque nunca me dabas una respuesta clara sobre lo que hacíais en aquel programa de formación. Quizá te daba pereza explicárselo a una asistente de guardería, eso se me pasó alguna vez por la cabeza.

Se acercaban las Navidades y la boda estaba fijada para el 25 de febrero. Teníamos mucho que hacer, muchas decisiones que tomar. Respecto a las invitaciones, por ejemplo, puesto que no sabíamos ni qué íbamos a escribir ni a quién se las íbamos a enviar. Tú querías una boda pequeña. Yo quería una mayor. Las gambas eran lo único en lo que estábamos de acuerdo.

Pero ¿no podríais esperar un poco con la boda?, preguntó de nuevo mi madre. Un día se pasó por casa con una planta y un plan. Resultó evidente que había venido para tratar de disuadirnos por última vez. Su escepticismo, presente desde el principio, no había dejado de crecer a medida que se acercaba la fecha. Pero yo no entendía por qué. No le había mencionado nada que te dejara mal parado, ¿por qué habría de hacerlo? No le contaba las cosas a mi madre, era mejor así, tenía suficiente con cargar con el desasosiego yo sola. De modo que mi madre no sabía nada. Y tampoco es que hubiera mucho que saber, en cualquier caso, ya había quedado atrás. Mi madre no sabía nada sobre tu trabajo furtivo de profesor de Educación Física ni sobre tus días secretos, en realidad tampoco sabía nada sobre la oscuridad de la casa de tus padres. Así que quizá su recelo se debiera al hecho de que ella no estaba casada, a que ella se sentía más a gusto sola. Eso es lo que hacen en los pueblos, nos dijo, se casan a los veinte. ¡Y atenta contra todos los principios

modernos! Repitió que teníamos tiempo, montones de tiempo, y que no entendía por qué nos agobiábamos con tantas prisas. Y a pesar de mis protestas —Pero si no nos agobiamos, sólo hacemos lo que nos apetece—, su sonrisa nunca resultó del todo convincente. Bueno, dijo al final, tendréis que hacer lo que queráis. Bueno, al fin y al cabo veo que sois felices, ésas fueron todas las bendiciones que logró darnos.

Más tarde me he preguntado si quizá para ti fuera distinto. Si quizá tú supieras, si tal vez ya intuyeras. No teníamos montones de tiempo.

Yo había hecho una tarta. Tomamos el café en el salón y mi madre se dedicó a mirar nuestras cosas. No era la primera vez que estaba en el apartamento, pero ahora que estaba lleno y decorado, en cierto sentido, resultaba nuevo. Se interesó sobre todo por las fotos de los rascacielos. Las estudió detenidamente, varias veces. Supongo que serán tuyas, dijo al cabo de un rato, y te miró. Y tú asentiste con orgullo: Las he comprado yo, sí, pero son nuestras, dijiste, mirándome a mí. Luego le contaste que las fotos estaban inspiradas en Howard Roark y recalcaste lo bellos y soberbios que eran los edificios, lo enhiestos que eran en varios sentidos... Pero mi madre sólo veía unas construcciones altas, grises y aburridas. No les veía la gracia y no lo ocultó. ¿Howard Roark?, preguntó, arqueando las cejas. ¿Te refieres al protagonista de la novela? Pero no te afectaron ni su mirada ni la pregunta, te limitaste a seguir hablando y dijiste que te gustaba la concepción del egoísmo de Howard Roark, su idea de vivir con independencia de los demás, de vivir a su aire, de no vivir *de* los demás ni *por* los demás. Ahí está el quid de la cuestión, dijiste, si todo el mundo hiciera eso, la sociedad sería mejor, sería más sana y mucho más natural, porque el interés personal constituiría la base de todas nuestras acciones y seríamos felices, dijiste, dando una palmada, y luego abriste la boca en una gigantesca sonrisa antes de concluir: Y la felicidad, la felicidad, joder, debería ser tanto la meta como la ética, ¿no? En realidad el egoísmo es algo magnífico, añadiste, es el altruismo lo que resulta destructivo, ¿no?

Nos miraste con entusiasmo infantil, como esperando que tu arenga calara en nosotras, y no te fijaste en que a mi madre se le habían tensado y afilado los labios, en que los tenía casi blancos. ¿Qué tiene de destructivo el altruismo?, te preguntó, y deberías haber percibido la seriedad de la situación, quizá incluso lo hiciste, pero te atreviste a mofarte y dijiste: Pues tú deberías saberlo, ¿no?, dado que tú misma eres una egoísta que se aísla en su casa de campo para entregarse a su *hobby*. Y en el momento en que tu pregunta la alcanzó, en el momento en que la reacción se extendió como un trémulo agujero por su rostro, pasaste a adularla y conseguiste traértela de vuelta, dijiste que obviamente se lo decías en sentido positivo y que sólo pretendías reforzar tu argumentación. Y mi madre se lo tragó, al instante y sin más aspavientos. Casi fue una lástima que se aplacara tan rápido. Y, sin embargo, tú no habías acabado.

¿Que qué tiene de malo el altruismo? Francamente, dijiste, tendiendo las palmas de las manos hacia el techo antes de volver a la carga: Poner a los demás por delante de uno mismo es enfermizo y antiproduktivo, dijiste, del mismo modo que lo es considerar a los demás como tus iguales. Si no eres capaz de vivir de tus propias manos, no vales nada, insististe, y era imposible saber si aquello procedía de Howard o de ti. En cualquier caso dijiste muchas cosas y muy duras, nunca antes te había oído hablar así, al menos no de esa manera, y aunque veías nuestras reacciones, aunque veías cómo me sobresaltaban algunas de tus palabras y cómo a mi madre se le iba endureciendo el gesto, no corregiste nada, te limitaste a ahondar en lo que ya habías dicho,

como para convencernos. Lo cierto, continuaste con los ojos como platos, es que resulta descabellado decir que todas las personas valemos lo mismo, eso es una mentira y, como tenemos que respetar por igual a todo el mundo, en el fondo no respetamos a nadie, como tenemos que valorar a todo el mundo por su supuesto valor humano, en realidad no valoramos a nadie ni nada, porque el amor hay que ganárselo, así es la cosa, y cuando se ama, ha de amarse por motivos puramente egoístas, ¡cualquier otra cosa no tiene nada que ver con el amor!

Cuando fuiste a la cocina para coger una botella de vino, sin duda ya iba siendo hora. A ninguno de los tres podía sentarle bien tomar más café, por lo menos a ti. Y, sin embargo, tenías más cosas que decirnos. Continuaste hablándonos desde la cocina, como para que mi madre y yo no tuviéramos tiempo de cambiar de tema, y mientras trajinabas con las copas y hurgabas en el cajón de la cocina, bramaste: Lo cierto es que el que ama por altruismo, ¡lo hace sencillamente por debilidad! Lo hace porque es un parásito, chillaste, porque es un simple aprovechado que adora a otro, ¿verdad?, un aprovechado que ayuda a otro a aprovecharse, ¿entendéis? Y mi madre y yo nos miramos mientras tú servías el vino, sonreías, encandilabas y preparabas. No supe qué contestar, pero lo que decías, hasta cierto punto, me sonaba inteligente. Pero mi madre no se tragó ni una palabra y no te dejó salirte con la tuya. ¿Quieres decir que las personas débiles no se merecen ser amadas, Sebastian? ¿De verdad piensas eso? Y te clavó la mirada, esperando, evidentemente, que la contradijeras o que al menos suavizaras tu posición. Pero no protestaste, al contrario, confirmaste sus palabras. Sí, respondiste tan tranquilo, como si nada, con una naturalidad exagerada. Por Dios, los humanos no somos más que una subespecie fracasada, dijiste, no todo el mundo se merece ser amado, en absoluto, muchos humanos no sólo son unos fracasados, sino que son directamente repugnantes, malvados y estúpidos, unas criaturas espantosas. ¡Hay quien ni siquiera se merece estar aquí!

En ese momento no me gustaste. En ese momento era imposible que le gustaras a nadie. Y deseé que me hubieras dicho aquellas cosas a mí, sólo a mí. Pero, entonces, ¿a quién amamos?, preguntó mi madre, todo el mundo es débil, al menos de vez en cuando, ¡va con la naturaleza humana! Y en ese momento te echaste a reír, nada menos, una risa fría y desalmada, como si te colocaras por encima de tu propia naturaleza humana, y quizá me gustaste aún menos, aunque tal vez te admiré aún más cuando respondiste: Amamos a la gente como Howard, evidentemente, ésa es la gente a la que debemos amar, la gente que sigue su propio camino y se las apaña sola. Pero mi madre ya había tenido bastante, no aguantaba más soberbia. Pero es que Howard Roark no existe en la realidad, tronó, casi saltando en la silla, pero tú te limitaste a sacudir la cabeza y le diste un trago al vino. Por supuesto que existe en la realidad, dijiste, de lo contrario, ¿por qué iban a escribir un libro sobre él?

Mi madre se indignó. Vi que se le retorcían las tripas y que tus palabras culebreaban por ella como intragables bichillos, casi como extraterrestres.

Porque hay quien quiere que exista, dijo. Y entonces solté el aire porque creí que se había acabado, pero mi madre continuó: ¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú?, preguntó, y no se cortó de servirse vino ni se fue por las ramas, incluso respondió a su propia pregunta: ¡Eres un niño recién licenciado que trabaja en los ferrocarriles del Estado! ¿Sabes lo que estás diciendo cuando dices que los débiles no merecen ser amados? Pues sí, respondiste, y además sabías perfectamente quién eras y lo que decías, igual que eras consciente de la impresión que causabas. Pero estoy desarrollando mi propia filosofía, proclamaste, que quede claro, estoy desarrollando mi propia

filosofía, mi propio proyecto de independencia, sólo que eso lleva su tiempo, añadiste, y así tiene que ser dado que vivimos en un mundo destrozado, que es exactamente lo que piensa también Howard.

Aún continuamos otro rato en aquella atmósfera deformada. Bebimos algo más y descorchamos otra botella, buscábamos el camino de regreso a la normalidad y la armonía. Voy a enseñaros algo gracioso, dijiste de pronto, levantándote de un salto: Je, je, esperad un momentito, añadiste con una sonrisa, y luego fuiste al baño y regresaste con tu perfume, Égoïste de Chanel, y aunque ninguno nos reímos a carcajadas, a todos nos hizo gracia. A pesar de las infinitas veces que había olido aquel perfume, a pesar de haber inspirado tu olor, de haber abierto el frasco y haberlo olisqueado incesantemente, de haberme nutrido del olor de tu axila, nunca me había fijado en cómo se llamaba, egoísta, a pesar de que había estado sobre el estante del baño todo el tiempo, tejiendo su invisible aroma. Je, je, continuaste, pulverizando el perfume por la habitación, ¿a que huele bien? Y claro que olía bien, olía a ti, se trataba del olor que yo perseguiría el resto de mi vida, buscando ese pecho, ese cuello, esa piel, tu olor, eternamente, y cada vez que un hombre del futuro apareciera con ese mismo perfume, me haría temblar y me haría llorar, era como para quedarse callada. Y de hecho mi madre se quedó callada, llevaba un rato pensando, se había recuperado. ¿Cuántos años tenías cuando leíste ese libro?, preguntó, y a ti, que estabas dando saltos con tu frasco de perfume, te alegró ostensiblemente la pregunta. La primera vez que leí sobre Howard tendría unos doce o trece años, dijiste, y luego pulverizaste otra ducha que olisqueaste con impostado placer, y por mucho teatro que hicieras, por mucho que bromearas, tu orgullo era muy tangible. ¿Tan joven?, dijo mi madre sorprendida, y eso era precisamente lo que querías oír. Contaste que habías empezado pronto a leer libros de adultos, que nunca te habían gustado los Hardy Boys y esas cosas. Vaya, dijo mi madre, así que Howard era tu héroe de juventud, y se rió por lo bajo, preguntando por qué no te habría gustado Rambo como a los demás, y tú también te reíste, muy alto y esta vez con vehemencia, claro que te había gustado Rambo, Rambo estaba bien, era un tipo fuerte y duro, exactamente como Howard, sólo que en una versión primitiva. Ja, ja, te reíste, supongo que sencillamente era demasiado intelectual para Rambo, y fue todo un logro que consiguieras que no te sonara soberbio.

Pues yo he quemado a Howard en la chimenea, dije, gané una apuesta, así que le metí fuego a toda la mierda.

Pasó un instante, me pareció que quizá te habías molestado un poco, pero luego volviste a reírte, aún más alto, te reíste a carcajadas mientras decías que había sido espantoso, que había sido casi insoportable verlo arder en la hoguera, y mi madre también se rió y dijo que le parecía osado por mi parte, que había hecho un buen trabajo y cosas por el estilo, y así fue como puse un punto y final a todo aquello, al menos por esa vez.

Cuando mi madre por fin se marchó, sólo le quedaba una cosa por decir, era una cita que se le había venido a la cabeza. Quizá ya la hayas oído, te dijo, pero es una buena frase y nunca se repite con demasiada frecuencia. *To say I love you, one must first be able to say the I.* Recuérdalo, dijo mi madre, y te miró, y me miró, y luego levantó el dedo índice y nos lo tradujo: Para amar, primero hay que saber con qué se ama, ¿no? Recuérdalo, repitió, no lo olvides nunca, y lo cierto es que era inolvidable, asentiste alegremente y cerraste la puerta a toda prisa.

Había empezado a nevar, la oscuridad de la calle parpadeaba en pequeños intermedios cuadrados y brillantes, los radiadores gorjeaban y trinaban, estábamos en onda, creo, todavía teníamos aquel obstinado entusiasmo, aquel fulgor, podíamos mirarnos el uno al otro y simplemente continuar mirando.

Y un día te vi de nuevo. Un día dijiste algo distinto.

Te había llamado tu madre pidiéndonos que fuéramos, dijiste que quizá pasara algo, tal vez alguna enfermedad, porque la habías oído muy rara, estaba como ausente, parecía otra mujer, dijiste, y nunca te había oído decir nada parecido sobre tu madre, nunca te había visto mordisquearte así el labio, tan preocupado.

Esa noche salimos. No solíamos hacerlo, a menos que nos hubiéramos apostado algo, pero esa noche salimos sólo para tomarnos una cerveza como amigos, para charlar sobre el viaje, la boda y tu madre que estaba un poco ida, sobre esas cosas. Y todo estaba bien. Y lo que estaba bien lo abarcaba todo. Bebimos, nos reímos y fuimos los mejores, y al volver a casa, nos metimos en la cama ya como un matrimonio. Me dormí al instante y no me desperté hasta que sentí el ruido de que te habías ido, el ruido de tu otra vida.

Te encontré en el salón, junto a la chimenea. ¿Qué haces?, te pregunté, a pesar de que era evidente. Estabas haciendo una pequeña hoguera. Era la segunda vez que encendíamos la chimenea y esta vez habías prendido fuego a tu chaqueta, a la chaqueta del traje de la NSB. Pero si está nueva, te dije, ¿por qué haces eso? Pero no respondiste, me miraste con ojos vidriosos, sonriente, sólo eras un hombre desnudo en un salón nocturno, sencillamente estabas inmerso en tu propia nube de humo que se volcaba hacia tu interior.

19

Cogimos un tren un viernes por la tarde. No me apetecía, pero querías que te acompañara. Un fin de semana, no más. Tenemos que ir a ver cómo andan, dijiste.

Habías metido las cosas en la mochila de la NSB y llevabas comida para Lady y chocolate para tu madre, pero no nos hicieron ningún descuento, a pesar de ser empleado de la compañía. Me explicaste que no funcionaba así: Al fin y al cabo no trabajo en una empresa privada, dijiste, así que pagamos, o pagaste tú, precio normal para todos, incluida la perra. Tuvimos que viajar en el vagón de los animales domésticos, donde había más espacio y cuencos de agua fijados al suelo, era como estar en un pequeño zoo, en un circo itinerante donde los sonidos de los animales competían con los chirridos de los hierros, y los mechones de pelo y los alergénicos flotaban por el aire. Nuestra pobre perrita estaba nerviosa, tiritaba, era la primera vez que se montaba en un medio de transporte y tuviste que cogerla en brazos y sentártela sobre las piernas, parecíais un padre y una hija de camino a casa.

¿Cuánto tardamos en llegar a tu pequeña ciudad? Ya no lo recuerdo, pero compartimos ese tiempo. ¿Y cuánto tiempo nos mantuvimos en realidad unidos? Eso tampoco lo recuerdo.

No fue un frenado gradual, no habíamos llegado a una estación. De pronto el tren frenó en seco, con toda la sequedad de que es capaz un tren, y el metal chirrió bajo nuestros pies. Gatos, conejos y canarios salieron disparados dentro de sus jaulas, y a Lady sólo lograste sujetarla por los pelos, estaba aterrada y se orinó sobre tus piernas. Todo el mundo se sobresaltó, la gente gritaba, la gente maldecía, los niños empezaron a llorar y a todo el mundo se le cambió la cara. A todo el mundo, excepto a ti. Tú estabas impertérrito, tranquilo, lúcido y petulante, casi parecía hacerte gracia tanto pánico, que sucediera algo que dejara a todos los demás fuera de juego.

¿Sabes lo que ha sido eso?, me preguntaste. Y mi cara sólo debía de expresar caos y rechazo, porque sonreíste y me pusiste la mano en el muslo, como para calmarme. No hay por qué preocuparse, dijiste, no es más que un suicidio.

Y así empezaste. Estabas enardecido. ¿Te cuento una cosa?

Mueren innumerables personas en las vías de tren noruegas. Prácticamente a diario, hay alguien esperando su tren. Mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, por todas partes en el país entero, prácticamente a diario. Se tumban sobre las vías y se ponen a esperar a la locomotora. A veces saltan. Se sitúan sobre un puente o a la salida de un túnel y saltan en el momento en que

llega el tren. Sucede rápido. A una velocidad vertiginosa, me imagino. La mayoría acaba despedazada mucho antes de que le dé tiempo a sentir el dolor. Como es bien sabido, los trenes no pueden frenar, no frenan del mismo modo que los coches. Y como es bien sabido, los trenes tampoco pueden desviarse, por mucho que quisiera el conductor. Cuando viene el tren, viene el tren. Y si se quiere morir, se quiere morir.

Tenías una neutralidad soberbia de la que creo que te enorgullecías. De hecho, en ese momento, te mostraste casi chulo. Trabajabas en la NSB, manejabas información reservada y lo que contabas no te daba ningún miedo, quizá incluso te hiciera cierta gracia. Ya sabes, dijiste, NSB no son las siglas de Norges StatsBaner, las líneas estatales noruegas, sino de Norges SelvmordsBaner, las líneas de suicidios noruegas.

Pero ¿cómo sabes que es eso lo que ha ocurrido ahora?, te pregunté. Habrá otros motivos por los que puede detenerse un tren, ¿no?

No, me atajaste, no los hay, ¡ya lo verás! Y seguiste contándome cosas sobre los procedimientos y las rutinas que te habían enseñado. Como, por ejemplo, que los trenes nunca frenan por animales, que entrenan a los conductores para eso, para ser capaces de atravesar una manada de renos o un rebaño de ovejas, una familia de alces o una jauría de perros salvajes, han de mantener la mirada al frente, pero acordarse siempre de llevar el tren a lavar una vez que llegan a su destino final. Hay un equipo especial de limpiadores de trenes, dijiste, es obligatorio que lo haya en todas las estaciones principales, un grupo de empleados que asumen la responsabilidad de la limpieza, y los mandan a cursos y a terapia, al igual que al hombre de la cabina de mando. Y ahora, dijiste, ahora nos hemos parado, así que puedes estar segura de que hay una persona tirada en las vías, quizá justamente aquí, debajo de nuestros pies y, antes de continuar, volviste a sonreír: Aunque persona, lo que se dice persona... Quizá ya no se la pueda llamar así.

Vamos a quedarnos aquí media hora como mínimo, anunciaste. Por los altavoces dirán que tenemos problemas técnicos y en la próxima estación tendremos que cambiar de tren. Ya lo verás, repetiste. Y tuviste razón.

Yo era incapaz de comprender que alguien se quitara la vida de esta manera, hablamos de eso durante la espera. Pero la conversación fue breve. ¿Qué tiene de incomprensible?, preguntaste y, en el fondo, nunca me atrevía a acercarme al lado opuesto de la comprensión.

Con eso terminó la conversación. Con eso empezó tu monólogo.

Me contaste que la Agencia Estatal de Estadística clasifica los suicidios en siete categorías distintas. No son demasiado minuciosos, se atienen a los siete métodos más frecuentes: el envenenamiento, el ahorcamiento o asfixia, y el disparo o materiales explosivos. Al decir *materiales explosivos* te reíste un poco y preguntaste: ¿Crees que hay mucha gente que se mata con dinamita? ¿O que celebra su propio festín de TNT? Luego están el ahogamiento, claro, las herramientas cortantes o punzantes, el salto desde lugares elevados y, por último, lo que llaman otros métodos o métodos no especificados. ¿Y qué falta entonces?, preguntaste, mirándome como para comprobar que te estaba siguiendo antes de contestarte a ti mismo: Pues lo que falta en la estadística son precisamente los trenes. Los ferrocarriles estatales no quieren hacer público que en el fondo son líneas de suicidios, por eso ocultan las cifras. Es cierto que los casos más evidentes se computan bajo la última categoría, pero para eso el sujeto prácticamente tiene que haberse atado a las vías, haber escrito una carta que no deje lugar a dudas y además tener una

familia que no se oponga a reconocer un suicidio entre sus filas. Y con frecuencia no quieren. Con mucha frecuencia la familia prefiere creer, o prefiere hacer creer a los demás, que el hombre que paseaba a lo largo de las vías del tren sólo tuvo mala suerte, que se tropezó o se mareó y no logró apartarse a tiempo, que el zapato se le enganchó a la vía, algo así, lo que sea, y la compañía de ferrocarriles está más que dispuesta a colaborar, de modo que lo registran juntos como un «accidente». ¿Eres consciente de la cantidad de números opacos que hay?, me preguntaste. Se dice que hay números opacos en la evasión fiscal y en la violencia doméstica, pero, por Dios, ¡las mayores cifras opacas se esconden aquí! Ya te puedes imaginar, continuaste. Si son capaces de denominarlo accidente cuando una persona se planta en medio de las vías y se queda mirando apáticamente la locomotora que se precipita hacia ella, imagínate sobre cuántas otras cosas dan explicaciones incorrectas, todo lo que descartan de un plumazo como percances casuales. Y a continuación me hiciste una lista: Sobredosis, medicación errónea, lesiones por cortes, caídas, colisiones de coches, caminos resbaladizos, mala visibilidad, fallos técnicos, accidentes deportivos, accidentes laborales y tragedias festivas, no hay cifras, dijiste, de la cantidad de gente que se quita realmente la vida en nuestro precioso, sano y pequeño país. Por Dios, hay incluso gente que se prende fuego, y aun así seguro que hay quien se empeña en malinterpretarlo. ¡Somos capaces de creernos cualquier cosa, coño! Verás, concluiste negando con la cabeza, sólo hay una manera de matarse sin dejar lugar a dudas y es la soga. Cuando la gente se cuelga del techo, es bastante difícil eludir la verdad, ¿no?

Me sonreíste y me diste una palmada en el muslo. Tu ligereza resultaba excepcionalmente suave y tranquilizadora. Tenías ese don, una especie de libertad intrínseca que nunca iba en serio, o que quizá fuera en serio, pero no al modo serio. Estás como una cabra, te dije, y creo que pudo sonar como algo positivo, al menos así te lo tomaste tú y, un poco más tarde, mientras esperábamos la llegada del siguiente tren en una estación intermedia, éramos esa pareja que se besa, se morrea y se mete mano en el andén, esa pareja sana y vitalista de veinteañeros despreocupados. Ésos éramos nosotros.

Tu madre estaba, si cabe, aún más sombría y apagada que antes. Nos había preparado una sopa, aunque ya era casi un puré, puesto que habíamos llegado dos horas más tarde de lo previsto.

Nos encontrábamos solos en la cocina, los dos, comiendo en silencio. Tu madre estaba sentada en su sillón, frente al televisor del salón, tu padre estaba en algún otro lado, por las calles. La vieja casa era como una cámara de presión, un trastero sobredimensionado. Detestaba estar allí, me sentía muy incómoda, y tú tampoco parecías estar demasiado a gusto. Tenías un aire en la cara, una sombra solitaria y tartamuda. Incluso tus manos estaban grises. Apenas eras capaz de comer. Tendré que ir a hacerle compañía, dijiste al cabo de un rato, ya habíamos removido suficiente el puré y habíamos estirado el tiempo hasta la exageración, casi hasta la antipatía.

Cuando por fin salí con la perra, fue un gran alivio, quería caminar y caminar y no volver nunca.

Hacía fresco por las pequeñas calles de chalets. Entre las casas se extendían nubes de tierra de nadie. En algunos sitios se veía el cielo, en otros los límites de la ciudad, el bosque y el pequeño prado. Por todas partes había farolillos de la vida de los otros, y densidad, densidad de fachadas, de ventanucos y de tuberías de los sótanos. Así era tu pequeño lugar de origen: los portales iban de los contenedores de basura hacia dentro, hacia las vidas, unas vidas sagradamente estandarizadas y seguras, o *desvidas*, como las llamábamos nosotros. No había belleza, pero en cierto modo resultaba apacible, se podía respirar. Yo podía respirar. Entre las casas había amplitud y distancias decoradas y, en esa distancia, había una paz, un aletargador ciclo de carteles de bienvenida, vallas y buzones pintados a mano, el tipo de paz que nosotros nunca anhelaríamos, pero por la que resultaba agradable pasear. Caminaba por las vidas de los otros pensando que la nuestra sería completamente distinta, de modo que iba contenta, contenta y pequeña entre las casas de tus vecinos en un día de noviembre, tan pequeña que añoraba volver a casa.

Lady orinaba sobre todo lo que pillaba que fuera de manufactura humana, especialmente sobre los coches y las bicicletas, y levantaba la pata trasera como un macho. En muchos sentidos era una perra bastante valiente, o dominante, como decías tú, siempre marcaba los objetos destacados, nunca se conformaba con el asfalto. Y eso mismo hacía también aquella noche brumosa y oscura, estaba a punto de orinar sobre una figurilla de duende de jardín cuando de pronto se sobresaltó y emitió unos sonidos extraños, como un lloriqueo.

Al principio no los vi, se fundían el uno con el otro y con la oscuridad, pero al cabo de un rato

empecé a intuirlos entre dos casas, en el borde de un jardín, como desfiguradas siluetas nocturnas, cuernos y pezuñas, estómago de coníferas.

Y eran ellos, tenían que ser ellos aunque hubiera algo que no encajaba.

Me quedé un buen rato contemplando a tus viejos amigos. Pero no estaba segura y mi seguridad no iba en aumento. A primera vista me pareció que ambos estaban en pie, pero al cabo de un rato tuve la impresión de que estaban tumbados, o de rodillas, al menos uno de los dos. No me aclaraba con las cabezas, no distinguía qué era venado y qué alce, era imposible determinarlo, constituían una masa, una forma cambiante que no se trasladaba y apenas se movía. Al final empecé a dudar de que realmente estuvieran allí, pero cuando les dije hola, me devolvieron el saludo, e interpreté que debía irme y dejarlos en paz.

Tu barrio era un sitio extraño, no apto para cualquiera. Y al volver a tu casa, estaba allí tu padre, o más bien estaba fuera, sentado en su taxi, pero al verme, salió de un brinco y cruzó el patio de una zancada. Acabo de llegar, dijo, y fue la primera vez que percibí el nerviosismo, la mentira, que algo estremecedor corría por vuestro terreno.

Pero luego volví a dudar, no estaba segura de haber percibido nada. Tu padre fue rápido en cambiar el tono, muy rápido. ¡Anda, pero si tenéis perro! ¡Ay, qué perrita tan chiquitina! Y aquel cambio de tono no transcurrió en un tiempo perceptible, o al menos medible, de pronto estaba acariciando a la perra con calidez y entusiasmo. Creía que Sebastian os lo había contado, dije. Pero entonces volvió a cambiar, pasó de la sonrisa a la inquietud, hay tantos tipos de inquietud... No, respondió, mirándome a los ojos. Daniel no nos ha contado nada. ¿Entramos?

Cuando entramos, resultó evidente que tu madre estaba llorando o que había llorado. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Tenía el paquete de tabaco sobre las piernas y la bayeta en la mano, y bebía de una jarra del enorme tanque de vino de manzana que, para la ocasión, habían trasladado al salón. Al vernos, pareció asustarse, como si se hubiera olvidado de su propio marido, y tú seguías con el mismo aspecto que habías adquirido desde que volviste a casa, como si no quisieras estar allí, como si casi te resultara doloroso tener que sostener la mano de tu propia madre. Aunque la verdad es que tampoco le sostenías la mano. Eras demasiado pequeño para eso, o quizá fuera ella la que era demasiado pequeña. Tenías suficiente con verla llorar, más que suficiente. Tenías suficiente con soportar estar en tu propio salón.

Los cuatro nos quedamos mirándonos en un estado de relamida alerta. Tu padre y yo todavía en la entrada, al otro lado del umbral, de pronto formábamos un equipo porque ninguno de los dos quería entrar.

Anda, vete a la cama, me dijiste, y probablemente lo dijeras con buena intención. Luego añadiste: Ahora voy, te lo prometo, puedes ver la tele o leer o algo así. Me resultó incómodo, no sabía dónde meterme, todavía era temprano y las cosas no estaban claras. Pero me fui, qué otra cosa podía hacer, bajé al sótano con tu padre siguiéndome los talones, tampoco él tenía dónde meterse, y Lady bajó con nosotros, con los que carecíamos de pertenencia al lugar, con los que no encajábamos. Y una vez abajo, hablamos de otras cosas, nos tomamos una cerveza y encontramos una especie de solución. Afortunadamente la perra estaba presente y nos proporcionó una escapatoria.

Tu padre habló mucho de ella, o más bien hizo muchas preguntas. ¿Qué tipo de pienso comía? ¿Qué ejercicio hacía? ¿Cómo socializaba con otros perros? ¿Vacunas, higiene y programas de

entrenamiento? Igual que tu madre, pensé, muchas preguntas detalladas, pero no un verdadero diálogo. Podía parecer que le aterraba perder el rumbo, a no ser que su interés por los perros fuera enorme. Tienes que soltarla y dejarla correr, decía, y lo repetía una y otra vez: Suéltala y déjala correr, ¡los perros tienen que ser libres! ¡Los perros tienen derecho a explorar por su cuenta! Pero tenía que ponerle algo reflectante, eso sí le parecía importante, de hecho creía tener un viejo chaleco reflectante guardado en algún sitio, quizá en el garaje, y si lo encontraba, yo podría soltarla y dejarla correr, dejarla jugar. Dijo: Ya sabes, el perro que está a gusto nunca se escapa, se puede confiar en los perros. Y se mostró agradable, sonriente y absolutamente normal, muy diferente a la impresión que me había llevado. Aunque, ¿qué tipo de impresión podía yo tener en realidad? Sólo había hablado con él una vez, apenas había visto tendencias, quizá meras casualidades, ¿qué sabía yo de él? Tu padre era difícil de catalogar, tenía muchas expresiones, cambiaba de gesto en un abrir y cerrar de ojos, pero aun así, ahora que estaba relajado, era imposible notarle nada raro. ¿Habéis tenido perro?, pregunté, y su asombro me resultó sorprendentemente amable. ¿No te lo ha contado Daniel?, replicó. Pues sí, habíais tenido un perro, un perro maravilloso que protegía a la familia y hacía que estuvierais completos, que introducía vida en la casa, pero al que finalmente atropellaron un día que salió corriendo sin su chaleco reflectante.

Tu padre fue a por más cervezas. No necesitaba subir a buscarlas, había un trastero en el sótano que estaba lo bastante frío para almacenar todo tipo de cosas. La verdad es que en esta casa no nos falta de nada, dijo al regresar, y a continuación abrió las botellas con una llave, las chapas rebotaron en el techo y me di cuenta de que se enorgullecía un poco de aquel truco, de que estaba presumiendo.

¿Qué te ha pasado en el dedo?, preguntó. Joder, qué mala pinta tiene eso. Se inclinó hacia delante con gesto simuladamente serio y se rió por lo bajo mientras me estudiaba la mano, como si de alguna manera le hiciera ilusión que su futura nuera fuera una chica capaz de aguantar un mal trago. Bah, no es más que una herida que no quiere cerrar, respondí, deslizando la mano bajo un cojín del sofá, quizá Sol pueda echarle un vistazo, dije, se me escapó y al instante me arrepentí porque el desconcierto de tu padre fue evidente, hasta se sonrojó. Como si me hubiera equivocado de nombre, como si tu madre no se llamara Sol. ¿La alegre, animosa, resplandeciente, brillante y trémula Sol? Tu padre carraspeó y me preguntó por qué. Algo iba mal, algo iba muy mal, pero ya no me quedaba más remedio que continuar. Bueno, supongo que entenderá de estas cosas, dije, o quizá lo balbuceé, como una tartamuda, tenía en mente todas las historias que me habías contado sobre cómo tu madre te remendaba, cómo te limpiaba y cosía las heridas sobre la encimera de la cocina mientras tú te mordías los labios para no llorar. Recordaba todo lo que me habías contado, pero de pronto sonaba muy desafortunado y evidentemente pensé en tu madre, en el sol que se desbordaba, en la mujer que se ahogaba en lágrimas de manzana en el piso de arriba, y pensé que quizá me hubiera pasado de la raya, tal vez había sido impertinente por mi parte, al fin y al cabo tu madre estaba de baja, quemada, exhausta e ida, así que intenté disculparme, dije que se me había olvidado que estaba de baja, pedí perdón, pero la cosa no mejoró. Tu padre ya se había ausentado, había vuelto a su ser y era el hombre que me pareció al principio: un tipo callado, duro e inaccesible. Que tengas buenas noches, dijo simplemente, y luego se marchó.

Viniste a acostarte. Tu piel con sudores fríos. Una piel nueva. Creo que estoy enfermado, dijiste, acurrucándote junto a mí con los ojos vueltos hacia dentro, hacia nuestra casa, y luego pusiste media mano en la mía. ¿Qué tal con mi padre?, preguntaste, pero opté por hablarte de los animales. Creo que los he visto, dije, estoy casi segura de que eran ellos, tus viejos amigos. Debería haber estado allí la tele.

Al cabo de un rato, Lady se subió a la cama y vino con sus patas lanudas. Tu padre me ha dicho que tuvisteis un perro, dije. Sí, claro, respondiste, ¿no te lo había contado? Tu lengua precisa. Un punto dentro de tu garganta, justo detrás de aquello con lo que tragabas, ahí estabas. Ahí estuviste todo el rato. También cuando dijiste lo siguiente: Creo que a mi madre se le está yendo la pinza.

Te giraste boca arriba y le hablaste al techo, a la habitación. Era en serio. Creo que mi madre está perdiendo la cabeza, dijiste, bebe demasiado, ya no se entera, dice muchas cosas raras y no para de llorar. Lleva toda la puta tarde llorando, te lamentaste del modo más feo. Ha empezado a decir cosas inconexas, está paranoica perdida, no preguntes, no preguntes, quiere hablar contigo, dijiste y dejaste caer los párpados: mamá quiere hablar mañana contigo, y fue la primera vez que te oí decir «mamá», tu última palabra aquella noche.

Te dormiste como si los habitantes de la primera planta no fueran cosa tuya, como si se pudiera renunciar a las vistas. Como si contaras con un lugar muy distinto en el que refugiarte, un cielo muy diferente sobre tu cabeza, un sitio lleno de rascacielos, vida y paz. Y fui yo la que me desvelé, la que me quedé con la preocupación. Lo último que quería en el mundo era hablar con tu madre. Sentía que nunca querría hablar con ella.

Eso es imposible, dijo tu padre, estaba de pie junto a la mesa. Cuando nos levantamos, ya había acabado de desayunar, llevaba el uniforme de taxista y estaba listo para escapar. *Hola y adiós* en la misma frase, ésa era su característica, una brevedad que le resultaba completamente natural y que nosotros apreciábamos.

¿Imposible?, resoplaste según salió por la puerta. Claro que es posible. Esos animales han sobrevivido tanto tiempo, y a tantas cosas, que evidentemente pueden sobrevivir un poco más.

Tu madre seguía dormida, o por lo menos no había salido de su cuarto, y en cierto sentido teníamos la casa para nosotros. Podíamos salir y podíamos quedarnos afuera. Tenías que comprobar si realmente eran ellos, si de verdad había visto a tus viejos amigos. Sería fantástico, dijiste, y en cualquier caso Lady tiene que darse una vuelta. Nos íbamos de expedición.

Tu padre había colgado en la entrada el viejo chaleco reflectante del perro. Mira, dije, Lady puede ponérselo esta noche, pero a ti no te interesaban los accesorios para perro. Querías salir y te diste prisa, no podías esperar, como si creyeras que quizá te estuvieran esperando.

¿Por dónde empezamos a buscar?, te pregunté al salir, pero no tenías energías para hacer planes, sólo querías echar a andar.

Así que caminamos. Caminamos en espiral. Empezamos por el centro, recorriendo un círculo interior y, por cada vuelta, ampliábamos la búsqueda. No los encontramos hasta que el círculo había perdido su perímetro, estaban en un sitio en el que la carretera ya sólo se adentraba en un sentido. Allí yacían los animales milagrosos, desfigurados hasta lo irreconocible.

¿Son ellos?, te pregunté. Pero no respondiste.

Nos habíamos adentrado unos cientos de metros en el bosque. Había copos de nieve en el aire, cristales de nieve en el suelo. Por allí los árboles eran más endeble, no tan altos ni tan fuertes. Los había plantado un aficionado, demasiado pegados los unos a los otros, sin tener en cuenta las medidas de nutrición, luz y sol. Aquello no era un verdadero bosque, estaba en un barrio. No era más que una linde, esmirriada e innecesaria, entre las sendas de animales y la carretera, entre los hormigueros y los garajes. Un lugar en el que sólo podían jugar los niños.

¿Son ellos?, repetí. Lo que teníamos delante no eran animales enteros.

El alce, aquel alce tan viejo y enorme, tenía las patas partidas, al menos dos de ellas. Yacía de costado, resoplando hacia nosotros, como si quisiera que nos marcháramos, o quizá quería que nos acercáramos, no era fácil de determinar, sus ojos ensombrecidos no se dejaban leer y no estaba claro cuál de las dos batallas quería librar. Pero su sufrimiento flotaba como un horizonte suplementario alrededor de su cuerpo, creciente y blanco, como un agónico tifón, un silencioso chillido, de dolor. Las astillas de los huesos asomaban por debajo de las corvas, de una pezuña no quedaban más que los tendones, la cadera era una herida abierta, supurante, viva y enorme, una de las patas traseras casi estaba arrancada de cuajo. Y a pesar de su estado, lo cierto es que se movía, mientras estuvimos allí se desplazó un par de metros, el rey del bosque se estaba arrastrando, pero todavía pretendía encontrar comida y reunir fuerzas para aguantar. Un tiempo más. Y sostener su cornamenta. Sostener su tormenta.

Y el venado tenía media cabeza machacada. La cara no se distinguía del cuello, ni el cuerno derecho del izquierdo. El animal entero era una torcedura. El animal entero era una masa. Una masa que seguía en pie, un cuerpo que se mantenía pese a carecer de una oreja, pese a la erosión provocada por el sangrado, pese a la boca destrozada y la mandíbula partida. Donde en su momento estuvo la boca, asomaban los huesos en torno a un agujero y, dentro del agujero, había una pequeña criatura, la lengua, que carecía de hogar, pero seguía a la caza de comida. Sin embargo, pese a sus esfuerzos, aunque raspaba la corteza sólo con el pómulo, no lograba tragar nada, no tenía con qué masticarlo y, cuando comprendí que realmente seguía intentando comer, me fijé en lo flaco que estaba, en lo escuálido que se había puesto, y me hice una idea del tiempo que debía de llevar así y de lo que ya debía de haber soportado. Sus afiladas costillas como una cubierta de uralita sobre los pulmones en lucha.

Durante un buen rato nos limitamos a mirarlos, incrédulos. Incapaces de marcharnos. Incapaces de dejar de mirar. Cada vez que la visión me superaba, cada vez que me veía obligada a darle la espalda, tenía que volver a mirar, tal vez sólo para subrayar su inverosímil atrocidad, para confirmar que de hecho era posible respirar así, comprobar la resistencia de la vida destrozada y el hecho de que aguantaran, de que se mantuvieran unidos en aquel amor amorfo al que ninguno de los dos quería renunciar. Uno de ellos sin cuerpo, el otro sin rostro, ambos en la reserva de orgullo de la naturaleza, ya a medio fuelle, con sólo la voluntad del otro con la que sostenerse.

Tú estabas apoyado contra un tronco, encorvado, enfermo, con las manos sobre los muslos, la mirada vuelta hacia el firmamento. Hay que matarlos, dije, pero no respondiste, seguiste parado, con la boca abierta de conmoción y los ojos huecos de apatía, como si necesitaras consuelo. ¿Me oyes?, insistí, tenemos que volver y avisar a alguien para que puedan morir. Pero no me oías.

Tenías un pulso propio, como procedente de otro sitio, te encontrabas junto a tus amigos deconstruidos, eras como una protuberancia, un macho humano absolutamente insignificante.

Me acerqué a ti, intenté darte un abrazo. Hay que ayudarlos a morir, repetí, dos o tres veces, quizá cuatro. Y a la larga te fue penetrando. Al cabo de un rato regresaste. Sí, dijiste, hay que hacerlo.

Y hablamos de lo que podía haberles pasado, de que era obvio que los habían atropellado, que los habían arrollado con fuerza, pero no con la fuerza suficiente. ¿Cómo puede la gente marcharse sin más?, nos preguntamos, como si pudiéramos vaticinar la situación y asumir que nosotros lo habríamos hecho mucho mejor, o que la situación, con nosotros, quizá ni siquiera se hubiera dado. Esto es absolutamente espantoso, decíamos negando con la cabeza, buscando sinónimos para el dolor, repitiendo el horror hasta que comprendimos que, en el fondo, era imposible de pronunciar. Mientras tanto la perra tiraba de la correa y se ponía pesada, los árboles retumbaban con chasquidos aprisionados y la helada se hundía en el suelo bajo nuestros pies, pero nosotros seguimos parados hasta que se nos acabaron las palabras y, cuando aterrizaron las cornejas, seguíamos allí.

No debía de gustarles que estuviéramos tan cerca, pero evidentemente no podían largarse, al menos el alce, él no tenía ninguna posibilidad y además lo sabía. El gran animal gris no estaba desesperado, quizá ni siquiera agobiado, se limitaba a yacer mientras masticaba unas ramillas, insistiendo en la naturalidad, en que hubiera una especie de calma en todo aquello, sobre todo en el final, manteniendo una dignidad en la muerte, o quizá mandando a la mierda la dignidad, para nosotros era difícil de saber y tú no lograbas determinar si aquello encajaba en tu filosofía, en esa cosmovisión tuya tan única en la que el amor y la amistad eran los premios cosechados por el rendimiento acumulado. Porque el venado no se largaba. El venado se quedaba y aguantaba. Llevaban muchos años juntos y así iban a continuar, derrumbados, temblorosos y hambrientos. Y fue entonces cuando lo vimos. Estábamos a punto de marcharnos, o al menos eso creía yo, estábamos a punto de ir a buscar ayuda cuando vimos lo peor y lo más fantástico. El alce empezó a arrastrarse por el suelo del bosque, despacio, de un modo infinitamente lento y doloroso, deslizándose sobre su enorme abdomen, y consiguió avanzar un metro, luego otro, luego otro más, cuatro metros, siempre con el venado a su vera, arrastrando sus patas inservibles. Pero avanzó y no se detuvo hasta llegar al arbusto que había elegido. Y justamente allí, donde el alce dejó descansar la nuca, allí se tumbó el venado, pegado a su gran amigo. El venado masacrado se tumbó a esperar, se tumbó a luchar, pronto llegaría la comida, debía de saber que aquel arbusto no era en absoluto casual. Porque entonces sucedió: el alce alimentó al venado. El exhausto alce irguió la cabeza, arrancó los últimos restos del pienso del otoño, los masticó un poco, tranquila y laboriosamente hizo una bola dentro de su cavidad bucal, se la colocó en la punta de la lengua, agachó la cabeza hacia el venado y, a continuación, buscó el agujero sanguinolento de su amigo y soltó la bola en la cueva del hambre.

Podríamos haber pensado: debería haber estado aquí la tele, Noruega entera debería haber visto esto, pero no lo pensamos, porque nadie debería haber visto aquello. No era un espectáculo.

Hay que ir a coger tu escopeta, te dije, y por fin te derrumbaste, y por fin te levantaste.

Hablaste de derechos durante todo el camino de regreso. Del derecho a vivir, del derecho a morir, del derecho a tener y del derecho a coger. Los animales tienen derecho a vivir sin intervenciones humanas, proclamaste, cargado de razones y de reservas. Hay que permitirles que mueran por sí mismos, permitirles que se desangren hasta morir, permitirles que tiren la toalla, ¿no? Hablabas sin parar y en dirección al bosque: Tienen derecho a morir de un modo natural, ¿no te parece? Y aunque puse algún pero, aunque dije que para empezar no es natural que te atropellen, tú te mostraste muy tenaz y obstinado, muy adulto y aterrado, tus palabras luchaban unas con otras, asaltando la obra de las demás, con una vehemencia automática de la que ni siquiera te percatabas. Nos adentramos en tu pequeña ciudad, en tu corta calle, en tu vieja casa. Y yo, evidentemente, iba pensando en los animales, pero sobre todo pensaba en ti. En todo lo que decías. En el modo en que lo decías. En cómo la luz caía sobre tu boca, incluso cuando por fin llegaste al quid de la cuestión, que no tenías escopeta.

Se la habías prestado a alguien o alguien la había cogido o comprado, algo así, no recuerdo bien qué excusa pusiste. Pero el caso es que había dos animales tirados en el bosque, dos cérvidos desfigurados a los que nunca deberíamos haber visto, y yo sólo tenía veintiún años, no sabía nada sobre la protectora de animales salvajes ni sobre la responsabilidad, pero tenía confianza y tenía la certeza de que tú sabías más que yo. Yo me encargo, dijiste, y con eso me bastó. Me esperaba la conversación con tu madre y lo único que deseaba era pasar el mal rato e irme a casa.

No le dijiste nada a tu madre sobre los animales. Se dio cuenta de que pasaba algo, de que algo iba mal, pero cuando te preguntó, no le contaste nada. Eras demasiado bueno para eso. O ella demasiado frágil.

Ésta era la imagen de tu madre este día cualquiera: como de costumbre, tenía la casa cerrada a su alrededor, paredes mate detrás de las fotos empalidecidas y el silencio agarrado a las arrugas. Sol llevaba un chándal de terciopelo de color melocotón y una chaqueta de lana enorme, tenía el pelo alborotado y maquillaje viejo bajo los ojos, y sostenía la taza de café con ambas manos. Su mirada era sorprendentemente clara, la voz tan ruda que casi resultaba inquietante. Sólo quiero charlar un poco contigo, dijo, sin énfasis ni entonación, sin caer en la suavidad ni en la dureza. Estaba sencillamente plana, asexuada y seria, tal como se muestran a veces los manojos de nervios en la neurosis estática, tan serios y allanados que no hay quien se los crea. Quiero charlar un poco contigo, dijo, alto y claro, aunque yo no sentí que lo dijera en serio, en realidad, porque en el fondo debía de estar mejor sola, cuando tenía todo aquel sombrío salón para ella y podía apoyarse en el vino y en las noticias, dejándose saciar por imágenes de personas que estaban peor

que ella.

No quería entrar, pero tú me diste una palmadita en la espalda y me acompañaste hacia dentro, hacia ella. Ve a hablar un poco con mi madre, dijiste, que yo me voy a dar una vuelta, no tardaré en regresar. Y así me abandonaste, con un empujoncito casi imperceptible.

Nos sentamos en extremos opuestos del sofá esquinero, tu madre y yo, como dos personas en paro a las que acaban de denegarles otro trabajo. No había más luces encendidas que una polvorienta lámpara de lava en el suelo, junto a la ventana, donde también se había echado Lady, lo más lejos posible de nosotras.

Tu madre me había preparado un té, un té cítrico del mismo color que el vino de manzana, y había sacado un cuenco con regalices. Probablemente ya había llorado todo lo que tenía que llorar, había dormido bien, se había lavado la cara y se había armado de valor. Yo, en cambio, no estaba preparada. Bueno, ¿qué tal te va en la guardería?, podría haberme dicho para empezar. O: ¿Cómo van los preparativos de la boda? O: Bueno, ya no queda mucho para Navidad. Pero no hizo nada de eso, simplemente fue al grano. ¿Te ha hablado Daniel de su infancia?, me preguntó y enseguida sentí una punzada en el costado, una imperiosa necesidad de tumbarme. No, respondí, en realidad no. Y entonces tu madre pronunció su discurso, en versión editada.

Puesto que os vais a casar. Así empezó. Puesto que os vais a casar, creo que lo mejor será que charlemos. Y luego vinieron las palabras ineludibles: No sé cómo decirlo, cómo explicarlo, no hay un modo sencillo de hacerlo, las miradas al techo, al suelo, el gran sorbo antes del relato.

No empleó muchas palabras, no le hizo falta, la habitación del dolor de un hogar decente nunca precisa más que las palabras clave, y mientras habló, se agarró, con fuerza, una mano enrojecida se aferraba a la verdad, la otra se consumía en torno a aquello de lo que bebía. Al cabo de media hora había terminado, concluyó con las palabras: Pero ya se ha acabado. El cenicero estaba lleno y había usado un paquete entero de clínex. Los restos yacían sobre sus piernas, como rosas blancas destrozadas.

Quería que hablara contigo. Ésa era la finalidad del relato. No sé cuánto recuerda, dijo, ni cuánto habrá olvidado, ni qué es capaz de reprimir un niño. No sé qué le habrá hecho todo lo que vio, dijo, todo lo que ha visto, ¿entiendes? Tu madre me suplicaba con ojos abatidos, casi desamparados. Dijo: Tienes que hablar con él, por favor, creo que tú puedes ayudarlo.

Y tuve que mirarte de nuevo. Aquella nueva imagen resonaba en mi cabeza como un taladro.

De pronto te vi despertándote una y otra vez por el jaleo creciente, levantándote y acercándote de puntillas al mundo de los adultos, a tus padres en el piso de arriba. De pronto te vi, un niño pequeño en una escalera empinada, parado en el último peldaño, asomando la cabeza hacia el salón, agarrándote, agarrándote hacia dentro. Y ése fue tu viaje hacia la edad adulta. Primero lloraste. Luego gritaste. Pero al final te quedaste callado.

Era imparabile, tu padre. Ella lo expresó así: No tenía mala intención, sólo que era incapaz de parar. Y tú, el que eras a los nueve años, a los diez años, te habías enterado de muchas cosas, más que muchas, habías percibido todos los golpes, las patadas y los lastimeros chillidos de tu madre. Y eso fue lo peor, dijo, y lo repitió, el hecho de que ella no lograra sentir su propio miedo, ni reconocerlo, ni invocarlo, lo peor fue ver al hijo viendo.

A veces intervenías, intentabas interrumpir, tratabas de atacar, pero era inútil. Eras un hijo de

peso pluma, nunca hacía falta más que un empujón, un bramido o una guantada, para que te derrumbaras.

Pero ya se ha acabado. Éste es el digno final: Pero ya se ha acabado. Después de esa última vez, no ha vuelto a ponerme la mano encima, dijo Sol, dijo la madre, dijo la esposa con eterno alivio, casi con orgullo. Como si fuera una especie de mérito haber evitado que continuara. Ya había ido tres veces a la despensa a servirse vino de manzana, pero no se le notaba que bebía, quizá debería beber aún más. ¿Qué pasó la última vez?, pregunté, y ella respondió: Creyeron que estaba muerta.

Acabó tirada en el suelo, boca abajo, con la cara en medio de un charco de sangre que iba en aumento, y tu padre no conseguía reanimarla, no había quien la despertara. Tu padre le dio la vuelta y la sacudió, sacudió y sacudió el cuerpo inerte y destrozado que era su mujer, una mujer a la que ya no reconocía. Y tú, el hijo cumplidor, hiciste lo que había que hacer, llamaste a una ambulancia, te sabías el número de memoria y, cuando llegaron, los estabas esperando en la puerta, listo para ayudarlos. Más adelante tu padre diría que te habías comportado de un modo ejemplar, tan raudo a la hora de echar una mano que ni siquiera te diste cuenta de que el perro salió corriendo, o quizá sí te dieras cuenta, pero lo dejaste ir. Porque en ese momento la prioridad era tu madre. No tu padre, el hombre al que normalmente tanto temías y que de pronto estaba completamente irreconocible, asustado e histérico. Y no el perro, que en realidad no debía salir solo de casa, tampoco la idea de lo que podía pasarle, si lo uno o lo otro. En ese momento lo importante era tu madre, sólo tu madre. Y tu madre estaba roja, empapada en rojo. Y no quería despertarse.

Pero en el hospital se despertó, la despertaron el marido, el hijo, el médico y Dios, la despertó la lista de lesiones que tanto dolor le provocaban tras los ojos cerrados por las costras, pero que le dolieron aún más cuando oyó cómo las enumeraban. Vamos a ver, dijo el médico, tienes tres costillas rotas, una fractura en la muñeca y el menisco hecho añicos, una conmoción cerebral y una fisura en el cráneo, la nariz quebrada, la mandíbula partida, el labio reventado y la lengua mordida, pero tienes suerte, había dicho el médico, no te quedarán lesiones permanentes. Y en aquella época teníais moqueta en el salón, una moqueta marrón claro que en realidad no le gustaba a nadie y que, afortunadamente, quitaron después de aquella última vez, cuando tu madre regresó del hospital, el suelo estaba lijado y barnizado, y tu madre era una esposa con el parqué y la tarima en orden.

Y tú estabas resplandeciente, relucías de alegría. Porque habías ayudado a tu padre a quitar la moqueta y a fregar, habías fregado a conciencia, para asegurarte de que el carpintero no viera nada ni encontrara el menor resto de aquella noche. ¿A que lo he hecho bien?, le preguntaste a tu madre cuando volvió a casa. ¿A que lo he hecho bien, mamá?

Todavía me parece ver aquel salón. Todas aquellas palabras como mensajes cristalinos, advertencias. Todas las fotos, pruebas rechazadas. Veo aquel salón y sigo pensando que no debería haber estado allí.

Mi misión era la siguiente: hablar contigo, entablar conversación para averiguar qué recordabas, si es que recordabas algo. Tu madre se temía que sí y opinaba que era bueno olvidar parte, pero que estaba mal olvidarlo todo. ¿De verdad crees que se puede olvidar todo?, le

pregunté y ella se encogió de hombros y dijo que era posible. Y entonces te vi, a mi niño, a mi novio, en nuestra ciudad y nuestro parque, y le dije que lo intentaría. Haré lo que pueda, dije.

Tenía ganas de darle un abrazo, o pensé que quizá habría sido natural dárselo, pero no me resultaba natural y no me decidí a hacerlo. Y, sin embargo, quería darle algo, o decirle algo, algo bonito. Y al mirar a tu madre, de pronto vi lo grande que era, lo grande que había sido. Pensé en todo lo que había soportado y en todo lo que había logrado. Pensé que era una persona que vivía a pesar de y no a causa de, que era una luchadora, una heroína, el ídolo de una pobrecita. Pobre Sol, pensé, pobre Sol con lo valiente y luchadora que es, con lo aterrada que está, pensé, observando a la mujer que tenía ante los ojos, la médico y la alcohólica, la pequeña señora gris que en su día te había llevado en brazos. Y por eso dije que me parecía impresionante, muy impresionante, que a pesar de tanto maltrato, hubiera sido capaz de acabar la carrera, y encima la carrera de Medicina, la más difícil de todas. Dije que me parecía increíble que una mujer machacada y con niños tan pequeños lo hubiera logrado. ¡Brindo por eso! Tiene que haber sido espantoso, pero ¡viva tú! Supongo que es el tipo de cosas que se dicen después de oír lo que no debe decirse.

Pero tu madre me miró raro. Quizá siempre me hubiera mirado raro, pero de pronto había algo más, algo aún más raro. Apuró la taza, bastante rápido, con bastante temor, carraspeó y finalmente dijo: Pero, querida, yo no he estudiado Medicina, y de pronto era fuerte, tenía los ojos grandes y abiertos, y una mirada casi imposible de mantener.

¿No eres médico? Tenía que preguntárselo, sólo para asegurarme de que había oído bien, y aunque siguió diciendo que no y negando con la cabeza, yo era incapaz de asimilar el origen del error. Probé todas las salidas, quise malentender, quise poner excusas, tenía que hacerlo, por las dos, y esto es lo que dije en tu oscuro salón, que seguramente lo había entendido mal. Pero no recibí ninguna ayuda. Aporté todo tipo de propuestas, dije que quizá fuera enfermera, por ejemplo, o auxiliar de enfermería o asistente sanitario, que quizá en su día por lo menos hubiera trabajado en un hospital, aunque fuera en la cafetería, en la recepción o de limpiadora, pero tu madre siguió negando con la cabeza, con la mirada cada vez más hundida en la mesa, cada vez más vuelta hacia dentro.

No logré salvarte de esto, y tampoco logré salvarnos a nosotros. Tu madre no era médico, nunca lo fue y nunca lo sería. Sólo había tenido dos trabajos en su vida, primero en un kiosco y luego en otro. Y ahora tengo una pensión de invalidez, concluyó, y no me conmocioné, en realidad no, sólo quise desaparecer.

Aún nos quedamos así otro rato, en silencio, ahogando los primeros minutos. Han atropellado al alce y al venado, dije al poco, pero tu madre no quería embarcarse en una nueva conversación. Tienes que hablar con él, repitió, y le dije que sí, que al fin y al cabo estaba prometida, y cuando por fin regresaste, descongelamos unos gofres en el microondas, encendimos unas velas y pusimos la tele.

Cuando esa noche salimos a pasear, seguías ignorante. El cielo estaba estrellado y te dedicaste a mirar hacia arriba. Me ha parecido que mi madre estaba de mejor humor, dijiste y, hasta cierto punto, tenías razón. Al fin y al cabo, Sol había salido del armario, por fin había compartido su carga con alguien.

¿Qué has hecho hoy?, pregunté para ganar tiempo. Ya no tenía energías para seguir pensando en el interior de aquel salón. Tenía que alejarme de todas las bonitas fotos de tu infancia, del parque nuevo y del sillón desvencijado, debería haber andado y andado y nunca haberme detenido. Las cosas se me estaban agolpando y las alarmas saltaban por todo el firmamento. En el bosque, los dos viejos amigos sufrían derrumbados; en uno de los taxis de la ciudad, tu padre iba tarareando al son de la radio; en la casa, el enorme tanque de vino goteaba, mientras que nosotros, nosotros éramos otra vida. Ya no podía darle la espalda a todo lo que chirriaba, a todo lo que no se sostenía. Era imposible protegerse de la lista que me recorría la cabeza, un caleidoscopio de inverosimilitudes que me agujoneaba la inquietud coagulada, retorciéndose, sangrando y dando dentelladas. Aunque en realidad no recuerdo que tuviera miedo. Quizá incluso me había esperado que algo se derrumbara. Puede que estuviera casi sorprendentemente preparada. Lo único en lo que pensaba era en nosotros, en cómo íbamos a sobrevivir y seguir adelante. No quería dudar. Significabas demasiado para mí.

Le habíamos puesto el chaleco reflectante a Lady. Iba suelta, correteando por delante de nosotros como le habría gustado a tu padre, con la mayor vida posible, con la posibilidad de que lo que no era libre se desplegara.

Mira qué contenta va, dijiste y por un instante me pareció que hablabas con otra voz, que sonabas más infantil, más claro y más joven.

Tu madre no es médico, dije. Lo dije en un tono tranquilo, elusivo, concluyente. En un tono jocoso, en realidad. Tu madre no es médico. Punto. Pausa. Y quizá creyera que con eso te estaba dando una especie de oportunidad, para que supieras que lo sabía sin ponerte contra las cuerdas, seguramente pensaba algo así, como si de alguna manera pudiera liberarte, o quizá esa idea me llegara más tarde, mucho más adelante, ya no lo recuerdo, y en el fondo no me enteraba de nada.

Lo que recuerdo es tu espalda en tensión. Tu piel, la circulación de la sangre por debajo, el hecho de que notara a un metro de distancia que te quedabas petrificado y de que no me atreviera a volverme para mirarte. Te transformaste en otro, en alguien más frío, más débil y más enfermo. No digas nada, pensé, y realmente era lo que quería, tenía la esperanza de que te quedaras callado y

pudiéramos seguir caminando tranquilamente, de que quizá me cogieras de la mano, o me rodearas con el brazo, y finalmente sí dijeras algo, pero sin palabras ni defensa. Algo como: Esto lo vamos a arreglar. Algo como: Esto no significa nada. Pero lo cierto es que continuamos caminando en silencio, el uno junto al otro, y nunca me cogiste de la mano y nunca te cogí de la mano, simplemente esperamos a que apareciera alguna otra cosa que pudiera salvarnos, algo así como una estrella fugaz que constituyera la tercera parte, y como es natural fue la perra.

La pequeña Lady, que ya no era tan pequeña, la pequeña Lady con su chaleco nuevo, había encontrado un puercoespín, un recuerdo con el que curtirse. Nos encontrábamos a pocos metros de distancia y, al alumbrarla con la linterna, la vimos ponerse manos a la obra, con objetivos muy claros en lo que interpretamos como un delicado juego. La vimos levantar una pata, empujar al animalillo, la bola de espinas, darle un golpecito en el costado, como explorándolo, aplicando esta vez un método nuevo, con cuidado y cautela, como en una operación quirúrgica. Un fallo era todo lo que había necesitado para aprender. Un recuerdo era todo lo que precisaba para no volver a cometer el mismo error. Por un lado, había aprendido a no morder, a no pincharse, por el otro, tenía el control, un control total, y actuó con estrategia, casi como un humano, logró controlarse y logró esperar. Empujó al animalillo enrollado, fue empujándolo y moviéndolo hasta volcarlo y dejarlo boca arriba, con las patitas en el aire y la suave barriguilla al descubierto. Y aunque vimos lo que pasaba, no tuvimos tiempo de intervenir. Fue un ataque súbito. Lady hincó los dientes en el animal, le abrió su pequeño tórax y le desgarró el abdomen. La operación duró apenas unos segundos, sonaron unos cuantos ruidos agudos y el puercoespín estaba acabado. Ea. Y no pude evitar admirarme de lo rápido que Lady había aprendido y de lo lista que debía de ser. Y también pensé en su nombre, Lady, en lo mal que le encajaba, y en la brutalidad, esa nueva cualidad de la perra, y me pregunté si habría que atribuirle a tu lugar de origen, a tu puñetera ciudad aletargada, o si en realidad procedería de ella misma y no era nada nuevo, sino algo que había estado latente en ella desde el principio, como un virus a la espera de la posibilidad de propagarse, a la espera de un detonante, de algo malo o doloroso, un animal salvaje encerrado en un animal domesticado. Y de pronto me di cuenta de que la perrita ya no me gustaba tanto y de que la explicación me resultaba indiferente. Me faltaron energías para reñirla y a ti también. Sencillamente le pusimos la correa y seguimos andando, charlando ahora sobre la perra y su instinto, sobre el cerebro y la memoria, como si realmente supiéramos algo de eso.

¿Qué vamos a hacer con el alce y el venado?, pregunté cuando volvimos a tomar la curva que nos conducía de vuelta a tu casa. Lo que yo quería era un hombre más fuerte que yo. Y quizá eso fue lo que obtuve.

¿Qué quieres hacer?

No me diste pistas. Fuiste duro y no mostraste ninguna humildad. ¿Qué quieres hacer?, me preguntaste casi con arrogancia. ¿Qué quieres que haga? ¡No tengo la escopeta! ¿Y cuál es la alternativa? ¿Te lo has preguntado?

Nos habíamos parado ante la entrada de coches y me miraste a los ojos por primera vez en todo aquel paseo. No lo sé, dije, y supongo que sabías que eso era precisamente lo que te iba a responder.

En el garaje guardabais un mazo. Dijiste: Si quieres, puedes cogerlo y llevártelo al bosque. Si consideras que es mejor para ellos morir apaleados que de un modo lento y natural, eres muy libre

de hacerlo. Lo digo en serio, insististe, ¡coge el mazo y hazlo! Pero tienes que ir mentalizada de que no se hace en un momento, de que requiere muchos golpes y de que tienes que ser muy fuerte. ¿Eres tan fuerte? Me miraste con los brazos cruzados. Sabes que no lo eres, mi niña. ¿No te das cuenta de que la muerte sin dolor es sólo una idea humana, un error humano? En la realidad no hay nada así, hay que asumirlo, en la realidad es sencillamente imposible protegerse del dolor y los animales lo saben, lo llevan grabado en la sangre y en la carne, lo saben y lo aceptan, confía en mí, de todos modos ya están acabados, tendrán que apañarse solos y morir por sí mismos, eso es lo mejor, ¿no?

Miraste hacia tu casa, soltaste el aire y carraspeaste: La carne hace su trabajo, dijiste, así es la cosa, y lo repetiste: Confía en mí, confía en eso, la carne hace su trabajo. ¿Entramos? Eso fue lo último que dijiste.

A principios de diciembre decidimos pasar la Navidad solos en casa. A tu madre le dijimos que íbamos a pasarla con la mía, a mi madre le dijimos lo contrario. No hablamos de por qué, de la razón por la que queríamos evitar a la familia, pero estábamos de acuerdo, no necesitábamos palabras. En ese sentido, todo seguía igual. Todavía compartimos aquel lenguaje silencioso, lo respirábamos los dos con la misma fuerza. Aunque era consciente de que había cosas que no compartías conmigo y aunque yo no compartiera mi inquietud contigo, aunque subyaciera una sospecha o una acusación, seguíamos siendo nosotros y yo no quería que fuera de otra manera. Quería ser buena contigo, tenía que serlo y lo iba a ser. Y necesitaba que siguieras mirándome con los mismos ojos, con la misma voluntad.

Sin embargo, ahora tenía una misión, la gran misión que me había encargado tu madre: llegar a tu interior. Y me la tomé en serio, empecé la labor con un programa completo e investigué como una estudiante excesivamente aplicada. Me encerré en la biblioteca a leer libros de psicología sobre violencia en las relaciones cercanas y sobre el casi ineludible síndrome de estrés postraumático que produce la violencia continuada. En vano intenté encontrar un vínculo entre las siguientes dos cosas: la víctima traumatizada y el héroe superviviente. Pero no eras un ejemplo tipo. O no eras un superviviente victorioso, o no estabas traumatizado, o ninguna de las dos cosas. Al menos así lo entendía yo. Pensaba que eras completamente único.

Te gustaba la clara del huevo. Cuando cocíamos huevos, siempre te comías sólo los extremos y me dejabas a mí la yema. Desde la primera vez que desayunamos juntos, siempre me había extrañado. Nunca había conocido a nadie a quien realmente le gustara la clara, la parte insípida. En el lugar del que venía yo, la clara era algo que se comía por cortesía y por no tirar comida. ¿Por qué no te gusta la yema?, te preguntaba, como una niña, y como un niño me respondías que la yema te daba asco, que si se pensaba bien, la yema no era más que menstruación de gallina.

Había empezado a observarte de un modo muy distinto a anteriormente, todo lo que decías o hacías, todo lo que sabías, por cotidiano que fuera, me llevaba a hacerte preguntas que nunca antes me había molestado en plantearte. Las semanas previas a la Navidad constituyeron mi periodo de preparación, en Navidad tendría que sacarte a la palestra. Pensé que lo mejor sería hacerlo en los días festivos, se trataba de una tarea que en el fondo no sabía cómo llevar a cabo y pensé que sería mejor que al menos no tuviéramos que ir al trabajo, supongo que preveía un colapso.

Y aquello también fue un diciembre. Seguiste comiendo la clara del huevo, contando anécdotas y diciendo cosas como que el huevo era la prueba de que encajábamos o que nuestra tradición de

jugar al *backgammon* tenía un significado mayor. Continuamos apostando como siempre, entre otras cosas, invitábamos a desconocidos a casa, a agentes de ventas, diseñadores de uñas, peluqueros de perros y asistentes de compras con los que incluso nos íbamos de juerga con el único propósito de reírnos después de ellos, y encima estábamos convencidos de que lo hacíamos impulsados por el cariño, de que aquello nos proporcionaba una especie de demostración de nuestro propio fundamento, nuestra cercanía y nuestra confianza, de esa confianza tozuda y retorcida que al final resultó ser lo único que teníamos. Y tú seguiste soltando tus ocurrencias, tus intuiciones, sobre John Wayne, por ejemplo, un personaje que reaparecía una y otra vez, un hombre que en realidad se llamaba otra cosa y que, según tú, en el fondo no sabía actuar, pero que era el hombre con el que soñaban los americanos. Decías: ¿Sabes que murió con dieciocho kilos de excrementos aprisionados en los intestinos? Y te reías: Eso es lo que yo llamo una carga innecesaria, y riéndote aún más decías: Hablando de cargas innecesarias, ¿has oído hablar del *numbat*? ¿Ah, no? Pues te voy a contar lo que es un *numbat*. Verás, el *numbat* es un marsupial, agárrate, un marsupial sin marsupio, ¿has oído algo más estúpido? El *numbat*, como todos los demás marsupiales, pare a sus crías demasiado pronto, pero como no tiene marsupio en el que meterlas, se le agarran a los pezones, se agarran y quedan colgando de la madre, o quizá más bien queden aplastados entre una camada de crías subdesarrolladas, como tapones de goma en una pared mojada, o algo así, sin soltarse jamás. Y la cosa no dura sólo una semana o dos, qué va, se quedan ahí durante cuatro meses seguidos, imagínate qué pesadilla, y ni siquiera ahí acaba la cosa, porque después de esos cuatro meses, siguen mamando durante otros tres, aunque ya de una manera más normal. Es increíble, estamos hablando de un animalillo que sólo pesa kilo y medio. ¡Joder, sería mucho más sencillo esperar un poco para parir! Ése era el tipo de cosas que decías, nunca se te acababan, y cada vez que te escuchaba, cada vez que atendía a lo que decías, me pillaba preguntándome si aquello no sería la prueba de tu triunfo, aquel saber cautivo y traumatizado. ¿Por qué sabes tanto sobre el *numbat*?, podía preguntarte yo, pero simplemente lo sabías. Eso lo sabe todo el mundo, ¿no? Es de conocimiento general, ¿no? Y empezaron a surgir imágenes, no me dejaste otra opción, te imaginaba como el niño asustado del sótano, el niño de los auriculares, el niño con toda clase de libros y refugios. Tus atlas debieron de ser un tebeo interminable.

Aquel mes de diciembre aprendí algo nuevo. Aprendí a mentir y me aterró darme cuenta de lo sencillo que resulta. Entendí cómo surgen las historias sobre algo, cómo se crean, cómo se recrean y cómo continúan. Entendí cómo nos contábamos a nosotros y nos convertíamos en una historia. Lo increíbles que éramos y lo increíbles que podríamos haber sido. Aprendí a insistir en mi propia verdad. Exactamente como tú.

No siempre te contaba adónde iba y no siempre te contaba lo que hacía. Pero me encerraba en la biblioteca a leer sobre violencia y sobre protección, y leía hasta que ya no sabía por quién de los dos estaba allí.

El pequeño de los rizos había cambiado. Todo el mundo lo notaba, cada vez era más introvertido, más tranquilo y más bueno, al menos no resultaba tan amenazador. Los demás niños seguían en guardia, procuraban no acercarse demasiado ni estorbarle el paso. Pero el niño jugaba la mayor parte del tiempo por su cuenta y parecía estar a gusto con eso. Conseguía los juguetes que quería, era el jefe supremo y tenía prioridad a la hora de elegir en todas las cajas de juguetes de la guardería. Además parecía menos necesitado. Ya no quería subirse al regazo de nadie, rara vez pedía mimos ni cariños, no montaba, ni de lejos, tanto jaleo como antes. Estaba a gusto a su aire y los demás niños estaban a gusto sin él. Todo el mundo estaba encantado con la evolución.

Esto es lo mejor de trabajar con niños, dijo la jefa de sección, la principal responsable. ¡De pronto avanzas de un día para otro!

La madre lo entregaba siempre a las siete de la mañana, cuando abríamos, y lo recogía a las cinco, cuando cerrábamos, lo cual implicaba que las jornadas de trabajo de su hijo eran aún más largas que las nuestras, que las de los empleados. A veces me inspiraba lástima. Se le notaba que estaba cansado, quejumbroso, en ocasiones quizá incluso un poco triste. Pero lo mantenía a distancia, incluso cuando le cambiaba los pañales, le daba de comer o lo vestía, como si le tuviera una especie de fobia. No soportaba acercarme demasiado a aquel pequeñín supuestamente inocente y no me enorgullecía de ello, pero sentía que tenía mis razones.

¿No tiene un comportamiento un poco extraño? Un día se lo pregunté a la jefa de sección, el niño estaba sentado en el suelo, a su aire, como de costumbre, callado e introvertido, con un oso de peluche. Y la pedagoga me miró, mi joven jefa me miró desconcertada, como si no entendiera de qué estaba hablando: ¿Qué quieres decir?

No era un tema a tratar. O no fue un tema que tratáramos. Yo no estaba lo bastante segura, cada vez que repasaba el incidente, el bofetón o el presunto bofetón, me resultaba más difuso y menos plausible. Quizá no lo hubiera visto bien, como decías tú. El tacto no es fácil de valorar a través de una ventana. ¿Y dónde está el límite? ¿El límite exacto entre poner a alguien en su sitio y eso otro?

Su madre me regaló una botella de vino. Fue el último día antes de las vacaciones de Navidad, me tocaba el último turno y ella debía de saberlo, y me dio una botella de vino tinto. ¡Toma! ¡Gracias por tu ayuda! ¡Feliz Navidad!

Y fue un poco raro porque no le regaló vino a nadie más, fue un poco raro porque se mostró

muy insistente y escueta: Toma, gracias, cógelo. Por primera vez, su mirada no se escapó a mi cuello, a la cicatriz, a la prueba. De pronto nos mirábamos a los ojos, en otro tipo de alfabeto, como si estuviéramos firmando un acuerdo.

Gracias, dije, y era demasiado. Después me sentí mal.

La noche antes de Nochebuena se me pasó la infección. Desapareció de pronto, de un día para otro, después de una ducha, después de un almuerzo, o mientras veíamos *Dinner for one*, como todos los 23 de diciembre. De pronto ya no estaba, el dedo se había secado y no tenía pus ni olía. Tu anillo había desaparecido. Tu anillo había penetrado. La piel había generado una tapa, una cueva, y había encapsulado tu sedal, con el nudo y todo, se lo había tragado y se había remodelado, era como una culebra alrededor de la primera falange, fea pero inocua. Mira, te dije. Y tú miraste, tocaste y sonreíste: Te lo dije, dijiste, que nunca se iba a romper, ya sabes que no te vas a librar de mí, y te reíste un poco. ¡Ya no queda mucho para el 25 de febrero!

Llevábamos un tiempo sin hablar de la boda, ni en un sentido ni en otro, pero pasado Año Nuevo pensábamos mandar las invitaciones, ir a saludar al sacerdote, ver la iglesia y hacer los últimos preparativos. ¿Te hace ilusión?, te pregunté. Por supuesto, respondiste, acurrucándote junto a mí, navegaremos, veremos el mundo y tendremos hijos. ¡Claro que me hace ilusión! ¿Y cuántos hijos quieres tener? ¿Y en qué tipo de casa quieres vivir? El futuro seguía ahí, en nuestro apartamento, como un sueño en el que nos recostábamos. Y parecías tan inocente y tan soñador... De pronto me resultaste casi un poco descarado. Por primera vez pensé que, en el fondo, yo nunca había elegido, que era más bien una elegida. Yo te vi, me desvestí, me mostré y esperé, después vinieron tu grandeza y tu bondad, no rechisté. Feliz Navidad, novio mío.

Me regalaste un collar de diamantes, un corazón compuesto por un montón de diminutas piedras brillantes. Me lo diste muy temprano, no podías esperar hasta la noche. Por Dios, dije, y se nos quemaron las costillas de Navidad.

Encargamos una pizza, nos preparamos unas copas y era ya de noche cuando por fin abriste tus propios regalos. Yo te regalé un libro sobre navegación, tus padres te dieron ropa de cama y los del trabajo, un plato, uno de esos platos decorativos que se cuelgan en la pared, y sin duda fue el mejor regalo, tenía un dibujo de una antigua locomotora que llevaba escrito *NSB anno 1883*, y al momento pusiste un clavo en la pared y luego nos pasamos el resto de la noche riéndonos de aquel regalo, como si tu indudable superioridad nunca pudiera tambalearse.

Después, el día de Navidad, ya habíamos desayunado, sacado a la perra, encendido las velas y preparado un ponche. No podía aplazarlo más.

Estábamos tumbados bajo la misma manta en lados opuestos del sofá, bajo tus enormes rascacielos. Habíamos puesto música y llenado los cuencos de golosinas. Tu madre me habló del día que se partió la mandíbula, dije, con ligereza y naturalidad, con la boca llena de chocolate,

creo que ni siquiera te miré, estaba demasiado ocupada intentando tragar con ayuda del ponche. Ah, ¿te lo contó?, preguntaste, casi con una carga positiva, no te escandalizaste ni trataste de negarlo en ningún sentido. Sí, me lo contó, me dijo que se había roto la mandíbula, repetí, puntos suspensivos, cuéntame tu historia.

Y me contaste una historia. Tu historia. Pues sí, mi madre se partió la mandíbula, se cayó de bruces por las escaleras y se rompió la mandíbula, una putada, la verdad, tuvo que pasarse varias semanas en el sofá, la pobre, con un aparato en los dientes y tomando sopa con pajita.

Me resultó casi fascinante lo siniestro, lo incuestionable que eras, como las paredes que nos rodeaban.

¿Cómo se cayó por las escaleras?, te pregunté, y te reíste un poco y dijiste: Bueno, supongo que estaría borracha, no me acuerdo bien, pero la recuerdo tirada en el suelo, recuerdo que se cayó, quiero decir. Y eso fue todo, hasta ahí llegué antes de no llegar a más. Estabas muy seguro, más seguro que yo, y aparentemente no te había afectado en absoluto. De hecho estabas tan normal que casi me agobié. ¿No ibas a reaccionar? ¿No ibas a mentirme de un modo más descarado? ¿Ni siquiera ibas a quedarte pensativo? Pero no te pasó nada de eso, al contrario, casi dio la impresión de que aquello te resultaba un poco entrañable, como si aquel recuerdo de infancia tuviera un valor en sí mismo: Hay que ver el tiempo que hace que no pienso en eso, ay, ay, ay, aquella vez que mi madre se cayó por las escaleras, menuda historia, sí. La mayoría de los accidentes ocurren en el hogar, dijiste, y estabas recostado, hablabas con relajación, con una llamativa alegría en la voz, como si hubieras recobrado el acceso a una parte de tu vida que tuvieras descuidada, recuerdos hogareños que te resultaban reconfortantes.

Fuiste a buscar una botella de vino tinto, la que me habían regalado en la guardería. Esto es lo que me gusta de las Navidades, dijiste, no hace falta esperar a la noche para tomarse una copa, ¿te apetece ver una película?

Escogimos un *thriller* psicológico. No nos interesaba ver una película familiar romántica, nunca nos habían ido esas historias de clichés y con final feliz, al fin y al cabo estábamos muy por encima de eso. De modo que escogimos un canal malo y vimos una película mala sobre chicas atormentadas con debilidad por los cuchillos, las autolesiones y el suicidio. Y el vino estaba maravilloso, me preguntaste si me lo había dado mi jefa y te mentí, te dije que sí, y tú te reíste y señalaste la pared, diciendo que estaba claro que mi jefa tenía mucho mejor gusto que el tuyo.

Pero no te agradó la película. Todo tiene un límite, dijiste, ¿cuántos fallos lógicos puedes tragarte en una película, en un relato, antes de que te resulte inverosímil? ¿No se suponía que esto era realista?

Lo que no te creías eran los intentos de suicidio, no tanto el fenómeno en sí mismo, sino aquello de los cortes y el modo en que usaban el cuchillo. Nadie se quita la vida así, proclamaste, mientras la chica de la pantalla yacía en la bañera con las muñecas abiertas y los ojos reventones, en un agua roja sin jabón. Es absolutamente patético, exclamaste, rellenándote la copa, ¿no investigan un poco antes de hacer las películas?

No entendía lo que querías decir. Y tampoco en qué sentido lo decías. Estabas furioso y obstinado, y sabías mucho sobre asuntos en los que yo no manejaba ni los conceptos. Se está desangrando, dije, cuando te cortas las venas, te desangras, ¿por qué te parece poco realista? Me

miraste indignado. ¿Que por qué me parece poco realista? Si alguna vez quisieras suicidarte, dijiste con cierto aire expectante, ¿no crees que lo harías del modo más seguro y efectivo? ¿No crees que te informarías sobre los distintos métodos y que te lo plantearías de un modo algo más estratégico? A no ser que lo hicieras en un arrebato de locura, ¿no crees que valorarías las alternativas y escogerías morir de un modo decente? Quiero decir, aclaraste, que no estamos hablando de una elección cualquiera, no estamos hablando de escoger entre un helado y una chocolatina, estamos hablando de cómo escogeríamos morir, y supongo que eso no te sería indiferente, ¿no? Quien se quiere morir, se quiere morir, eso está claro, pero al menos tendrá que procurar hacerlo bien, ¡sobre todo en una película!

No dije nada, no me atrevía a interrumpirte y no me planteé hasta qué punto estabas sano, hasta qué punto te contradecías o te acusabas o te tergiversabas a ti mismo, no tuve tiempo.

¿Recuerdas lo que te dije de pegarse un tiro, de que siempre hay que apuntar en oblicuo? Pues esto es igual. Cada método de suicidio tiene su solución, su modo final, y si eliges cortarte con un cuchillo, esto es, morir desangrado, sólo hay una buena manera de hacerlo: cortarte la arteria de la ingle. Mira, dijiste, agarrándome la mano, con sólo estirar un poco el muslo hacia un lado asoma, así, ¿la notas? Sí, contesté, claro que la notaba, debajo de mi mano bajo tu mano, notaba incluso nuestro pulso. Como es obvio, requiere un poco más de esfuerzo, continuaste, pero a cambio todo termina en unos pocos minutos. Lo que quiero decir, joder, es que no le veo ningún sentido a entretenerte chapoteando en una bañera cuando puedes pasar el trago en un santiamén. ¡Sólo las chicas hacen esas cosas! Las chicas que pretenden que las encuentren, que sólo quieren llamar la atención. Y además, si te empeñas en cortarte en las muñecas, ¡es una absoluta idiotez cortarte en transversal! La sangre tendrá que salir, ¿no? ¡Ésa es la gracia! ¿No te das cuenta de lo ridícula que es la escena de la bañera? ¡Es una escena para chicas adolescentes! Me resulta incomprensible, concluíste, ¿pretende ser esteticista? ¿Tú lo encuentras estético?

Escupías la palabra *chica* sin dedicarle ni un pensamiento, sin la menor consideración. Nunca te había oído escupir las palabras de esa manera. Con tanta inconsciencia y, a la vez, tan consciente de ti mismo. Con tanta frialdad y, a la vez, con tanta sensibilidad.

¿Por qué sabes tanto sobre estas cosas, Sebastian?

¿Estas cosas? Te había salido una arruga doble sobre la ceja. La credibilidad como una mentira transparente sobre la boca. ¿Estas cosas no las sabe todo el mundo?

Cuando terminó la película, estabas dormido. El final, con todas aquellas mujeres en la bañera, te había aburrido tanto que te habías dormido. Así que te observé, tratando de reconocer tu inexpresiva expresión. Mira, pero si no es más que un chiquillo, pensé quizá. Todavía mío. Todavía bueno.

Más tarde volví a sacar el tema de la mandíbula rota de tu madre. Al fin y al cabo tenía que entrar.

Te habías acostado para leer tu nuevo libro. Yo había bebido más vino que tú y había ensayado para que mi voz sonara más clara, fue así como me aposté en la puerta, fingiendo calma y amabilidad. Amor, dije, eso de que tu madre se partió la mandíbula... Y esperé a que me miraras a los ojos, dije «amor» una vez más. Sebastian, dije, sé que no se cayó por las escaleras. Así lo dije, con total claridad. Casi concretando del todo. Casi atravesando del todo.

Pero sólo casi.

Te incorporaste en la cama, soltaste el libro y abriste la mirada. ¿Qué quieres decir?, preguntaste. Tenías los primeros ojos que vi, el primer latido que sentí y, en ese mismo momento, justamente ahí, entendí que realmente no tenías otra verdad.

Así que no me quedó más remedio que contártelo.

No se cayó por las escaleras, dije, cayó en manos de tu padre. Era de noche, era Navidad y al otro lado de la ventana el silencio era absoluto. ¿No te acuerdas?, te pregunté. Lo cierto es que estabas allí y lo viste todo. ¿No te recuerdas a ti mismo de pequeño?

Pero de pronto estabas desconcertado, de hecho parecías a punto de echarte a reír.

Pero, querida, eso me dijiste, como si yo fuera un desastre o estuviera a por uvas. Pero, querida, ¡si yo la vi caerse! ¿Qué narices te ha contado mi madre? Pero si estaba tirada a los pies de la escalera y ayudé a levantarla, ¡ayudé! Ayudé a mi padre, dijiste.

Y así continuaste. Así preguntaste. Y no te vaciló la mirada, ni siquiera cuando te diste cuenta de que quizá no me lo estaba creyendo, sencillamente te empeñaste aún más.

¿Crees que podría haberme inventado un recuerdo? ¿De verdad lo crees? ¿Crees que podría recordar un recuerdo que no existe?

Ya te lo dije, proseguiste, a mi madre se le está yendo la pinza, lo noté la última vez que fuimos, está en su galaxia, ¡ha perdido el rumbo! Y de pronto estabas enfadado: Joder, cómo es posible enloquecer tanto, de verdad que mi madre necesita ayuda, tronaste, y estabas tan afligido y tan indignado que, de hecho, consideré la posibilidad de que fuera verdad, de que tuvieras razón, de que fuera tu madre, y no tú, quien no recordaba, de que tu madre fuera una de esas psicóticas que oyes que acosa a un amigo de un amigo de un amigo, una de esas mujeres absolutamente chifladas. Al fin y al cabo era posible. No podía descartarlo. Pero entonces me dirigiste otra mirada, tenías algo desagradable, algo siniestro, en los ojos. ¿No me estarás tomando el pelo?, preguntaste, como si de pronto te hubieras salido del mundo y ya no reconocieras nada, ni siquiera a mí. Por supuesto que no te tomo el pelo, Sebastian.

Las noches siguientes dormiste mal. Tenías los ojos entornados, la boca tensa, la piel húmeda. Yo susurraba a tu lado. Hurgando en ti. Era en la semana entre Navidad y Año Nuevo, teníamos mucho tiempo que llenar. Jugábamos al *backgammon*, como de costumbre, pero entre partida y partida ya no nos acostábamos, eso se había acabado, y de repente sólo apostábamos cosas absurdas: quién fregaría los platos, por ejemplo. Cocinábamos y paseábamos a la perra, bebíamos vino y veíamos películas, hacíamos crucigramas y hablábamos sobre la gran navegación. Seguíamos jugando como podíamos.

Supongo que no sueles enviar una postal de Navidad a tu padre, ¿no?, me preguntaste, fue a los pocos días de Navidad y volvías de la calle, habías salido a comprar bebidas. No, dije, ¿por qué iba a hacerlo? Ni siquiera sé dónde vive. Y en la conversación no hubo gestos exagerados, ni miradas especialmente prolongadas, te limitaste a decir: Ya, bueno, pues él sí sabe dónde vives tú, y entonces me enseñaste una postal, de las más baratas del mercado. Al menos se ha acordado de ti, dijiste antes de meterte en la cocina y colocarla en la nevera, donde se quedaría agarrada con un imán de un duendecillo hasta que dejé de fijarme en ella. La colgaste ocultando el texto y no me hiciste más preguntas. Tenías mucha más grandeza, mucha más generosidad que yo. Mantuviste nuestro pacto hasta el final.

¿Cuál es el lugar que más te apetece visitar de todos? Si sólo pudieras ir a un sitio, una única vez, ¿adónde irías en el mundo?

Me gustaba hablar de nuestro viaje, nunca me cansaba. Me encantaba escucharte. Oírte hablar era un viaje en sí mismo, mejor que mis propios sueños, más hermoso y más real.

Querías ir a Bali y a Madagascar, a Islandia y las Galápagos. Decías que la tierra firme tendríamos que verla por el camino, no te importaría acompañarme a Estambul, por ejemplo, si nos dirigiéramos al mar de Mármara y nos adentrábamos por el estrecho del Bósforo. También decías: Si de todos modos pasamos por allí, siempre podríamos atracar, y la frase contenía un pequeño signo de interrogación. En un viaje como éste hay mucho que hacer, decías, lo importante es tener claros los deseos, lo importante es saber lo que quieres. ¿Qué quieres hacer tú? ¿Qué quieres ver? ¿Y cómo quieres verlo? Pero la verdad era que yo no me lo había pensado demasiado, no tenía preferencias claras, probablemente habría ido a cualquier sitio, habría visto lo que fuera, y tú no tenías paciencia para esperar a que me lo pensara, como tú ya te lo habías pensado, te explayabas por los dos acerca de todo lo que teníamos por delante. Decías que nos sacaríamos el carnet de submarinismo en algún lugar donde hubiera peces tropicales, que nadaríamos entre delfines y tortugas de mar, que haríamos un safari, que dormiríamos al raso

escuchando a los leones, que nos guareceríamos bajo un baobab y veríamos el sol salir sobre la sabana, decías que luego saldríamos a cazar tiburones, por lo visto siempre habías soñado con hacer eso, con adentrarte entre las olas y enfrentarte a las fuerzas primigenias, decías que eso se nos quedaría grabado en el cuerpo para siempre y que luego sobrevolaríamos las pirámides de Egipto montados en un globo, y que alquilaríamos un todoterreno y recorreríamos la Costa de los Esqueletos de Namibia, y que subiríamos a caballo hasta el Machu Picchu del Perú, y que iríamos al carnaval de Río, y que haríamos *paddle* en Alaska, y que escalaríamos las cumbres del Tíbet, y que haríamos el amor al borde de un volcán activo, y que haríamos esquí acuático desde Sri Lanka hasta el cabo de la India, y que jugaríamos con los *numbats* de Australia, y que acamparíamos en un atolón desierto y paradisíaco del Pacífico, y todo lo que decías sonaba maravilloso, íbamos a celebrar la Navidad al otro lado del globo y, al levantar la vista, veríamos otro firmamento.

Ay, que nos vamos a casar, nos decíamos el uno al otro. Que duermas bien, querido, ay, que nos casamos. Y, sin embargo, aunque por fin pasaron las Navidades, las noches iban a peor.

Suelo ponerme así cuando no salto, dijiste.

Fue en uno de esos episodios de media noche, la intranquila hora del diablo. Te habías despertado incorporado en la cama, de un tirón, con un aullido en el pecho y las manos congestionadas de tanto aferrarse al colchón. Estabas empapado, tiritabas y no lograbas respirar bien. Sólo necesito que me abrases, me pediste. Sólo necesito que no digas nada.

Pero no tenías pesadillas, insistías en eso, no era más que el síndrome de abstinencia de los saltos, reacciones normales a la inactividad. Sólo necesitabas dar salida a la adrenalina, eso decías, como si fuera un asunto sencillo, una cosa tan normal como ir al baño. Sin embargo, tus sonidos decían otra cosa. Los aullidos, los chillidos, los gimoteos, todo aquello procedía del otro lugar, de espacios negros, olvidados y terribles, estaba convencida de eso, de que había un agujero dentro del agujero bajo tu manto de palabras, una pequeña poza sin agua, sin paredes, que yo debía llenar y vaciar, tenía ese tipo de ideas juveniles, la clásica fe en las soluciones doradas y, por cada noche que pasaba, te agarraba más fuerte, con una fe ciega, hasta que, al final, sencillamente dije: Salta. Si es lo único que puede ayudarte, salta. Tenías mi aprobación.

Pero no saltaste. Y tampoco hablabas de ello, al menos en serio. Sólo decías que lo necesitabas; cuando las noches ya no te mantenían dormido, decías que te hacía falta un vuelo, un salto. Y empezaste a levantarte después de los sueños, en vez de volverte a acostar en mis brazos. Te sentabas en el salón a ver la tele y te dejabas entretener, a menudo hasta la mañana siguiente. Y aunque yo te decía: ¡Háblame!, o ¿No podrías hablar conmigo?, o ¡Habla, coño!, de repente carecías de palabras, lo único que lograbas decir era: No sé qué me pasa, no sé por qué me despierto así, y era imposible dudar de ti.

Un día te dije que quizá deberías llamar a Buzz o a Fuzz o a Gizz o a Fizz. ¿No podrías ir a casa de Buddy a buscar tu equipo? ¿No podrías marcharte y saltar? Pero el modo en que me miraste en ese momento, como si me faltara toda honestidad, como si a ti te faltara toda honestidad, me hizo arrepentirme y extrañarme. ¿Habrías perdido la fe en que yo creía en ti? ¿O era cosa mía? En cualquier caso, estaba empezando a hartarme. Empezaba a ser demasiado para mí. Tu ausencia generaba una especie de habitación suplementaria en el apartamento y era en esa habitación donde yo me despertaba, me despertaba porque no estabas y, por lo general, me levantaba a echarle un ojo, para asegurarme de que te encontrabas bien, de que estabas viendo la

tele en el salón, como algo cotidiano, y de que tenías un aspecto normal. Pero una noche la tele no estaba encendida. No sólo me había despertado la ausencia habitual, sino también el silencio y el miedo. De pronto sentía algo nuevo en el pecho, otro pulso, un movimiento de sombras. Pero seguías en casa. Estabas sentado delante de la chimenea, tu cuerpo largo y desnudo estaba quemando algo, apacible e impertérrito, completamente normal. ¿Qué haces?, te pregunté y, como la cosa más natural del mundo, me respondiste: Quemo mis zapatos. Y eso era lo que hacías. Los tenías perfectamente alineados, una pareja perfecta, humeando y soltando vapor en la chimenea, pero el olor no se parecía al de ningún fuego normal.

¿Por qué haces eso? ¿Qué te pasa, Sebastian?

Me senté a tu lado, con cautela, éramos dos personas nocturnas. Y me mantuviste la mirada. Mantuviste durante tanto tiempo el aire luminoso y ardiente que había entre nosotros que casi me convencí. Sencillamente me ha apetecido, dijiste, y lo dijiste con una sonrisa, la sonrisa que yo conocía, como si eso de quemar zapatos en la chimenea fuera algo íntimo, algo sólo para nosotros, como si dijeras: Entiéndeme, esto también es una forma de convivencia, algo cotidiano. Querías que me riera de ti. ¡Mira qué novio tan carismático tienes! Querías que me riera contigo, pero fui incapaz. Ahora tenía el pulso de las sombras, un pulso que quería ocultar a toda costa, y cuando me fui al baño a llorar, comprobé mi blíster circular, lo comprobé varias veces, para asegurarme de que me había tomado todas las píldoras, de que me las había tragado, y poder sentir el alivio a la vez que lloraba aún más.

De modo que te habías quedado sin chaqueta y sin zapatos de vestir, y además parecía hacerte cierta gracia, como si de alguna manera te rieras de tu trabajo al ponerte unas zapatillas de deporte con el pantalón del traje. Además estabas vago, te daba pereza levantarte de la cama, levantarte del sofá, salir por la puerta. Casi podía parecer que deseabas llegar tarde. Tengo un horario flexible, decías, todavía con una sonrisa de indiferencia. Algunas veces todavía íbamos juntos hasta la parada del autobús, aunque era cada vez menos frecuente, y las pocas veces que lo hacíamos, después del beso, de la despedida, lo único que veía era un hombre opuesto en la acera contraria, en ocasiones apenas te reconocía.

Pero de pronto un día regresaste. Ocurrió así, de repente. Una mañana te despertaste y dijiste: Ahora sí que lo recuerdo. Había sido una noche tranquila, la más tranquila en mucho tiempo, sin el clamor de los gritos y el lloriqueo. No tiritabas, tu voz sonaba normal, tenías la piel suave, limpia y seca, y tumbado a mi lado en la cama, con la mirada clavada en el techo, como quien da los buenos días, dijiste: Recuerdo que la golpeó.

Y ese día fue maravilloso, la expresión normal de tu cara me tocó como siempre me había tocado. No buscabas consuelo. Ahora estabas fuerte. Y cuando esa mañana bajamos al autobús, pudimos burlarnos como antes de las personas serias, de los que quitaban nieve y tenían hijos mocosos y coches que se resistían a arrancar. No éramos como ellos, aún no, todavía nos permitíamos una fe en nosotros mismos, una felicidad desvergonzada y maravillosa. Podríamos vencer al mundo. Pensé que todavía era posible. Tú eras tú y yo llevaba tu anillo en mi interior y tu collar alrededor del cuello, todos los días sentía que mi cuello resplandecía por todas tus piedras brillantes y que me veías a través de la piel con el ojo de avispa, ahora como una promesa: no hay ni un tú ni un yo.

Pero el nervioso canto de tu sueño no se había acabado. A los pocos días, a las pocas noches, reapareció y empezaste a aullar de nuevo.

Habíamos mandado las invitaciones para la boda. Al final fueron veintidós, te habías salido con la tuya, ni un amigo más de los imprescindibles y nada de familia lejana. Y la verdad es que me alegraba, me alegraba de corazón. La idea de la gran boda era falsa y agobiante, quizá ni siquiera factible. Todas tus palabras sobre lo pequeño, lo auténtico y lo íntimo pasaron a ser mías, lo que llamabas exclusividad, y además llegué a la conclusión de que reducirlo todo sería más sencillo. Había que pasar el trago, quizá fuera eso lo que pensaba en medio de todo lo demás.

En una ocasión lo mencioné: Quizá deberíamos esperar un poco. Fue un día de madrugada, te habías despertado sobre las cinco por una especie de ataque, gimoteando, el sudor corría por tu cuerpo y enterraste la cara contra mi estómago, como si no quisieras respirar. Sebastian, dije, con la mano sobre tu cabeza, en tu pelo casi chorreante, quizá deberíamos aplazar un poco la boda, hasta que se calmen las cosas, hasta que reunamos fuerzas, hasta la primavera o el verano o algo así, hasta que te recuperes. Todo esto se pasará, dije, y te lo repetí hasta que te tranquilizaste, hasta que dejaste de sollozar, porque pensaba que te ayudaba o que podría haberte ayudado. Pero te quedaste callado. Y tu silencio no tenía nada que ver con la calma. ¿Ya no quieres casarte conmigo? Me lo preguntaste una sola vez y fue más de lo que pude soportar. Tus ojos enrojecidos y llorosos trazaron nuevas calles por nuestro apartamento, senderos de ahogo casi imposibles de transitar, y tu voz, tus gritos y tus preguntas fueron demasiado para mí.

¿Qué te contó mi madre?, chillaste. ¿Qué te contó en realidad? Y estabas furioso y muy frágil, y yo no tenía una solución, ni una cura. Sólo me contó que tu padre le pegaba, podía responderte, y lo hice, una y otra vez, pero ya no te bastaba con eso. Querías más, de una manera u otra, querías enhebrar todos los detalles alrededor de tu ya machacona angustia. Querías que te contara lo pequeño que eras entonces, lo asustado que estabas, que te contara cómo te levantabas por la noche, cómo subías las escaleras a hurtadillas, cómo te quedabas en el umbral del salón mirando hacia dentro, hacia tus padres, que estaban tan ocupados odiándose que quizá ni siquiera se percataban de tu presencia, al menos hasta que la cosa se ponía realmente mal, hasta que las guantadas pasaban a puñetazos, hasta que los empujones pasaban a patadas, hasta que tu madre yacía sobre la moqueta marrón claro. Siempre te acordabas de aquella moqueta, tú mismo me contaste lo manchada que estaba incluso antes de la última vez, me contabas de qué color eran las manchas y cómo aparecían constantemente alfombras nuevas, más pequeñas, por encima de la moqueta, como una especie de *patchwork*, decías, asintiendo con la cabeza: Antes de instalar el

parqué, lo ocultábamos con alfombras.

Cada vez recordabas más cosas. Fue volviendo casi todo. Gradualmente, a retazos, te llegaban frases y párrafos, aunque sobre todo recordabas la cólera, la mórbida cólera de tu padre, y cómo aprendiste a cuidarte de ella y a preverla, cómo ibas de puntillas por la casa como un animal de presa sin refugio, a pesar de que no te servía de nada. En realidad mi padre siempre sabía dónde estaba, decías. Aunque fueras todo lo cuidadoso y silencioso que puede ser un humano, nunca eras lo suficientemente invisible. Y además eras bueno, o intentabas serlo, porque una vez que tu madre caía al suelo, eras incapaz de seguir en el umbral y acudías corriendo para recibir tu porción de la paliza, tu parte de la responsabilidad.

Pero todo aquello había empezado en algún sitio, de eso estabas seguro, tu padre empezó a considerarte culpable a partir de cierto momento, igual que a tu madre, os consideraba responsables de su violencia y su odio. Aquella mirada, susurrabas, aquella mirada no mentía. Sus ojos eran casi imposibles de soportar, estaban siempre cargados de reproches, libres de culpa, furiosos y autocomplacientes, incluso después de derribaros a tu madre y a ti, mientras sollozabais en el suelo, seguía clavándoos la mirada, sus pupilas negras, como si estuviera lanzándoos una maldición. Y estaba prohibido levantarse hasta que él se hubiera ido, tu padre no lo permitía. Teníais que permanecer en el suelo, revolcándoos en vuestra vergüenza, hasta que él salía de casa y podíais levantaros e ir a por el botiquín. Y lo cierto es que tu madre, aquella mujer derrotada, sí había sido una especie de médico. Era ella quien te remendaba, quien os remendaba a los dos, aplicando pomadas y poniendo tiritas, ella quien os consolaba. Y era ella quien te decía las bonitas palabras que necesitabas: Todo va a salir bien, mi niño, olvídale todo. Así era, decías, y así me lo había contado también tu madre, erais vosotros dos contra él, siempre.

Aunque... ¿siempre?

Y ahí fue donde empezó lo otro. No fue siempre así, decías. Tuvo que comenzar en algún sitio, decías. Insistías en eso y, sin embargo, no lo recordabas. ¿Qué te contó, en realidad, mi madre?, me gritabas, pero yo carecía de más respuestas. Sólo lo que ya sabes, te respondía, creyendo que te bastaría. ¿No es suficiente? Y a veces te decía estupideces como que era difícil imaginarse así a tu padre, un hombre tan trabajador y jovial, era difícil creerlo capaz de aquellas cosas, te decía a veces, como si la trivialidad fuera un argumento contra lo otro, contra la negrura. Y entonces me mirabas y creo que casi me odiabas. ¿No te enteras de nada? ¿Estás completamente ciega? Pero por mucho que gritaras, chillaras, tronaras y maldijeras, aunque fueras tú mismo y fueras otro al mismo tiempo, lo cierto es que yo no me enteraba de lo ciega que estaba. ¿No entiendes que tiene que haber algo más?, decías, pero yo no lo entendía.

¿Cómo de enfermo estabas?

Era una pregunta que me hacía, me preguntaba si sería una enfermedad grave y si sería una enfermedad anormal. Y me preguntaba si avanzabas porque no lo tenía claro.

Quizá deberías ir al médico a pedir una baja, te dije un día que de todos modos no pensabas ir al trabajo. Tal vez necesites tomarte algo de tiempo, estar un poco solo, para calmarte, para pensarte las cosas, descansar y sobreponerte para la boda, algo así te dije, y me respondiste que te lo pensarías. Luego me fui al trabajo, te dejé solo con la perra y tu televisión, y te dije: Bueno, pues adiós, que pases un buen día, nos vemos luego. Todo lo normal.

Y te ayudó. Eso pareció. Quizá estuvieras más pálido, pero estabas bastante contento. Al menos sonreías. Cuando volvía del trabajo, te veía apoltronado delante del televisor, con Lady sobre las piernas, una cerveza en la mesa y la mirada vuelta hacia una pared abultada. Volvía del trabajo y me ponía a buscar señales, a buscar tu día, signos de mejoría. A veces me preguntabas: ¿Has tenido un buen día en el trabajo? Y siempre te respondía: Sí, ¿y tú qué? ¿Cómo vas? ¿Cómo estás? Probablemente no eran las palabras correctas. Nunca atinaba con las palabras, así era la cosa, tú intentabas huir, pero yo trataba de encontrarte, ambos aferrados a una tozuda normalidad que debíamos de saber que estábamos perdiendo. Cada uno en su burbuja.

Un día encontré el vestido. Dejé de buscar, simplemente me decidí. Me metí en una tienda y encontré algo blanco, algo bonito y sencillo. Habíamos alcanzado un punto en el que ya daba igual cómo nos casáramos, lo único importante era que lo hiciéramos. Y supongo que era lo correcto, lo más correcto. Éramos nosotros, íbamos a ser nosotros, y todo lo demás se pasaría. Y aunque algunas noches siguieras aullando y gimoteando, yo siempre pensaba que sencillamente eras otro, y nunca pensaba que eras el otro.

Nos llamó el sacerdote. Volví a casa, estaba nevando y dijiste: Ha llamado el sacerdote, y era la primera vez que oía una frase como ésa. Fue tres semanas antes de la boda. El sacerdote había llamado para pedir que nos presentáramos a una conversación prematrimonial. ¿Qué es eso?, pregunté, y dijiste que era algo que tenía que hacer todo el mundo, todos los que se amaran. Dijiste que nos había dado cita para el domingo siguiente, después de la misa. Y añadiste que debíamos ir a la misa para causar una buena impresión.

Todo estaba preparado. No había sido difícil. Nos habíamos limitado a quedarnos en casa, soñando con zarpar. Decías que sería mucho más fácil hacer el curso de vela una vez que tuviéramos nuestro propio barco, que lo determinante era conocer tu propia embarcación.

Querías un Sun Fast 32i. Mira, dijiste, mostrándome un fino folleto que sólo contenía barcos exclusivos, y señalaste uno diciendo: Éste lo ha diseñado Philippe Briand, un francés, ¿a que es una pasada? Y obviamente me daba cuenta de que el velero estaba muy bien. ¿Cuánto cuesta?, pregunté, y tú me contaste que era muy práctico y confortable, apto tanto para regatas como para viajes. Supongo que no vamos a correr regatas, ¿no?, insistí, pero según tú eso nunca se sabía. ¿Cómo vamos a saber ahora lo que haremos dentro de muchos años, lo que querremos, lo que podremos, lo que deberemos o lo que osaremos? Quizá algún día corramos regatas, tal vez incluso las ganemos, precisamente con este barco, ¿qué puedes saber de eso? Quizá acabemos de campeones del mundo. No lo decías muy en serio, pero tampoco se podía descartar del todo. Posiblemente nunca te había visto poco serio.

Hablamos de pedirnos una excedencia, de dejar el trabajo, de dinero y de cómo haríamos para que nos salieran las cuentas, todo ello de un modo objetivo, naturalmente. Decías que contabas con tus ahorros y yo pensaba que podría cogerme trabajos en los puertos por el camino. Además pensábamos vender todo lo que teníamos, todo salvo tus fotos de los rascacielos, y eso, al fin y al cabo, supondría un pico. Parecías seguro, parecías claro: No te preocupes por el velero, de eso me encargo yo. Y Lady podría quedarse con tus padres, lo tenías todo arreglado: Está todo arreglado, no te pongas nerviosa, mi niña, lo conseguiremos, lo solucionaremos, cuando quieras marcharte, sencillamente te marchas, ¿no?

Pero sí que estaba nerviosa. No me atrevía a reconocerlo, pero tenía un pellizco en el estómago y una punzada en el corazón, tu grito se me había metido por dentro, me había envuelto un hueso, una arteria o un río, y me había mostrado mi propio acceso sanguíneo a la angustia, sólo que todavía no lo sabía. Sería cojonudo, decía yo, sobre el velero, sobre el futuro, sobre el

campeonato mundial. Pero tú siempre decías otra cosa, siempre me corregías y decías: No, no lo sería, lo *es*. Y ya tenías el traje, claro. Un chaqué. Las reservas estaban hechas, la comida encargada. Las flores serían calas. Y tu padrino se llamaba Anders.

Anders se iba a pasar a saludarnos. Fue la semana antes de la conversación prematrimonial, estabas de baja, te pasabas el día en casa, en bata y bebiendo, por lo general vino o cerveza, aunque algunas veces *gin-tonic*. Aquello empezaba a irritarme, pero cuando volvía del trabajo, siempre estabas contento y habías preparado la comida, limpiado el baño o quitado el polvo, no parecías incómodo con la situación. Yo te hacía preguntas, no tenía más remedio. ¿Cuánto has bebido? ¿A qué hora te has levantado hoy? ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en casa? Cosas así. Pero no te gustaba, enseguida se te endurecía el gesto, así que trataba de no hacerlo, intentaba darte tiempo. Pero un día, al llegar a casa, te encontré casi inconsciente sobre una garrafa de vino. Lady había defecado en la entrada y estaba gimoteando en un rincón. En la cocina, la radio daba el pronóstico del tiempo, en el salón sonaba la *Sinfonía del Destino* y en la tele hablaban de repostería. Fue demasiado para mí, tus ojos reblandecidos y trémulos, fue demasiado, demasiado grande y demasiado estrecho. ¿Qué estás haciendo?, grité por encima de tu estruendo, ¿qué coño estás haciendo, Sebastian? Y en ese momento me di cuenta de que todas las ventanas estaban abiertas, de que en nuestro apartamento hacía un frío terrible, gélido, glacial. Nada en especial, respondiste, y en cierto sentido tenías toda la razón. Me acerqué a ti y te toqué la frente, la mejilla y los labios amoratados. Dime otra cosa, te dije, y lo hiciste. Mirando al frente, con las manos inmóviles, despacio y en voz baja, dijiste que había un niño pequeño. ¿Que había un niño pequeño? Puede que me preguntara si te habías vuelto loco, o si simplemente estabas como una cuba, pero en cualquier caso pensé en lo egocéntrico que eras, en que habíamos hablado ya tanto del pobre niño que habías sido que ya casi no podía más. ¿Quieres una taza de té?, te pregunté, y alcanzaste a decir: Sí, gracias, antes de que yo cerrara todas las ventanas, antes de dormirte al son de una receta de crema.

¿No iba a pasarse Anders para saludarnos?

Fue al día siguiente, el sábado, y estábamos preparándonos para la conversación prematrimonial. Tenías la piel macilenta y la voz cansada. Sí, vendrá, pero la semana que viene. Eras amigos desde hacía mucho, tú y él, esa impresión me dio, habíais pasado juntos la adolescencia y habíais aprendido juntos a beber, a fumar, a pelear y a follar, todo lo que tiene que aprender un joven varón, al menos eso fue lo que me imaginé, que Anders debía de ser uno de esos amigos que son como un ancla. Anders y yo, decías, y me imaginaba que lo habrías dicho cientos de veces. Claro que vendrá, repetiste, sólo que está un poco constipado. ¿Se quedará a dormir?, pregunté, pero no contabas con ello.

Luego. Era sábado, estábamos solos, íbamos a ver al sacerdote al día siguiente. ¿Qué nos va a preguntar?, te dije y, cogiéndome las manos, respondiste: Nos va a preguntar si vamos en serio, si es para toda la vida. ¿Para toda la vida? Sí, ya sabes, hasta que la muerte nos separe, esas cosas. Parecías tranquilo, casi adormecedor. Estábamos los tres apoltronados en el sofá, tú, yo y la perra, todo estaba bien y me tenías cogidas las manos. Amo ese dedo, dijiste, y me besaste la nueva piel. Fíjate que tienes el sedal por dentro. Fíjate. No sé cuánto tiempo nos pasamos ahí tumbados, charlando sobre días muy distintos, sobre lo que íbamos a decir y lo que íbamos a

hacer. Voy a buscar el tablero, dijiste por fin, levantándote para iniciar nuestro ritual de los sábados.

Yo tenía mis dudas, pero tú insististe. Haríamos una última apuesta. Tenemos que hacerlo, dijiste, inclinado sobre las fichas. Pronto estaremos casados, pronto tendremos niños, es ahora o nunca. Así lo dijiste, ésta es la última baza.

Jugamos al *backgammon*, como de costumbre, al mejor de cinco, o al peor de cinco, pero todavía no sabíamos qué nos apostábamos ni tampoco que aquella sería nuestra última partida.

Propuse que montáramos en trineo desnudos por el parque, propuse disfrazarnos con la ropa del otro y salir de marcha, propuse quedarnos en casa y jugar a un juego de roles y propuse que pasáramos de la apuesta. Pero nada te satisfacía. Dijiste que teníamos que hacer algo, que teníamos que hacer algo que más tarde no pudiéramos hacer, algo que nunca antes hubiéramos hecho, algo que jamás volveríamos a hacer. Tenemos que someternos a una prueba, dijiste, de lo contrario no tiene gracia. Y yo lo entendí, claro, que éramos nosotros, nosotros los que íbamos a pasar aquella prueba y que era importante para ti, que tenía una importancia casi vital que la superaríamos.

Gané tres a dos, pero eso carecía de importancia. Hoy da un poco igual quién gane y quién pierda, dijiste mientras nos arreglábamos en el baño, bebíamos un poco de vino y escuchábamos algunos temas. Hoy vamos a ganar y a perder los dos. Y quizá estuviera un poco preocupada por ti, no sabía hasta dónde podías llegar, hasta dónde querías llevarlo, y notaba que estabas cogiendo carrerilla, que relucías con algo nuevo y amenazador, y, sin embargo, no me opuse, participé en el juego, por supuesto. Si tú podías lograrlo, yo también. No quería decepcionarte, no quería mermar nuestra confianza en nosotros mismos. Al fin y al cabo, deberíamos ser capaces de lograr, de soportar, cualquier cosa.

Pero esa vez no fue bonito. No fue agradable. No fue divertido.

El plan era acostarnos con otras personas, con gente fea con la que normalmente no nos habríamos ido a la cama. Lo haríamos y después volveríamos a casa y nos reiríamos del asunto, nos reiríamos juntos, hablaríamos sobre ello y nos confesaríamos todo. *Ugly-sex is hot*, dijiste, y además no tenía nada que ver con el altruismo. No debíamos hacerlo por consideración, ni siquiera con consideración, pero debía resultarnos todo lo placentero posible. La meta es correrse, coño, eso dijiste, y yo nunca había hecho nada más salvaje ni más loco.

Pero ¿después?

Esa noche habíamos salido de casa cogidos de la mano. Habíamos salido contentos, animados y convencidos. Habíamos estado en un bar, bebiendo cócteles, riéndonos y diciendo cosas como: ¿De verdad que lo vamos a hacer? ¿De verdad estamos lo bastante locos para esta misión? Como si hubiera un diploma ondeando al final de la noche, como si pudiéramos superar nuestra propia inquietud con sólo generar nuevas sombras. Hacía tiempo que no te veía tan animado, con un entusiasmo tan infantil. Dijiste: Mira, ¿qué tal ése?, señalando a un tipo reseco, de mirada hueca y cara recortada. ¿Es lo bastante malo para ti? Y lo era. Y me fui con él a su casa. Y la verdad es que creía que lo hacía por nosotros.

Pero más tarde resultó que no. Más tarde entendí que lo había hecho por mí.

Quizá ya supiera de antes que era capaz de superar mi propia reticencia, pero lo nuevo para mí fue mi capacidad de domar la otra voluntad. Descubrí que podía convertirme en la otra, en esa

criatura de la sangre, esa criatura de la carne, que lo llevaba dentro, que me corría por la médula ese modo en que los dedos se agarran inconscientemente, y encontré esa manera, ese color, esa cicatriz, eso que seguramente siempre había estado ahí, pero que nunca antes había sacado a la luz, tú lo sacaste, sacaste a la contrapersona, el cuerpo paliativo que estaba dentro de mi cuerpo, y no fue difícil, aquello no era más que una manera de sentir, la intensa, estrecha, solitaria y triunfante sensación de que ninguna cosa era más importante que otra, de que era capaz de sobrevivir a cualquier cosa, de *sobremorir* a lo que fuera, y los tendones, los músculos y los huesos pasaron la prueba, sabían exactamente qué hacer, quizá incluso se encontraran a gusto agarrándose a aquel nuevo desconocido y circulando por aquel nuevo apetito, sólo había que tumbarse y dejarse alimentar, incorporarse y dejarse parasitar, y al cabo de un rato dejé de verlo, no veía al hombre nuevo, no veía si era guapo o feo, temeroso o inclemente, y, sin embargo, en cierto sentido, su olor, su mal olor, tornaba el mundo más bello, el hecho de que pudiéramos deslizarnos hacia el interior del otro, mirarnos a los ojos, presionar una piel contra la otra y, a pesar de todas las distancias, ser sinceros, auténticos y extraños, de hecho eliminaba todas las barreras. Ya no había límites, no había barreras ni umbrales, nos limitamos a recorrer la rueda de la nutrición, tal como siempre han hecho los humanos, nos limitamos a correr, a devorar y a zambullirnos, me zambullí en el palpitante sentimiento de querer, poder y tener que hundirme más, y el fondo de aquel mar estaba muy oscuro y calmado, mientras que la luz del exterior era blanca y chillona, y aquellas palabras, ¿por qué?, y aquellas otras, ¿por qué no?, me golpeaban con la misma fuerza y la misma ligereza, y siguieron adelante de un modo continuo, como un desangrado completamente necesario. Y entonces lo supe: que lucharía hasta que no quedara nada. Como un animal. Tú debías de haberlo sabido todo el tiempo. Las personas como nosotros, éramos indestructibles.

Dijiste algo como enhorabuena. Hurgaste en busca de detalles jugosos con una sonrisa que quizá fuera bienintencionada. Me martirizaste, eso fue lo que hiciste, me martirizaste y me admiraste en aquel triunfo de la bajeza, me diste palmaditas en el hombro como las que se dan en agradecimiento al verdugo. ¿Ha estado por toda tú?, me preguntaste, aparentemente sin la menor envidia ni desprecio, y seguiste hurgando, que si era bueno con las manos, que si sabía usar la lengua, que si tenía algún truco guardado. Querías saber si aguantaba, si aquel anémico haragán valía para algo, y no sé si te alegraste o si me creíste siquiera cuando te dije que no estaba mal. ¿Te has corrido?, preguntaste, y te respondí que sí. Y nunca me había sentido tan insana e insuficiente ni tan capaz. Quizá lo que pasaba es que nunca me había sentido tan como tú. Al fin y al cabo, tú también te habías caído de la escalera. Tú también habías tomado tu dosis de aceite de hígado de bacalao. Y ahora se suponía que éramos invencibles, ¿no? Ya te lo dije, el ser humano es una raza simple, dijiste y yo asentí y añadí: Pero no me corrí del todo, sólo a medias, y sonreíste y dijiste que así era como debía ser. Ja, ja, te reíste, ya no queda sino darnos las condolencias, ¡nos hemos regodeado en la avanzadilla de la médula! Y dijiste que la tuya era un cacho de hueso, aunque no te pregunté nada, a pesar de que no necesitaba saber absolutamente nada, dijiste que era tan menuda que te había dado miedo aplastarla, dijiste que olía a setas y nata agria, que tenía vello hasta en el ombligo, que tenía el ritmo equivocado, el sonido erróneo y que nuestra última partida había sido un verdadero calvario, lo dijiste con incontrolable orgullo y, al día siguiente, con el sacerdote, cabalgaste de un modo tan lubricado que habría hecho falta un altar

invertido para salvarte de tu coraje. Ya estabas sano. Y te deshiciste en elogios ante aquel cotidiano hombre de Dios cuando te preguntó qué era lo mejor de mí, sencillamente te salió a borbotones, no te hizo falta ni mirarme: Lo mejor de mí era mi sentido del humor, lo mejor de mí era mi confianza, lo mejor de mí era mi bondad, y gorjeaste sobre todo aquello mientras yo me preguntaba cómo conseguías no parecer ni mínimamente manchado, avergonzado o siquiera afectado. ¿Cómo coño consigues hacerlo?, te pregunté. Pero en ese momento me di cuenta de que yo también lo conseguía.

Y además es preciosa, le colaste al sacerdote, habías recuperado tu encanto, como si eso de acostarte con otra mujer, con una mujer más fea, te hubiera curado de la fealdad que llevabas dentro, preciosa, repetiste sonriente, y entonces me llegó el turno a mí. Había estado esperando el por qué del sacerdote, la oportunidad de decir algo como que sentía que era lo correcto, que lo sabía por dentro o que sencillamente estábamos hechos el uno para el otro, y aunque lo dije, aunque en cierto sentido supuso un alivio hablar y un alivio dar, en aquella iglesia había también un testarudo apóstol que, durante toda la cita, nos estuvo escuchando como una sombra, esperando sólo la oportunidad de decir la verdad. Él lo es todo para mí, dije, y cuando posaste tu mano sobre mi nuca, brotaron mis lágrimas.

La suciedad se me quedó pegada. Durante toda la semana siguiente fui arrastrándola conmigo, extendiéndola por ahí. Era como una vaselina, una capa adicional de grasa que le había salido a mi cuerpo y que tardó una eternidad en ser absorbida, y mientras tanto se le iban quedando cosas pegadas, así fue, iba por ahí brillando, reluciendo y apestando a aquella noche turbia que se me había adherido al cuerpo. Aunque contigo no era igual, estando contigo aún sentía que había sido correcto, que estábamos unidos, como siempre lo habíamos estado y como lo seguiríamos estando; era en presencia de los demás cuando sentía que debía avergonzarme, que debía esconderme y que, si los miraba a los ojos y les mantenía la mirada durante el tiempo suficiente, acabarían encontrándome alguna otra cosa, alguna cosa distinta a mí, y que entonces me darían la espalda.

Lo notaba sobre todo en la guardería, con los pequeños. Seguía llevándolos en brazos y me colocaba sobre el regazo sus pequeños cuerpos infantiles que tan bien conocía, y, sin embargo, ya no era lo mismo. Ahora los niños me pesaban, los encontraba grávidos, tristes e inquietantes, como si ya no compartiéramos el mismo suelo, ni el mismo tiempo. Los niños tenían su suavidad, al menos algunos de ellos, esa limpieza buena y resplandeciente que por lo demás sólo encuentras en los cachorros, los terneros y los potrillos, como si llevaran a cuestas esa parte del mar en la que se pone el cielo, esa parte hasta la que nunca te atreves a llegar nadando, y de pronto se lo notaba, notaba que tenían esa superficie tan distinta a la mía, algo reluciente, profundo y apacible.

Pero los niños nunca ven el mundo como lo ven los adultos. Los niños se estiran. Los niños siguen los latidos del corazón. Y cuando se me echaban encima con sus caritas y su agradable verborrea, pensaba: parad, o al menos lo sentía, y por primera vez me salía un no, un ¡cuidado, no os acerquéis más!

El pequeño pelirrojo era el único que se mantenía callado, el único que no reclamaba atención. De todos los niños de la sección, él era ahora el más dócil, y yo había empezado a observarlo de nuevo, intentando mantener una mirada neutral.

Y entonces, uno de los últimos días de esas últimas semanas antes de la boda, me lo llevé al aseo para cambiarle el pañal. El pequeñín fue por su propio pie, sólo necesitaba que yo lo subiera al cambiador, no daba problemas y ya nunca montaba jaleo. Y hasta que comencé a vestirlo de nuevo, no me percaté, no me fijé en su mirada. De hecho me di cuenta de pronto, de pasada y probablemente casi por casualidad, pero de repente estaba ahí y ya no pude mirar hacia otro lado. El niño parecía casi muerto. No moribundo, no enfermo, no afligido, sino muerto, totalmente aislado y monótono. Si pudiera decirse que le quedaba algo en la mirada, en cualquier caso no

quedaba distinción alguna entre la calma y la inquietud, entre lo que podría haber sido una alegría y lo que podría haber sido un miedo. Era sencillamente como si no estuviera allí, como si su cuerpo ya no pudiera o ya no quisiera sentir más, había recibido su dosis de Valium, una enorme botella de zumo de indiferencia.

Hola, le dije, ¿estás ahí, precioso? Y le acaricié la mejilla y le puse una mano sobre la tripa, pero el chiquitín no me miró, sólo levantó fugazmente la vista, sin ninguna reacción. Lo incorporé para sentarlo frente a mí, le toqué los brazos, se los acaricié, cogí sus regordetas manitas de niño, se las apreté con tanta suavidad como pude y le sonreí, esperando un apretón de vuelta. Pero no ocurrió nada. El niño se limitó a seguir parado, con la boca entreabierta, los brazos colgando y la mirada perdida, como si mirara al aire, al aire que había entre nosotros, como si estuviera absorbiendo una pared blanca de puro sueño y aburrimiento. Y ésa era la impresión que podía dar, como si quisiera dormir o quizá ya estuviera dormido. Pero ya no era hermoso. No quedaba nada de su dulzura externa, sus rasgos ya no eran más que líneas blancas y ordinarias de la cara, apenas esbozadas, como en un dibujo. ¿Cuánto tiempo llevaría así? Era imposible saberlo, imposible reconocerlo. En ese sentido el silencio es difícil, siempre viene con su porción doble, una vez que aparece, se te olvida notar, se te olvida que también el silencio procede de un ser vivo.

Volví a quitarle la ropa, el *body* y los leotardos, incluso el pañal recién puesto. Tenía que comprobarlo, de pronto todo me resultaba precario, tenía que inspeccionarle el cuerpo, verificar que estaba limpio, sin marcas ni cicatrices, y lo miré, a conciencia, incluso en las plantas de los pies, en las axilas y en el cuero cabelludo bajo sus preciosos rizos, pero no encontré nada. El niño estaba normal, no tenía ni un rasguño. Ni una sola mancha tenía, y ni una sola reacción. Quizá me resultara casi decepcionante.

Tuvimos ese ratito en el aseo el niño y yo. O posiblemente sólo lo tuve yo, fui yo la que tuve ese ratito, esa pausa que me permitió creer que había descubierto algo, alguna otra cosa por detrás del rostro aplanado, la entrada cerrada, mi propia mirada.

Lo cogí y lo levanté, lo presioné contra mi cuerpo, lo abracé y le acaricié la espalda. Al principio me pareció notar una resistencia, pero al cabo de un rato aquel signo de interrogación se disipó. El niño colgaba lacio en mis brazos y, cuando me acerqué al espejo para que pudiéramos vernos el uno al otro, me devolvió la mirada como lo hacen las fotos, fuera del tiempo, hacia dentro y con la cabeza inclinada hacia la cicatriz de mi cuello. Como si quizá hubiera algo bueno entre nosotros.

Y fue sólo esa vez. Y en ese momento ya lo supe, nos rodeaba como una manta apesadumbrada la conciencia de que, la siguiente vez que lo viera, aquella mirada ya me resultaría familiar y la calidez se habría enfriado. Y podría haberle cantado una canción. Debería haberle cantado una canción. Pero me quedé callada, me limité a acariciarlo, a abrazarlo y a sostenerlo en brazos. Fue de cierta ayuda, al menos para mí.

Estabas de buen humor, de un humor casi desbordante, como si de pronto hubieras caído en la cuenta de que realmente iba a pasar, de que nos íbamos a casar de verdad. Como seguías de baja, te sobraba tiempo, tiempo para mantenerte sano, controlado y en orden, hasta nuevo aviso. No sé qué requería eso de ti.

Por fin tu amigo vino a casa. Cuando faltaban nueve días para la boda, me lo encontré allí al volver del trabajo, todo parecía muy normal, erais dos chicos cualesquiera un jueves por la tarde, dos viejos amigos tomando una cerveza. Éste es Anders, dijiste, y Anders era un tipo agradable. Y aunque fuera la primera vez que lo veía, a tu padrino, a pesar de que evidentemente me extrañaba no haberlo visto antes, sobre todo sentí alegría. La normalidad tiene sus lados reconfortantes y me gustaba aquella imagen de ti, con un amigo en el sofá de nuestra casa. Hacía mucho tiempo que no tenías un aspecto tan normal.

Esa tarde sentí que todo iba a salir bien. Esa tarde casi me avergoncé de haberlo puesto en duda en algún momento, de haberme permitido la preocupación. Porque todo iba a salir bien. Iba a tener esa vida normal, un amor grandioso que realmente era mío, o nuestro, haríamos nuestra navegación para vivir plenamente, y después volveríamos a casa, retornaríamos a algo que nos pertenecería. Aquel sueño podía salir bien, tendríamos una vida corriente, fantástica y extraordinaria, me lo creí hasta el final. Y en ese sentido, el personaje de Anders resultaba útil y tranquilizador: alabó la comida, bebió a un ritmo agradable y se mostró gracioso y serio en su justa medida.

Pero no era un viejo amigo. Era de la NSB.

Sí, dijo Anders, estamos en el mismo programa de formación, incluso compartimos despacho, dijo, y era tan agradable y tan trivial que no me quedó más remedio que tratarlo de la misma manera. Qué bien, dije, ¿y te gusta el trabajo? Cosas de ésas. Todo parecía saludable y, cuando se iba a marchar, ya éramos los tres amigos y dijo que estaría encantado de conocer a mi madrina, y lo hizo guiñando un ojo. Nos vemos el sábado, dijo, como si se tratara de una cerveza en el *pub*, en realidad era una chifladura en todo su cotidiano esplendor.

Pensaba que Anders era un amigo de la infancia, te dije cuando se hubo marchado. Estabas silbando alegremente mientras recogías las botellas de cerveza. En realidad no debería haberte agobiado.

Te enderezaste, como para dar un discurso. ¿Y por qué lo pensabas?, preguntaste, yo nunca te he dicho eso. Y era verdad, nunca te había oído decirlo. Sencillamente lo di por supuesto, dije, pero me arrepentía de haber iniciado aquella conversación, no había tenido ningún motivo para

darlo por supuesto, ¿qué derecho tenía yo a creer nada sobre tu infancia abandonada? De pronto estabas indefenso. No mantengo el contacto con ningún amigo de la infancia, dijiste, la verdad es que no conservo ningún amigo de aquella época, y había cierta dureza en tu honestidad, algo resuelto y cristalino, y a continuación me devolviste la pregunta: ¿Y tú?

Salimos a pasear a la perra para poder acostarnos y, al volver, nos metimos en la cama con una botella de vino. Ya lo habíamos hecho un par de veces últimamente, nos íbamos a la cama con una botella de vino tinto y nos quedábamos charlando hasta conciliar el sueño. Teníamos muchos temas que repasar, muchas cosas por las que ilusionarnos, hablábamos como dos niños que pasan la noche juntos por primera vez.

A mis amigas les parece cutre que no celebremos una fiesta más grande, dije, porque, en cierto sentido, me agobiaba un poco que pensarán eso, y necesitaba que me llevaras la contraria. ¿Te importa lo que opinen tus amigas? ¿Te casas sólo por la fiesta? ¿De verdad quieres a un montón de pseudoamigos periféricos en tu boda? Ese tipo de cosas. Y seguimos charlando, sobre la canción que bailaríamos, sobre el lugar en el que sentaríamos a cada invitado y sobre Jensen, Hansen y Olsen, o sobre Jens, Hans y Ole, tu pandilla de la mili, dijiste que te hacía mucha ilusión volver a verlos, que hacía demasiado tiempo que no los veías y que seguro que nos preparaban alguna trastada, que contabas con ello y que yo también debía estar preparada. Esos chicos están como una cabra, dijiste, y a mí me hacía mucha ilusión conocerlos. Pero ¿por qué no habías escogido a alguno de ellos de padrino? Porque no podías hacer diferencias entre ellos, era sencillamente imposible.

Habíamos acordado invitar a tres amigos cada uno, además de los testigos. Eso era todo. Al principio lo encontré complicado: Tendré que dejar fuera a mucha gente, te dije, qué pasa con éste, con ése y con aquél, ese tipo de cosas. Pero tú me preguntaste cuántos amigos tenía en el fondo. A la hora de la verdad, dijiste, ¿a cuántos amigos puedes llamar realmente amigos, si te lo piensas bien y eres completamente honesta? Y al final había dejado de parecerme difícil y ya no pensaba en ello. Tumbada en la cama con el vino y los sueños, con toda la vida por delante, sabía que el único amigo que realmente tenía, el único amigo que realmente me importaba tener, eras tú.

Pero luego llegó el viernes y nuestra historia estaba a punto de comenzar.

Mi madre llamó preguntando por aquel cuadro, *inngang og utgang*, estaba pensando regalárnoslo para la boda, creo que fue ese mismo día, y le respondí que sí, que te haría ilusión, pero que lo que realmente queríamos era dinero para el velero. Al mismo tiempo, te oí hablar con tu madre y decirle: Que sí, madre, que estamos bien, gracias, nos vemos, sí, lo que queremos es dinero, que tengas un buen fin de semana.

Encendimos la tele. Estaban emitiendo *Norge Rundt*. Fíjate, éramos una pareja de veinteañeros que los viernes veía un programa familiar, y no nos faltaban ni la manta ni las chocolatinas, tampoco la autoironía, afortunadamente, éramos capaces de reírnos de todo, incluso de nosotros mismos y del aire de jubilados que nos conferían nuestras apuestas y nuestro programa de televisión. Daba la impresión de que nuestra historia acabaría siendo un relato bastante corriente. Habíamos tenido un comienzo fulminante seguido de la curva descendente natural y ahora nos estábamos estabilizando en un idilio aburrido, pero con sentido. Estábamos pasando a ser creíbles, ésas eran las perspectivas.

Pero ésta no es una de esas historias. Ésta es tu historia, tu relato, mi versión. ¿Y cómo de inverosímiles pueden llegar a ser los límites antes de desdibujarse?

Una cosa he aprendido, nunca llegan a ser lo bastante inverosímiles. En la realidad no hay fronteras reales. En la realidad nos vemos forzados a tomar sendas muy distintas, a adoptar formas muy diferentes de realismo. Como, por ejemplo, en la comedia y la tragedia, ¿no es acaso lo mejor y lo peor cuando aquello que no puede resolverse, de todos modos, se resuelve en algo absolutamente general y absolutamente impensable?

Eso fue lo que sucedió ese viernes. Estábamos en casa viendo la tele, teníamos la manta, las chocolatinas y a la perra sobre las piernas, yo llevaba tu collar al cuello y tu anillo en la sangre, lo teníamos todo, nos íbamos a casar y, de pronto, apareciste en la tele.

No fue uno de los reportajes principales, de hecho duró apenas unos minutos, pero salías tú y, mientras duró, cambiaste tres veces de color. Primero pasaste de tu color habitual a algo rojizo. Luego a algo blanco. Y por fin de nuevo a algo rojo. Un rojo moteado de negro y de una sinceridad humillante, me era imposible reconocerte, pero no me quedaba otra opción.

Ahora veremos unas imágenes de archivo, había anunciado la presentadora. Veremos unas imágenes de archivo, y de pronto apareciste en la pantalla. Tú, Sebastian, tú y otro niño. Me di

cuenta de que tenías que ser tú, no porque me lo dijeras, de hecho estabas tan silencioso como un bosque recién talado, sino por los animales, porque el tema eran los dos animales, el alce y el venado, y su inusual amistad, en realidad no había lugar a dudas. Estaban emitiendo el antiguo reportaje del que me habías hablado y mi primera sensación fue sólo cálida, exclusivamente alegre y agradable, no pensé en la última vez que los había visto, ni en lo destrozados que estaban, ni en cómo habían acabado, ni en que seguramente ya no existían, que al menos era la esperanza que me quedaba. Y tampoco pensé en el otro niño, asumí que sería un vecino o un compañero, y aunque os llevarais algunos años, se notaba que erais amigos, que erais cercanos, y aun así no despertó mi interés hasta que el reportero pronunció una palabra, hermanos, en medio de una frase, hermanos, y entonces te miré de reojo y te vi cambiar de color por segunda vez, pasar del rojo al blanco, volví a mirar la pantalla y os vi a ti y al otro niño, vi lo orgullosos que estabais y lo pequeños que erais, cómo enseñabais el lugar donde los alimentabais, donde les dejabais las zanahorias: Sí, son amigos nuestros, dijo alguno de vosotros y, de pronto, ya no sabía cuál de los dos me resultaba más familiar, lo cierto es que os parecíais bastante, en realidad os parecíais mucho, salvo por la diferencia de altura y de rostro atribuible a la edad, y de pronto ya nada era agradable ni cotidiano, y cuando te miré, quedó claro que nunca habías tenido el aspecto que tenías ahora, nunca jamás.

Después de las imágenes de archivo, reapareció la presentadora, era fogosa y echada para delante aquella señora, como todas las mujeres de la televisión pública noruega, fuera de lugar en los hogares medios del país. Y tú continuabas blanco, continuabas aterrado, cuando el programa pasó al presente y emitieron otro reportaje, otra humillación. Porque lo cierto es que la mostraron y que era increíblemente lastimosa, emitieron la fracasada grabación del último verano en la que aparecías llamando en vano a tus viejos amigos, realmente mostraron por la tele tu degenerada historia. Sí, han regresado, decías gesticulando en medio del prado. Sí, seguro que son ellos, son los mismos animales, los reconozco, decías, y luego hablabais de lo inverosímil que era aquello, de lo especial que era en un sentido doble, primero por la amistad y luego por la duración, y al final conversabais sobre la naturaleza y sobre las curiosidades que albergaba, y durante toda la entrevista tu pequeña ciudad salía reluciendo al fondo, trayendo difusamente a la mente algo indigno que no pintaba nada en la televisión, ni siquiera contigo en primer plano. Y tampoco es que tú estuvieras muy espectacular, la humillación pendía sobre toda tu persona, tanto en la pantalla como a mi lado, estabas replegándote, Sebastian, daba la impresión de que ibas a desaparecer por completo, diluirte en aquel reportaje de pésima calidad de nuestro querido programa popular. Tenías la mirada en todas partes, pero en ningún sitio, y la piel roja como un tomate, y cuando el programa pasó a otro tema, a otras gentes y otros animales, yo apagué la tele y tú empezaste a entender.

¿Tienes un hermano?

Podría haber sido una pregunta muy sencilla, una de esas preguntas que se hacen en una mala cita, completamente natural, absolutamente insignificante. Pero ahora no lo era. Estabas sentado bajo tus rascacielos y de repente comprendí por qué los querías tanto, por qué te entusiasmaban aquellos absurdos colosos grises y lo bien que te iban. Podría haberte hecho otras preguntas. ¿Eres tierra? ¿Eres fuego? ¿Eres un *alien*? Podría haberte preguntado: ¿Quién eres? Así de sencillo, pero no lo hice, no en aquel momento. Lo que te pregunté fue si tenías un hermano y al

momento caí en la cuenta de que quizá ignorabas la respuesta.

No albergaba sospechas. No desconfiaba. Tenía veintiún años y aún no distinguía los diferentes tipos de relatos. Era una chica honesta. Y era buena. Pero ya hacía casi dos años que te conocía, una primavera y dos inviernos, y por increíble que parezca, de pronto me di cuenta de que durante todo ese tiempo, mientras compartíamos esa primera vida libre y osada, y por muy loco que hubieras estado tú, siempre habías estado más cuerdo que yo.

Me miraste con ojos asustados y dispersos, una mirada desquiciada y huidiza, y debí de entender que necesitabas ayuda, que estabas ido, pero no podía predecir hasta qué punto y tampoco podía mirar atrás. De pronto éramos dos personas ridículas. La desesperación clamaba a través de nuestra piel, empezábamos a oler mal. No sólo llevábamos adherido aquel último fin de semana, aquella última apuesta que había sido como una emigración al mundo exterior del mundo de la que sin embargo yo creía que habíamos regresado, que la habíamos superado y éramos capaces de manejar incluso los juegos más vacuos, sino que de repente, con aquel hermano, quedaba claro que nunca habíamos pisado suelo firme, que quizá ni siquiera habíamos pisado nunca el suelo. Empezaba a fallarnos la tierra bajo los pies, el cielo sobre nuestras cabezas, y Howard Roark había dejado de reírse.

Esa noche saliste, claro. Al fin y al cabo tenías que escapar, necesitabas pensar o sentir o recordar u olvidar. Y fui yo la que se quedó en casa, paralizada, apática y muerta de miedo.

Al volver, dijiste: Sí, tengo un hermano, de frente y con sencillez, tengo un hermano, o tenía un hermano, o todos tenemos un hermano, ¿no? Pero estabas tan borracho como lo estaba yo, quedaba una semana para la boda y aún teníamos infinidad de cosas de las que hablar. Aunque esa noche no me miraste antes de quedarte dormido y yo no me acurruqué a tu lado. A la mañana siguiente tenías las manos blancas, dijiste que ibas a salir al campo con Lady y me preguntaste si quería acompañaros, como si ya no recordaras nada, quizá ni siquiera a mí. Un paseo por el bosque estaría bien, ¿no? ¡Hace un tiempo estupendo! ¿Nos llevamos un chocolate caliente? ¿Preparo algo de comer? Y de pronto tu voz totalmente neutral era el peor sonido que jamás tendría que oír, que jamás tendría que soportar, la necesidad de una interpretación limpia, de que las notas sonaran afinadas. En el bosque podremos charlar, dijiste, como si se tratara de algo trivial. Podremos cantar en la ducha, acampar en la montaña o hacer el amor cuando volvamos a casa. Pero yo ya había tenido suficiente. No podía irme de excursión como si nada, no podía irme contigo a cualquier sitio.

Así que me quedé en casa. La angustia y yo nos quedamos en casa y me puse manos a la obra. No sabía qué estaba buscando, pero no paré hasta que lo encontré. Primero llamé a tu madre, que no me cogió el teléfono y luego llamé a la mía, hasta ese punto estaba desesperada, y ella me dijo que tenía que cancelar, así de simple y duro: ¿Me oyes? ¡Tienes que cancelar! No solía contarle cosas a mi madre, nunca, y en ese momento recordé por qué. Y me quedé ahí sentada. Y luego me tumbé. Y por fin me levanté.

Empecé por el armario. Lo saqué todo. Vacíé los estantes, los cajones y las perchas, registré todos tus bolsillos. Miré debajo de la cama, debajo del colchón y debajo del cubrecolchón, y cuando quedó claro que el dormitorio no era más que un dormitorio, continué por otro lado. En el cuarto de baño revisé todos tus artículos de aseo, comprobé que realmente había paracetamol en la caja de paracetamoles y que tu bote de gel fijador efectivamente contenía gel, lo tiré todo por el suelo y no se me pasó ni un carrete de hilo dental, ni una caja de cerillas. Y no pensé en lo enferma que estaba, en lo enfermo que era lo que hacía, sencillamente continué y miré incluso en el interior del ventilador del baño, incluso debajo de la tapa del desagüe de la ducha, hasta mi propio neceser lo esparcí por el suelo, sólo por estar segura, absolutamente segura. Revisé los abrigos que colgaban en la entrada y vacíé la cómoda entera, pero lo único que encontré fue un par de cajetillas de cigarrillos patéticamente escondidas, unas cajetillas que me hicieron pensar lo siguiente: si la vergüenza más insignificante y la más grande podían estar reunidas en un solo hombre, ¿qué vergüenza habría crecido lo suficiente como para borrar las demás distinciones? Eso era lo que me estaba preguntando cuando empecé a notar una incipiente aversión, la sentí bajo la lengua y dentro del pecho, aquella pregunta era como una náusea que me oprimía mientras corría por el salón abriendo cajones, moviendo muebles, gateando bajo las mesas y buscando por el techo. ¡Tenía que haber una prueba!

Y al final la encontré. Parte de la prueba, al menos, parte de tu locura. La locura del cobarde tal como se ve en la tele, en las comedias dramáticas cuando la mujer que encuentra los secretos del marido escondidos detrás de un radiador, en un armario o en el sótano. El tuyo estaba en la cocina. En el último estante del armario menos usado, escondido detrás de jarras, jarrones y cuencos que nunca sacábamos, ahí estaban, tres gruesos montones de papeles. Había registrado todo el apartamento, estaba subida a una silla en nuestra cocina y lo cierto es que sentí una especie de alegría en el momento en que saqué tu correo secreto, una especie de: ya lo tengo, ya te tengo, ya estamos aquí, ya no puede ir a peor. Pero justo en ese momento llamaron a la puerta. Y fue a peor. En el felpudo encontré un enorme consolador sobre un velo de novia y oí risillas por las escaleras, algo cotidiano que venía a buscarme. Pero no podía enfrentarme a aquello, por lo menos en ese momento, ni siquiera tuve tiempo de sentir, era incapaz de mirarlas a la cara, me limité a cerrar la puerta y les mandé un mensaje: Lo siento, muchas gracias, pero ahora me viene fatal, por favor, entendedme. Ya está. Y no cogí el teléfono cuando me llamaron, aunque las oía al otro lado de la puerta y sabía que ellas me estaban oyendo a mí. Me llevé tus papeles al salón, despejé la mesa como en las películas, con un solo movimiento del brazo, de una pasada, al suelo con todo, y me puse manos a la obra.

Abrí una carta detrás de otra, una larga serie de repetitivas amenazas y subidas de intereses, estaban representados todos los acreedores del país, a veces te representaban a ti, dependía. Y

cada carta era como una rendija que se abría a nuestra historia, un viaje por nuestro universo sin pagar, por tu parte de ese universo. Habíamos estado en Ikea, habíamos estado en París, habíamos ido a restaurantes, a conciertos y al teatro, habías pagado rondas en el *pub*, habías comprado regalos de Navidad y de cumpleaños, regalos para ti mismo, el equipo de golf, los rascacielos e incluso una perra, y todos aquellos regalos sin pagar, todo aquel lujo, había estado siempre en el armario de nuestra cocina, como un reluciente secreto no resuelto. Era una parodia. Una montaña blanca y abismal de carga ingrávida. ¿De verdad eras este hombre tan lastimoso? Intenté hacer la suma, pero la cifra me resultó inabarcable. No llegaba al final, perdía la cuenta y tenía que volver a empezar, repasarlo dos veces, tres, no sólo lo que había, sino también lo que no había, porque quizá eso fuera lo peor, que entre tanta sorpresa pomposa no había un solo documento que me hiciera asentir con la cabeza, como, por ejemplo, los de un préstamo de estudios, que era la única deuda que tú habías afirmado tener, no encontré ni un solo pago, ni una sola carta de las autoridades educativas, y de pronto comprendí que contigo no podía asumirse nada, absolutamente nada. Entendí que ser minuciosa no era lo bastante minucioso. Tenía que ponerme a jugar a los detectives, lo relevante no era la suma, sino las fechas, el momento, el lugar y el acto, eso era lo crucial. Tenía que encontrarte, encontrar al otro hombre detrás del hombre, tu otra deuda, la que nunca podría pagarse, la que no sólo te destruía a ti, sino también a nosotros, también a mí.

¿Quién eras?

Había pruebas de consumo de prácticamente todos tus días. De pronto lo tenía todo ante las narices: lo que habías hecho mientras decías que estabas en la biblioteca, mientras se suponía que hacías los exámenes o saltabas desde altos desfiladeros y torres torcidas. Tus verdaderos días constituían una larga y triste serie de microscópicos intentos de desaparición. Era increíble. Habías frecuentado los museos, hecho numerosas compras, comido mucho fuera y pagado incontables botellas de vino. Me imaginé que probablemente también habrías pasado mucho tiempo en el banco del parque, supuse que lo necesitarías, tomarte un respiro entre tanta extravagancia. Porque no ibas a cualquier sitio, qué va, eras demasiado coherente para eso. Del día de tu examen final, encontré una factura del restaurante Bølgen y Moi, una factura de carácter muy elevado que se retrotraía a las doce y cuarto del mediodía e incluía tanto champán como ostras y tarta de queso. ¡Menudo eras tú! Habías hecho de todo. Incluso te habías permitido hacer reparaciones en la casa, te habías tomado el tiempo, o el dinero, o la deuda, y desde luego no te habías dormido en los laureles. Al poco de que nos mudáramos, habías encargado una tarima flotante de varios miles de coronas, lo cual resultaba bastante exagerado, teniendo en cuenta que el suelo ni siquiera era nuestro, puesto que alquilábamos el apartamento, y que en cualquier caso el suelo original estaba en perfecto estado, no había reparos que ponerle. Y me fijé aun en otra cosa, tesoro, en otro de tus muchos detalles, me fijé en que tu segundo nombre había desaparecido. Ninguna de las cartas de todos aquellos recaudadores oficiales iba dirigida a otro que a Daniel. ¿No era un poco raro? No sabía qué pensar. Pero en cualquier caso la suma, la suma de todo lo raro, era demasiado grande para poderla ignorar. Eso sí lo sabía.

No quería que volvieras a casa. Por primera vez en la vida, me pasó, quería postergar la visión de tu cara, apartarla. Necesitaba tiempo, necesitaba respirar, pasar un rato apática hasta recuperar el aliento. Y por primera vez desde que me pusiste el anillo en el dedo, me di cuenta de

lo feo que estaba, vi que realmente tenía el dedo deformado y que llevaba tu anillo en mi interior. Y no podía quitármelo, no podía coger y sacarlo, y no servía de nada vomitar.

Cuando seguí buscando, lo hice sin meta ni sentido. Ya lo había registrado todo, varias veces, y no se me había pasado nada. Pero tenía la sensación de que debía de haber algo más, algo distinto a las facturas pendientes y las reclamaciones de intereses. Estaba buscando el otro abismo y quería que existiera, necesitaba que existiera, que hubiera algo más importante, más correcto, detrás de aquel idiota que de pronto eras tú. Estaba loca por encontrar el camino, por reunir los hilos. ¿Quién acepta la locura sin una locura subyacente? Yo, al menos, no y quizá ésa era la explicación, tal vez buscara para exculparte, como quien intenta encontrar pasajes de la Biblia en las novelas de kiosco o perlas al final de los cálculos.

Y lo encontré.

Tuve que recorrer un largo camino. Lo había registrado todo, le había dado la vuelta a todos los cuadros, a todos los espejos. Incluso había escarbado la tierra de las macetas y desgarrado los cojines del sofá. Ya lo tenía casi todo arrasado cuando revisé por enésima vez tus papeles y finalmente reaccioné, volvió a llamarme la atención que hubieras cambiado el suelo. Habías llamado a un carpintero y había pasado algo con nuestro suelo, así que me lancé de nuevo al ataque, aumenté la iluminación e inspeccioné cuarto por cuarto, metro cuadrado por metro cuadrado.

Y estaba en el salón, debajo de nuestro enorme sofá desvencijado, una pequeña franja más clara en la tarima flotante. Una vez descubierta, no dejaba lugar a dudas, no sólo había cierta diferencia de color, sino que la altura tampoco era exactamente la misma. Al tocarla, se notaba que la franja clara estaba alrededor de medio milímetro más alta que el resto del suelo, y la toqué, la toqué una y otra vez, y la estudié hasta que tuve la certeza de que tenía que estar allí. Y entonces, de ese modo en que uno se imagina que actuará en una situación de crisis, con precisión, sin titubeos y por instinto, bajé corriendo al trastero de las bicis, donde los vecinos guardaban sus herramientas y sus equipos deportivos, y cogí una barra de hierro, un cincel, un martillo y un punzón, y arremetí contra nuestro maldito suelo, dejé que los brazos se encargaran de todo.

Pero ¿qué estaba buscando? Era imposible imaginárselo, imposible saber quién eras y qué te traías entre manos. Ya no sabía nada, el papel estaba en blanco, todo abierto, y hasta cierto punto me resultaba liberador, en medio de aquel pánico salvaje, el hecho de que ya no me estaba jugando nada, lo único que quería era llegar al punto cero, encontrara lo que encontrara allí. Y mis brazos nunca estuvieron más furiosos, ni trabajaron más que en ese momento, mientras golpeaban y martillaban para levantar el suelo. Probablemente aquello era lo que habían estado esperando, la posibilidad de excavar, aporrear y saquear. Por detrás de todo lo que me había tragado, de lo que había escogido crearme, los brazos habían esperado con forzada calma y, cuando por fin pudieron tomarse revancha, perdieron los estribos. Fue pan comido levantar tu deuda pendiente con el carpintero. Con las herramientas adecuadas, todo resulta fácil. Ni siquiera tuve tiempo de temblar.

El hueco estaba sorprendentemente ordenado y limpio, y no tenías gran cosa dentro. Una caja, eso era todo. Una vieja caja de zapatos cerrada con celo.

Una silenciosa nube blanca cruzó nuestro apartamento en el momento en que levanté esa caja. Durante un segundo, lo vi todo desde arriba, el modo en que el aire fino envolvía al aire denso,

cómo la ciudad en el exterior arañaba las ventanas. Aire blanco, eso fue lo que vi. Aire blanco, congestión sanguínea y gatos detrás de la piel. Ese latido interior completamente fuera de circulación. Y no tuve mucha grandeza, pensé en mí misma, primero en ti, pero luego en mí, la prolongación del latido adicional.

Pesaba un poco tu caja. Entendí que debía tener cuidado. Lo que hacía no estaba bien. Sabía que no debía, que no podía, que violaba nuestro pacto y todo lo que teníamos por sagrado, pero eran los brazos los que mandaban y lo único que ellos querían era desgarrar, romper y abrir a pedazos. Necesitaba ver. No tenía otra opción. No pensé, sencillamente fui por las tijeras de la cocina, y no escuché, simplemente tenía que entrar.

Y no fue fácil abrirla. La habías cerrado con la intención de que jamás pudiera abrirse, como un auténtico neurótico, con cinta americana y cinta de pintor, incontables vueltas de paciencia hipernerviosa, por debajo del celo incluso habías pegado un fieltro, todo muy firme y derecho, abrirse paso era una batalla, cada centímetro se llevaba una eternidad. Y entonces volviste a casa, claro. Oí tus pasos, que ya conocía. A través de paredes, muros y madera, después de ese tiempo de vida en común, reconocía tus pasos, casi como si fueran míos. Y luego, sólo hizo falta una pausa, un brevísimo retazo de silencio, y luego, oí tus largas piernas subir por las escaleras, sabía exactamente en qué escalón te encontrabas, a través de la habitación, a través de la puerta, casi podía sentir la velocidad justa a la que te acercabas, la poca distancia que te quedaba, y por primera vez tuve miedo, un miedo atroz, de que llegaras a casa, en ese momento, conmigo, a aquella realidad sin hogar, a todo lo que ya no seguía allí.

Estaba sentada en el suelo, rodeada de guata del sofá, y de pronto eché un vistazo a mi alrededor, asimilé la imagen de nuestro apartamento bombardeado y fui consciente de que lo había dejado irreconocible. Y por los pelos alcancé a esconderme la caja detrás de la espalda y a tirar la tijera a un lado antes de que abrieras la puerta.

Tres segundos.

Te miré durante tres segundos antes de que se me olvidara seguir mirando. Como la primera vez. Te vi las facciones, las líneas y las curvas, el alcance de la más hermosa de todas tus caras. Vi lo solo que estabas y lo correcto que eso podía parecer, vi las palmas de tus manos que se volvían hacia arriba, hacia fuera, vi que se te descolgaba la mandíbula y la boca se te quedaba honestamente abierta formando una palabra que nunca salió. Y vi esa palabra, creo que la vi. Como un abedul que se esconde detrás del sol en la sombra de un día azul, algo así. Vi esa palabra y casi la tenía. Pero no sabía de quién de los dos debía salir y tampoco sabía que esa palabra, incluso esa palabra, que era la más verdadera y la más correcta, no sólo era errónea, sino que además se quedaba muy corta.

¿Qué es lo que tienes en el suelo?, te pregunté. ¿Qué coño tienes en el suelo, Sebastian? No grité, mantuve un tono bastante sereno y contenido, pero no oculté mi enfado. ¿Y qué es todo esto?, insistí, acercándome a la mesa, agarré algunas de tus facturas y, con desdén, te las puse delante de la cara: ¿Cuándo tenías pensado enseñármelas?

Pero tú te limitaste a sentarte, te desplomaste en el suelo de la entrada, sobre tus cajetillas de cigarrillos, te desplomaste en lo carente de lenguaje. Te quedaste ahí sentado, mi niño, con la boca ante un abismo, los ojos como platos y las palmas de las manos vueltas hacia arriba. Y no respondiste, no dijiste nada, sencillamente miraste la mesa con todos los papeles revueltos, recorriste con los ojos el salón devastado y clavaste la vista en las paredes en penumbra, y después en Lady, que, muy aturdida, daba brincos en el umbral entre nosotros. Al final me miraste a mí y no había el menor indicio de defensa en tu rostro. Estabas limpio. Limpio, resplandeciente, vacío y cansado. Porque te lo esperabas. Supongo que era así, que en el fondo debías de haberlo visto venir, aquel momento de revelación, de deconstrucción, debías de saber que era inevitable, quizá lo tuvieras calculado, tal vez desde el mismísimo comienzo, quién sabe, con tu anillo mutante procedente de un mar espurio.

Te pedí que te levantasas, no soportaba verte ahí sentado. Levántate, te ordené, y tú obedeciste y viniste hacia mí. ¿Qué es lo que tienes en el suelo?, repetí y por fin la pregunta penetró, por fin empezaste a derrumbarte. No lo sé, tartamudeaste y parecías aterrado.

Te encontrabas justo delante de mí, respirabas pesadamente, hasta por los ojos, y con sólo levantar el brazo, habría llegado hasta ti. Pero no lo hice. Ya sólo te veía desde fuera. Y a menudo he pensado, lo he pensado una y otra vez, que quizá fuera en ese momento, en ese momento justo, cuando dejé escapar la última posibilidad. Si en ese minuto trastornado y aislado hubiera dicho algo distinto, hecho algo diferente, quizá otros momentos habrían tenido una oportunidad, una oportunidad mejor. Creo que puede ser así y es como para odiar el modo en que, llevado por un solo impulso, puedes echarlo todo a perder.

No creo en ti, dije.

Y salí corriendo, pasé a tu lado de camino a la cocina, cogí un cuchillo y, cuando volví, seguías clavado en el mismo sitio, como quien se encuentra en medio de un tiovivo, incapaz de moverse, y hasta que no levanté la caja, hasta que no le hincé el cuchillo y le hice el primer agujero, no gritaste, ahora furioso, como un hombre absolutamente distinto desde un lugar completamente diferente: Ni se te ocurra tocar mis cosas, bramaste, y te abalanzaste sobre mí y me

arrebataste la caja, y así nos quedamos, como dos perturbados, tú con tu caja, yo con mi cuchillo, y pensé: Esto no está pasando, pero pasó.

Te obligué a abrir la caja. A pesar de tu llanto. A pesar de tus lamentos, de tus sollozos y de que dijiste que no podías abrirla. No recuerdo lo que hay dentro, decías, no puedo abrirla. Pero yo quería entrar y me abrí paso por la fuerza. Como no abras esa caja, me marchó, dije. Y lo dije en serio.

Puse el cuchillo sobre la caja. Ábrela, te ordené, y tú tenías los ojos cerrados y un quejido en el pecho, tiritabas y te sacudías como un hombre sin hogar, llorabas a lágrima viva y me suplicabas: Por favor, me implorabas, pero yo no estaba dispuesta. Y aunque me dijiste que jamás habías abierto aquella caja, que tenías miedo y que no recordabas lo que había dentro, a mí me dio igual, o me diste igual tú. Necesito saber, dije, y ni siquiera me sentí despiadada.

Tu imagen era insufrible. No te perdí de vista mientras hurgabas y cortabas con el cuchillo, no pude evitarlo, a pesar de la incomodidad, lo único que tenía en la cabeza era que no te permitiría esconder nada. Y *a posteriori* es imposible decir cuánto tiempo pasó hasta que por fin conseguiste abrirla. Pero al final estaba abierta. Al final dejaste a un lado el cuchillo. Al final dejaste también de llorar. Te habías serenado, continuabas sentado, con las manos sobre la tapa, y ya apenas temblabas. Entonces suspiraste y me miraste. Quizá por última vez.

No sé qué me había esperado, pero tal vez me había imaginado cualquier otra cosa. Papeles, por ejemplo, o fotografías, documentos de algún tipo, y, sin embargo, en la caja no había nada de eso. Lo que había era un patito de goma. Uno de esos patitos amarillos que se meten en la bañera. Y luego había un tarro de cristal forrado con fieltro. Las cosas de mi hermano, dijiste, y tenías la cara lívida, casi petrificada. ¿Qué hay en el tarro?, te pregunté, pero ahora necesitabas tiempo. Necesitábamos tiempo.

Cerraste la tapa. La volviste a abrir. Y la cerraste de nuevo. Ahora lo recuerdo, dijiste por fin. Lo voy a contar. Te lo voy a contar. Y luego te fuiste al baño y, al regresar, abriste una vez más la caja y sacaste el patito amarillo. Escucha, dijiste, mirándome con ojos relucientes y colmados de odio: Escucha, tú que tienes que saberlo todo.

Y así comienza por fin tu relato.

Eras un niño, tenías un hermano pequeño y vivías en la sombría casa de la pequeña ciudad. Dijiste que era una historia bastante corriente, que erais relativamente normales. Dijiste: Sí, éramos una familia cualquiera, aunque mi madre bebiera ya en aquella época y mi padre se mostrara bastante agresivo e insatisfecho... Todas las ciudades tienen una insatisfacción absolutamente normal y, en cualquier caso, ¿a quién le importan las traiciones olvidables, algún correazo con el cinturón, una guantada o la violencia cotidiana? Dijiste: No soy de los que se regodean en una mala infancia, ¿sabes?, en principio éramos sencillamente normales, en principio no había ninguna historia en absoluto.

Pero luego. Fuiste a buscar un vaso de agua. Cubitos de hielo, agua y una voz muy distinta. Y ésta es la historia que en otras circunstancias nunca le habrías contado a nadie, que en otras circunstancias jamás habrías logrado contarle a nadie. Pero ya se había acabado, estábamos a cero.

Estabais en casa, tu madre, tu hermano y tú, tu padre estaba conduciendo el taxi, era un día

completamente normal, claro, tu madre estaba sentada en su sillón, achispada y cansada, y era hora de irse a la cama, o casi, pronto sería de noche. Eras un niño bueno. Eras el hermano mayor. Hiciste lo que te mandaron, eso lo repetiste: Sólo hice lo que me mandaron. Sólo iba a darle un baño, dijiste.

Sonabas hueco. La luz mate de tu manto te estaba atravesando, éramos como dos extraños.

Sólo iba a darle un baño, repetiste. Y dijiste que estabas acostumbrado a ocuparte de tu hermanito, a darle de comer, lavarle la cara, peinarlo, esas cosas. También lo atendías en la bañera, para que no se escurriera en el agua, o para que no se quedara debajo del agua, y estabas acostumbrado a afrontar responsabilidades nuevas, así que cuando tu madre te pidió que llenaras la bañera y le dieras un baño, lo hiciste, probablemente con alegría, así me lo imaginé yo, eras el niño que disfrutaba de que su madre se enorgulleciera de él. Así de cotidiano fue. Ibas a llenar la bañera y a meter a tu hermano, y luego subiría tu madre para lavarle el pelo. Llámame cuando esté listo, te dijo tu madre, algo parecido, y tú tenías ocho años, casi nueve, y tu hermano estaba todavía en la guardería.

Pero era la primera vez que llenabas la bañera. Evidentemente sabías cómo abrir el grifo y cómo ajustar la temperatura, pero no sabías que el agua de vuestro baño no se calentaba del todo hasta al cabo de un rato, un rato bastante largo, de modo que aunque al principio comprobaste con la mano que el agua no estaba caliente, no sirvió de nada, mi niño. Se consumen más de cien litros de agua para llenar una bañera, así que es inútil que sólo una primera parte esté templada. Y además, dijiste, no había medidas de seguridad para niños. Sucedió en aquella época lejana, de la que en realidad no hace tanto tiempo, en la época en la que no había medidas de seguridad, ni cascos, ni rodilleras, ni cinturones de seguridad, ¿lo recuerdas? No había nada llamado medidas de seguridad para niños, quizá ni siquiera hubiera protección de menores, al menos en tu pequeña ciudad.

Y entonces. Exactamente como se recoge un polluelo del suelo del bosque, como se atrapa una marsopa con la red, como se da una patada casual a un hormiguero, como se espanta a una mariposa, o se sienta uno sobre un escarabajo, o se pisa una rana en la hierba, exactamente así, tal como suceden la mayoría de los accidentes dentro del hogar, con la mejor voluntad, sin segundas intenciones, exactamente así fue como levantaste tú también a tu hermano, fue una acción carente de peso ni importancia.

No lo viste enseguida. Sencillamente lo sentaste en la bañera, apartaste las manos que tenías bajo sus brazos y lo dejaste caer al agua. O lo cierto es que quizá sí lo vieras o, pensándolo bien, que al menos podrías haberlo visto, por el modo en que chapoteó y movió las extremidades, por cómo se encogió, podrías haber visto que algo no iba bien. Aunque tu hermanito solía chapotear, aunque era típico de él montar un poco de jaleo, sus movimientos eran ahora distintos, breves, bruscos y diferentes, no reconocías sus sonidos y te pareció que tenía un aspecto raro. En cualquier caso, al cabo de muy poco tiempo, te diste cuenta de que algo no era normal. Su expresión, por ejemplo, al principio creíste que estaba de broma, como de costumbre, como hacen y deber hacer los hermanos menores, pero estaba muy raro, no se reía y los sonidos que había emitido al principio desaparecieron en una respiración hueca que iba sonando más y más baja cuanto más lo mirabas. Simplemente se quedó con la boca abierta hacia lo que debía de ser un chillido interno y no le sonreíste, no que recordaras, pero lo miraste y él te miró a ti. Era imposible determinar cuánto tiempo pasó antes de que entendieras que habías hecho algo mal y

más imposible aún recordar, saber ahora, con posterioridad, hasta qué punto el primer miedo, aquel miserable y egocéntrico primer miedo, fue lo bastante verdadero, lo bastante amoroso, como para que pudieras seguir viviendo con el hecho de que habías sido un niño completamente normal y que tu primer pensamiento surgió en tu propia talla mínima. Algo iba mal, lo entendiste, pero aun así no lo entendiste del todo, en ese sentido el pánico es peligroso, hace que los pensamientos más pequeños se hagan mucho, mucho, mayores. Hace que un pequeño error se transforme en un error infinitamente mayor.

Porque no lo sacaste del agua.

No fui capaz, me dijiste entre sollozos, me quedé paralizado, desfallecido, y no comprendo por qué. Salió de ti un descomunal aullido, un sofocante chillido del pecho, mientras tus manos se agarraban al patito, tus dedos rojos y blancos se aferraban a aquel juguetito amarillo. Soy incapaz de entender por qué no lo saqué del agua, dijiste, de nuevo odiándote a ti mismo. Habría sido tan fácil... Habría sido tan fácil como eclipsar a la muerte.

Pero no lo sacaste del agua. Así fue. Eras pequeño. Saliste corriendo.

Y fuera, en la sombría casa de la pequeña ciudad en el mundo del menor margen, tu madre estaba recostada en su sillón, Sol relucía con su lastimosa armadura. Mamá, chillaste. ¡Mamá, tienes que venir! Y tu madre se levantó, claro que se levantó, acudió corriendo, precipitadamente, furiosa, y nadie acudió jamás tan rápido como ella, por muy triste y apesadumbrada que estuviera, nunca nadie captó la gravedad de una voz como lo hizo ella en aquel grito: ¡Mamá!

Pero no fue lo bastante rápida. No podía volar, claro. Y antes de que llegara al lugar donde debería haber estado todo el rato, tu hermanito ya estaba en otro sitio, tú también te diste cuenta: aunque siguiera en la bañera, sentado donde lo habías dejado, todavía con la cabeza sobre el agua, su cara era absoluta, absolutamente distinta. De pronto tenía otro color, otros ojos. Y estos nuevos ojos no desaparecían. Aunque tu madre lo sacó del agua y lo arrojó al suelo, aunque lo golpeó, gritó y chilló, aunque incluso le echó encima un cubo entero de agua helada, los nuevos ojos habían llegado para quedarse y los nuevos ojos no podían parpadear.

¡Llama a una ambulancia, Daniel! Tu madre te encomendó esa tarea, te gritó que llamaras a una ambulancia, y tú saliste corriendo, de nuevo, corraste al salón, hasta el teléfono, pero no te sabías el número, o no lo recordabas, otro error, uno de los errores marginales y, sin embargo, colosales que cometiste aquel día absolutamente corriente. Te quedaste junto al teléfono, lloriqueando en tu propia y repugnante conciencia de ti mismo, Dios sabe cuánto tiempo, hasta que por fin se te ocurrió un número que marcar, hasta que, de entre todas las instancias de emergencias, escogiste a tu abuela y pudiste hablar con ella, explicarle el caso y decirle que llamara para pedir ayuda, hasta que por fin pudisteis colgar, hasta que la ayuda por fin estuvo en camino. Y era mucha autoconciencia que atravesar, un larguísimo camino en el relato de lo inverosímil que cada vez te fue adentrando más en el horror.

¿Está muerto?, preguntaste. Te encontrabas en la puerta, miraste a tu hermano en el suelo, que ya no se parecía al hermano de nadie, viste lo destrozado y feo que estaba, y ni siquiera comprendías que fuera posible transformarse tanto sólo por un baño. Siempre habías sido un poco miedoso, aunque nunca habías sentido el miedo auténtico, el de la médula, pero aquel día aprendiste hasta qué punto puede uno asustarse y lo que puede llegar a verse, lo que podías llegar a entender arrastrado por aquel miedo nuevo e inmenso que te trasladó a un lugar sin colores ni sonidos. Es verdad, dijiste, no recuerdo colores, sólo a mi madre gritando desde fuera. Y no te

habías movido. Te habías quedado en el umbral, en el lugar donde empezaba y acababa la habitación, ahí habías mantenido tu bastión, como un amigo, un vigía o un testigo, y habías visto al niño tiritar y sacudirse, con un temblor supurante y despiadado, completamente distinto a cualquier cosa que hubieras visto antes o después, movimientos que quizá pudieran atestiguar vida, pero que bajo aquellos nuevos ojos vacíos no eran vivos en absoluto. Estaba en *shock*, tu hermanito, más tarde te lo explicaron, que se llamaba así aquella estación intermedia, también conocida como agonía. Cuando llegó el personal de la ambulancia, lo primero que hicieron fue apartar a la mujer que chillaba y después uno de ellos, en el tono en el que se responde a la maestra de clase, pensaste, os dijo: Ha entrado en *shock*, y en un minúsculo intermedio lograste incluso preguntarte si estaría hablando de ti, no fuiste mejor que eso, pero enseguida te apartaron de un empujón y se lo llevaron en una camilla para marcharse con su ambulancia y sus sirenas. Y tu madre se fue con ellos, mientras que tú, tú sencillamente te quedaste allí, en la casa, al fin y al cabo en ese momento no se trataba de ti, y cómo fuiste capaz de pensar algo así, el único accidente que habías tenido tú era que te habías orinado encima.

¿Y después?

Pasó mucho tiempo. Un tiempo larguísimo y espantoso. Se había hecho de noche y no sabías qué hacer.

Pero trataste de mejorar. Sólo tenías ocho años, no entendías gran cosa, pero lo intentaste, de verdad que lo intentaste, y pensaste que sería bueno que, cuando tu hermanito volviera a casa, el baño al menos estuviera ordenado y no tal como estaba en ese momento, con guarrería por todas partes, sobre todo en el suelo, donde él había yacido, un agua densa y mucosa que probablemente tenía el color del peligro, pero que tú sólo veías gris. Fue una tarea desagradable, claro, pero la llevaste a cabo, cogiste un cubo, un trapo y un estropajo, habías visto a tu madre usar esas cosas, así que bastaba con imitarla, podías desconectarte y, al acabar, no quedaba sino continuar, tenías que enjuagar el trapo, escurrirlo y colgarlo sobre el cubo, y luego, cuando te acercaste a la bañera, al agua que seguía caliente, te fijaste en lo que flotaba en el fondo, viste que aquella sustancia gris, mucosa e incierta estaba también ahí, en la bañera, y entendiste que procedía de él y que tendría que recuperarla, eso fue lo que pensaste. Claro, dijiste, o quizá lo lloraste: Es que yo era muy pequeño. Y en ese momento podría haberte dado un abrazo, tendría que habértelo dado, pero ahora estábamos los dos igual de asustados y tu historia aún no había acabado.

Cuando tus padres volvieron a casa, la luz de la noche ya azuleaba, pronto estaría amarilla, pronto brillaría opaca y con recelo. Seguías despierto, aterrado y a la espera. Seguías despierto, con una esperanza.

Pero sus rostros. Nunca olvidarías sus rostros. Y tampoco los sonidos, sus voces mudas y ahogadas, su desprecio, el hecho de que no dijeran nada y de que no hubo ningún consuelo. Y tampoco olvidarías nunca la casa, cómo la llegada de tus padres hizo que la casa, que ya era un gélido invierno en el interior de una cueva, pasara a estar aún más sombría, plana y vacía.

Tu madre se fue de inmediato al dormitorio. No fue al baño, no fue a coger vino y ni siquiera se desvistió. Ya no lloraba ni chillaba ni luchaba, sencillamente desapareció. Y tu padre se quedó parado en la entrada, como si se hubiera equivocado de casa, como si se hubiera perdido, como si intentara encontrar por todos los medios una puerta que no estaba allí, o como si no tuviera energía ni para el esfuerzo mínimo de bajar el picaporte. Estaba acabado. Nunca lo habías visto tan frágil ni tan exhausto. Tu propia invisibilidad te mordía el estómago como una serpiente en la

columna vertebral.

¿Dónde está?, preguntaste. De nuevo te encontrabas en una puerta, la otra, la que miraba hacia tus padres. De nuevo pellizcabas algo supuestamente normal. Y tu padre te miró a los ojos, le llevó un buen rato, pero lo hizo, y, sin embargo, habrías preferido que no lo hubiera hecho. Ésos no eran los ojos de tu padre. O tú no eras su hijo. Y no dijo nada, no te respondió, pero te dio un golpe, un golpe fulminante en medio del pecho, y aquélla fue la primera vez que sentiste su puño, que notaste lo fuerte y paterno que era en el fondo, muy distinto a los guantazos ocasionales a los que estabas acostumbrado, aquel golpe no tenía su origen en la irritación ni en la frustración ni en la decepción, y cuando recuperaste el aliento y te levantaste, te dejó claro, cristalino, que aquella nueva mirada negra, su odio, había llegado para quedarse, había llegado para estar. Lárgate, fue todo lo que dijo y luego escupió. No dijo nada como ve a acostarte o déjame en paz, sólo pronunció esa única palabra, lárgate, y en su odio no había el menor arrepentimiento, y tampoco ningún perdón. Aquel odio, que llegarías a conocer tan bien, se quedaría a vivir en las paredes, en los ojos y en las manos, para siempre, se cerraría, caminaría de puntillas y tomaría venganza, no sólo sobre ti, sino también sobre tu madre, el otro chivo expiatorio, y lograría machacar, estrangular y rechazar todo, absolutamente todo, lo que recordara a una familia.

A media mañana fuisteis al hospital para visitar a tu hermanito. Fuiste en el asiento trasero del taxi de papá, tenías hambre y estabas bastante cansado, pero te habías acordado de llevar lo que habías encontrado en la bañera, al menos parte, lo habías metido en un frasco que habías metido en una bolsa, te lo habías escondido debajo del abrigo y pensabas dárselo al médico sin que lo vieran tus padres, ése era el plan.

Nadie había dicho una sola palabra en toda la mañana y, al llegar al hospital, seguíais en silencio, un silencio intangible. Tus padres iban delante y guardaban tanto las distancias que podrías haber cabido perfectamente entre ellos, pero te quedaste detrás, entendiste que aquél era tu lugar. Era la primera vez que ibas a un hospital desde que naciste y no te gustó, te dio miedo, aunque también estabas un poco contento, al fin y al cabo ibas a ver a tu hermano. Y tenías pensado decirle algo. Quizá eso fuera lo más importante, que ibas a contarle que no había sido a propósito, que lamentabas lo ocurrido, y luego pensabas darle esa palabra, la gran palabra de los adultos, lo tenías decidido. Pero no fue eso lo que sucedió. Entrasteis en el hospital, tu padre se dirigió a la recepción y esperasteis un poco hasta que vino una señora a buscaros para conducirnos al sótano. Todavía nadie decía nada, todavía vagabais en aquella niebla muda y opresiva. Incluso el llanto de tu madre era silencioso. Veías que estaba llorando, desde detrás, se lo notabas en los hombros y en la espalda en tensión, pero no emitía ni un gemido. Y entonces. La mujer vestida de blanco que os acompañó y que se fundía con el pasillo blanco que recorríais, se detuvo delante de una puerta cerrada, se volvió, miró a tu madre y preguntó: ¿Estáis listos? Y aunque ni tu madre ni tu padre dijeron que sí, abrió la puerta y os dejó entrar. Era una habitación muy pequeña y dentro había un cuerpo, un cuerpo muy pequeño bajo una sábana sobre una superficie de metal, y en aquella habitación no había ninguna ventana, al fin y al cabo estabais bajo tierra, bajo el mundo, y sentiste que tenías que vomitar, pero no tenías nada que devolver, y tus padres se adelantaron, apartaron la sábana y el aire nunca fue más fresco que en ese momento, ni más afilado, y sentiste que unas manos asían tu pequeña vida.

Ven, dijo la mujer de blanco, no es peligroso.

Y tenía razón. No era peligroso. Ese día aprendí, dijiste, habían pasado casi veinte años y

seguías cargando con la misma culpa negra: Aprendí, y jamás lo he olvidado, que la muerte puede ser bastante bella y bastante soportable. Que la muerte, al fin y al cabo, es mejor, infinitamente mejor, que la agonía.

Y a no tenías un nudo en la garganta, habías terminado y algo traslúcido fluía sobre ti. Seguíamos frente a frente, con aquel mar entre nosotros, la fluidez y el peso de metros de oscuridad, un fluido pesado, el empuje de un mar que generaba una distancia esquivada y absolutamente insuperable. Pensé que me estarías viendo al otro lado, pero no fui capaz de cruzar. Ya no teníamos tamaño. Habíamos menguado, habíamos crecido y ya no teníamos hogar.

¿Quién eres, Sebastian?

Y no tenías respuesta para eso. Ninguno de los dos teníamos respuesta para eso. No sabíamos qué eras capaz de recordar, de ocultar o de olvidar. Ni a qué podías sobrevivir o cómo lo hacías. Pero ya habíamos llegado al límite. A la frontera de lo soportable. A la frontera de lo medible. Cero. Y en realidad ya todo carecía de importancia, ninguna otra pregunta precisaba respuesta. ¿Cómo se llamaba tu hermano?, pregunté, fue lo único, y tú, con tus ojos destrozados y ya despachados en la aduana, apartaste de mí la mirada, así es como lo recuerdo, otro cuerpo en la habitación con un corazoncillo detrás, apartaste de mí la mirada y la posaste en las fotos, en los rascacielos. Mira, dijiste, en el momento en que tus exhaustos ojos por fin se desprendieron. En medio de un silencioso aterrizaje. Mira. Y no llegaste a más.

Tuve que encargarme de llamar a tu madre. Tú dijiste que te faltaban las fuerzas. Estabas tirado en la cama, con la mirada clavada en el techo, incapaz de levantarte.

Pero estábamos de acuerdo en cancelar. Aunque la decisión fue mía, estábamos de acuerdo, al fin y al cabo todo se había derrumbado, todo se había desplazado. Ya no podíamos casarnos, hacerlo no habría sido sino un vals de infamia. Y quizá pueda pensarse que la cancelación de una boda supone una gran decisión, pero en realidad no fue difícil, de hecho fue sorprendentemente sencillo. Como rechazar con amabilidad la invitación de otra persona, así lo sentí, desde muy afuera.

Le había enviado un mensaje de texto a mis amigas, a las pocas que estaban invitadas: La boda se ha cancelado, punto, y le había enviado el mismo mensaje a mi madre, con un añadido: Avisa al resto de la familia. Así de sencillo, tan sólo unas pulsaciones en el teléfono, y no respondí a ninguno de los que me llamaron después, ni siquiera soportaba la idea de tener que dar explicaciones, de defenderme. Lo único que deseaba era ordenarlo todo, despejar la mesa, vaciar la agenda. Y no quería que nadie nos viera, no quería que nos vieran en ese estado. En muchos sentidos, mostré una eficacia ejemplar. En muchos sentidos, quizá no pudiera hacer otra cosa.

Había ordenado, al menos en parte, había metido las cosas de nuevo en los cajones y los armarios, había barrido y pasado la aspiradora, había intentado reintroducir la guata en los cojines del sofá. Había devuelto los muebles a su sitio y llevado las herramientas de vuelta al trastero. Había que conseguir que el apartamento volviera a ser habitable. Al fin y al cabo, íbamos a seguir viviendo allí. Y además no quería que tuvieras que ver de nuevo nuestro caos. Ignoraba cómo de fuerte estabas. Había colocado tu caja de nuevo bajo el suelo y tus papeles los había devuelto al armario de la cocina.

¿Qué le digo a tu madre?, te pregunté, pero te daba igual, tanto lo que dijera como el modo en que lo hiciera, al fin y al cabo era yo la que quería cancelar, así que podía decirle lo que me diera la gana. Y en el fondo habría preferido enviarle un mensaje de texto, igual que a los demás, pero sentía que no podía hacerlo, no después de que me hubiera encomendado aquella misión. Así que la llamé, saqué a Lady a dar un paseo y la llamé desde el parque.

Sol no se sorprendió. Sol no se preocupó. Y Sol no se apenó. Está bien, dijo simplemente, y no preguntó si la cancelación era una solución definitiva o sólo un aplazamiento, y tampoco preguntó a qué se debía.

Me ha contado lo de su hermano, dije cuando el silencio ya había durado demasiado. Y quizá

estuviera buscando una confirmación, o tal vez quisiera una disculpa, algo estaba yo buscando, pero tu madre no tenía nada así para darme, no tenía nada para mí en general, al fin y al cabo no se trataba de mí, al menos para ella.

De modo que recuerda a su hermano, preguntó, y le dije que sí, que ahora sí. Me alegro, dijo, me alegro de saberlo, pero ¿cómo está? Y le dije que no estabas mal, pero que estabas triste. O dije que estabas triste, pero que saldrías adelante. Pero quizá no fui lo bastante convincente. Supongo que no lo abandonarás, ¿no?, me dijo, supongo que te encargarás de él, ¿no? Y respondí que por supuesto. Pero, le dije, y notaba que tu madre ya estaba lista para colgar, pero me ha mentido mucho —yo era una niña, una chiquilla herida, amargada y desamparada—, al fin y al cabo yo no podía saber lo mal que estaba, ¿verdad? ¿Y ahora qué hago? Eso tenía ganas de preguntarle. ¿Ahora qué hago, maldita borracha de mierda? ¿No te das cuenta de que esto no es a lo que yo me había apuntado? Tu hijo no es responsabilidad mía, no es culpa mía que esté destrozado y ¿dónde estabas tú? ¿Dónde has estado todo este tiempo, maldita zorra? Eso era lo que tenía ganas de decirle: ¡Maldita, egocéntrica, patética y fracasada madre de mierda! Pero la mujer daba lástima, claro, igual que todos damos lástima. Y ninguna de las dos tenía palabras con las que mejorar aquella situación.

Todo es siempre peor de lo que parece, dijo, eso es lo que me ha enseñado la vida. Fue como una última respuesta. Nunca te permitas creer que las cosas no pueden empeorar aún más. Recuérdalo. Las cosas siempre pueden empeorar.

Cuando volví a casa, estabas sentado en el suelo, delante de la chimenea. Tenías la piel azulada y parecías aún más flaco que normalmente. ¿Qué estás quemando?, te pregunté, pero no respondiste. Me senté a tu lado. La perra se echó en mi regazo. La perra acabará siendo tuya, dijiste, y me pareció penoso que te llevaras una decepción por el hecho de que, por una vez, me escogiera a mí. De modo que seguí adelante, te conté que había avisado a tu madre, y un leve temblor recorrió tu cuerpo, como el que agita a la manzana en el árbol cuando pasa un camión del tamaño suficiente. ¿Cómo se lo ha tomado?, preguntaste. Pero ahora te veía, veía al chiquillo desesperado que llevabas dentro, veía quién eras y qué necesitabas, y mis principios no eran lo suficientemente firmes, no lo eran entonces ni lo son ahora, así que te mentí, como habrías hecho tú, y dije que se había llevado una decepción, pero que no se lo había tomado mal, y que te mandaba recuerdos. Sabes que te quiere, ¿verdad? Y por fin te decidiste a responderme: Estoy quemando la mochila de la NSB, mira, dijiste con una suave risa, mira cómo humean las líneas de suicidios noruegas. Y cuando la mochila se consumió, te giraste, me miraste y preguntaste: ¿Seguimos siendo novios?

Pasaba las noches a tu lado, acariciándote y agarrándome. Si no te tenía junto a mí, me resultaba imposible respirar.

¿Qué quieres hacer?, te pregunté. Necesitaba saber a qué aspirabas, que estabas haciendo, pensando y sintiendo mientras decías que estabas en otro sitio. ¿Eras un sinvergüenza sentado en un banco? Y en caso de que lo fueras, ¿cuál era tu meta? ¿La apatía o la desvergüenza? Pero no tenías respuestas, tus días eran demasiado malos y, en el relato sobre ti, Sebastian, no hay ningún hombre riéndose por detrás de la soledad. Mi relato es mejor. Te adentraste en el agua hasta que te llegó a la cintura, arrojaste la mayor piedra del mundo y me regalaste un anillo que no se rompería jamás, mientras que yo me moría por perdonártelo todo.

Ninguno de los dos fue a trabajar. No recuerdo qué hicimos, si es que hicimos algo, esa última semana antes del día en que habíamos planeado casarnos, pero ninguno de los dos se enfrentó al mundo exterior y ninguno de los dos atendió el teléfono. Si salimos del apartamento, fue sólo para sacar a la perra o para reponer las bebidas.

El sábado vino mi madre. Había llamado infinidad de veces, pero de pronto se presentó en la puerta, hecha un basilisco, en pleno día, claro, el 25 de febrero. Abre la puerta, chilló, y no había escapatoria. Por Dios, dijo cuando por fin le abrimos, llevándose la mano a la boca y con los ojos como platos, tenía esa expresión que se te pone cuando lo que ves resulta aún peor de lo que te habías imaginado, como si nos estuviera viendo en el telediario o algo así, cubiertos de rasguños, moscas, pústulas y sangre. Por Dios, repitió mi madre, ¡qué aspecto tenéis! Ay, mi niña, balbuceó, y ya no dijo más.

Traía *baguettes* con jamón y queso, una botella de vino blanco y un cuadro. Aunque por ahora no haya boda, así lo dijo, quería haceros un regalo de todos modos. En realidad había pensado regalaros el cuadro de Ekeland, nos explicó, pero como al final habéis cancelado, prefiero daros uno de los míos. ¿Qué os parece?

En el cuadro de mi madre aparecían dos personas, un hombre y una mujer, evidentemente, frente a frente estaban, tan pegados que sus cuerpos se fundían, desnudos bajo un cielo con chorretones rojos. No entendimos por qué nos traía ese cuadro, pero le dimos las gracias como es debido. Y seguramente le inspiramos lástima, o por lo menos se la inspiré yo, su afligida chiquitina, aunque en el fondo estaba aliviada, de eso nos dimos cuenta los dos, constantemente se pillaba sonriendo en exceso y tenía que morderse el labio para recuperar una expresión medio apenada. Comed, nos ordenó, ¡algo tenéis que llevaros al cuerpo! Y bebed, nos ordenó, como si realmente creyera que no lo estábamos haciendo ya.

Pero no tenía nada que decirnos, nada útil. Dijo algo sobre el amor, que el amor y la convivencia requieren mucho trabajo, muchísimo, y que como en cualquier otro trabajo, había que valorar el esfuerzo a la luz de la remuneración. Las cuentas tienen que salir positivas, dijo, y para que salgan positivas hay que invertir, pero para poder invertir, en fin, pues habrá que tener algún tipo de capital, ¿no? ¿Lo entendéis? ¿Recordáis lo que os dije sobre el yo?

Nos mermó tanto que estuve a punto de ahogarme. Era insoportable lo evidente que debía de haberle resultado aquella reprobatoria repartición. Estaba claro que mi madre sabía más que nosotros y se regodeaba en ello, nos lo restregaba, y yo ya no tenía claro quién de los tres debía sentirse más avergonzado. Ja, ja, dijo mi madre, la verdad, Sebastian, es que tiene cierta gracia

que esa filosofía tuya de la independencia tenga una noción de la realidad tan reversible, la verdad es que no tenía ni idea. Y no era fácil saber exactamente a qué se refería, no recordaba qué le había contado, cuánto podía haberseme escapado, lo mucho o poco que sabía en realidad, pero a ninguno de los dos se nos escapó el sarcasmo, tú ni siquiera levantaste la vista, no tenías fuerzas ni para mirarla a los ojos. Te mostraste sumiso, nunca antes te había visto sumiso, al fin y al cabo yo sólo conocía al otro hombre. Pero en cierto sentido me gustaba que mi madre estuviera de mi lado, que estuviera enfadada contigo. A fin de cuentas, si alguien podía estar enfadado contigo, era ella, y estaba claro que no sabía lo suficiente para poder apiadarse de ti por consideraciones especiales.

Métete en la ducha, me dijo. El mundo no se ha hundido, métete en la ducha. ¡Yo me encargo de ordenar esto un poco! Y cuando salí, quedó claro lo que entendía mi madre por ordenar. No había recogido una mierda, ni un solo vaso, ni una sola botella, en cambio te había ordenado a ti y, en realidad, hasta ese día, no supe que fuera posible amilanar tanto a alguien, parecías un prisionero sometido a interrogatorio en su propia casa.

Ea, mira qué bien, mucho mejor, dijo mi madre al verme, ¿estás lista?

Pero no me fui a casa con ella, ¿por qué iba a hacerlo? Me quedé contigo, con nosotros. Y aquél era el día de nuestra boda. Nos bebimos una botella de tequila y vimos un documental sobre John Wayne. Lloré bastante toda la tarde y luego empecé a fumar. Tú, por el contrario, habías terminado de llorar y estabas acabado.

Y después llegó la cotidianidad. Por poco cotidianos que nos resulten algunos días, noches y madrugadas, no podemos esquivar la vida del exterior, el hecho de que no hay nada fuera que te espere ni se detenga, de que no hay nada en la voraz normalidad que se entere siquiera de que falta un corazón, de que se echa de menos una sonrisa. ¿Y cuánto tiempo tienes, en el fondo, derecho a parar?

Al cabo de dos semanas, volví al trabajo. Me equipé con comida y un parte de baja médica, con osadía y con valor, y aun así no estaba preparada, no me esperaba todas las felicitaciones. Recibí una increíble cantidad de abrazos y la gente me echó encima su alegría. No sólo los colegas, sino incluso los padres y los niños perdieron las inhibiciones y me arrollaron con vino y bombones, dibujos y arte infantil. Quizá no había sido consciente de la hazaña que suponía casarse, de lo mucho que significaba aquel intento de felicidad, de construir algo definitivo, como si con un simple sí, se pasara el mismísimo examen de la vida. Y me hicieron tantas preguntas... Cómo había sido todo, lo que habíamos servido para comer, qué vestido había usado, qué tipo de flores, incluso hubo uno que me preguntó por la música, esto es, por el vals nupcial, y lo peor fue que en realidad tenía respuesta para cada cuestión. Todo había estado planeado. Todo había estado listo. De modo que me salió así, ese primer día del retorno, lo más sencillo era disimular y sonreír con los demás. Y quizá en ese momento te entendí mejor. Es mucho más fácil confirmar que desmentir. Atender a la verdad requiere un enorme derroche de energía. Eso es lo peor del sufrimiento, que devora su propio sentido y saquea toda integridad. Y aunque aún supiera poco sobre el dolor, el tormento o el suplicio, al menos entendía lo suficiente para comprender que era ahí, precisamente ahí, donde adquiere su rostro el amargo origen de la mentira, lo adquiere en un deseo intensamente generalizado, doloroso y calcinado, sin fórmula de explicación, sin fuerzas para un final.

En la asamblea fui la invitada de honor. Me pusieron una corona de princesa, me dieron una guitarra y tuve que tocar una canción mientras los niños cantaban a coro. Ahora eres una princesa, me dijo uno de los pequeños, porque ya tienes tu príncipe. Y aunque tuve que refugiarme en el servicio para llorar, mantuve la careta todo el día, incluso cuando mi jefa me llevó a un lado para decirme que no le gustaban las ausencias injustificadas, pero que lo iba a dejar pasar porque recordaba cómo era estar recién casada. Se rió un poco y me dio un codazo. Tampoco habrás estado tan enferma, ¿no?, me dijo en tono burlón y no pude sino seguirle la broma. Y cuando me preguntaron por el anillo de boda, no vacilé al decir que estaban haciéndole la inscripción, y recuerdo que, al compás de mis propias palabras, pensé: Ahora soy como tú.

No me di cuenta de que el chiquitín no estaba, me había vuelto tan egocéntrica que pasaron tres días hasta que pregunté por él. Quizá hubiera registrado que había un niño menos en la sección, pero el pelirrojo se había vuelto tan invisible y yo estaba tan ausente... ¿Está enfermo?, le pregunté a la jefa, la que tenía la responsabilidad, la responsabilidad principal si pasaba algo. No, ha dejado la guardería, me respondió, como si hablara del tiempo: Se ha marchado mientras estabas fuera casándote. Pero ¿por qué?, insistí, noté al instante que al cuerpo no le gustaba lo que había oído y además no me daba la gana creerme el tono totalmente neutral de mi jefa, o quizá no podía. Se mudan, dijo, así que tiene que cambiar de guardería. Ya está. Así de sencillo. Pero ¿por qué? ¿Por qué se mudan? ¿Y por qué tan rápido y sin previo aviso?

La jefa de sección arqueó las cejas y me miró con expresión medio atontada. Bueno, la gente se muda, respondió, no tiene nada de raro, ¿no?

Y quizá ahí, justo en ese momento, sintiera una pequeña punzada en el estómago, pero fue una punzada tan pequeña, tan fugaz, tan olvidable... Todo lo que necesitaba era otra cosa en la que pensar. Y la conseguí.

Dejaste de levantarte por las mañanas. Al principio por lo menos estabas despierto, me dabas los buenos días y te paseabas por la casa en albornoz y arrastrando los pies, pero al cabo de un tiempo ya no te tomabas la molestia ni de abrir los ojos. A veces te dejaba una taza de café en la mesilla, en ocasiones murmurabas un gracias, pero nunca te levantabas, al menos hasta que yo me hubiera marchado al trabajo y estuvieras seguro de que podías arrancar solo. No querías encender la radio. No querías desayunar. Y no me querías a mí.

Empecé a sacar a la perra. Nunca había sido tarea mía, al menos por las mañanas, pero ya no me quedaba más remedio. Cuando volvía a casa por la tarde, resultaba obvio que tenías más que suficiente contigo mismo. Aunque por lo general te encontraba en el salón, nunca llevabas otra cosa que el albornoz, en el mejor de los casos un pantalón de pijama. Podías pasarte una semana entera sin ducharte y hacía una eternidad que no te veía formando parte del mundo exterior, quizá incluso que no te veía sobrio. Y te planteaba preguntas, no me quedaba más remedio, como, por ejemplo, si tenías a alguien que te hiciera la compra o si ibas por las bebidas en pijama, pero no me respondías, no estabas accesible ni para bromas ni para ofensas.

En un par de ocasiones me dijiste: Relájate, ya me espabilaré. Otro par de veces estuviste lo bastante bien como para hacer la comida o acompañarme a pasear a Lady. Pero no espabilabas, no mejorabas y no te acordaste de mi día, pero cumplí veintidós años, y me volví impaciente y resabiada. Sebastian, esto no puede seguir así, te decía, y la verdad era que no podía.

Te pasabas horas viendo series cómicas americanas y programas cutres que antes nunca veías, o construyendo castillos de cartas o jugando con las fichas del dominó. Pero sobre todo estabas tumbado, en el sofá o en la cama, sencillamente en horizontal, con tu largo cuerpo estirado y la mano alrededor de una lata o una botella. Te preguntaba si querías jugar al *backgammon*, pero tu nuevo yo no quería. Te preguntaba si querías ver una película, pero tu nuevo yo tampoco quería. No tengo fuerzas, decías. Como si concentrarte en una secuencia de hora y media fuera demasiado para ti. Y no leías, ni siquiera un periódico o un tebeo, no escuchabas música, no charlabas sobre cosas agradables, no llevabas tus cascos a reciclar y no te encargabas de nada en la casa.

¿Era yo demasiado tonta para ti?

A veces me daba esa sensación, que no me considerabas merecedora del esfuerzo de dar explicaciones. Tenías la capacidad de desaparecer. Debía resultar cautivador tener esa facultad, ya habías desaparecido, pero eras capaz de desaparecer aún más, y a mí me desesperaba. No creo que te ayude mucho quedarte ahí tirado mirando al vacío. ¿Por qué no vienes conmigo a dar una

vuelta? ¿Cuánto tiempo crees que necesitas? ¿Hasta dónde piensas, en realidad, que debo estirarme? Pero ni siquiera te tomabas la molestia de responder a ese tipo de cuestiones. No sé, era lo más que decías y sólo de vez en cuando.

¿Qué tal estás hoy? Cuando llegaba del trabajo, siempre te preguntaba eso, siempre la misma frase pobre y desgastada. Como si realmente esperara que un día, de pronto, tuvieras otra respuesta. Como si de verdad creyera que un día, al volver a casa, me encontraría a otro hombre. Quizá ya no supiera si estabas fingiendo o si era de verdad. Tal vez incluso tuviera la esperanza de que no fueras verdad.

Esto no puede seguir así, te decía. Una y otra vez te lo repetía, y siempre asentías con la cabeza, despacio, de un modo rítmico, como si estuvieras de acuerdo, tal vez más que de acuerdo. Pero no decías nada, hasta que por fin, una noche...

Ya no tenías pesadillas, de madrugada ya no gimoteabas aunque siguieras insomne, y una noche me cogiste la mano y dijiste: Escucha, me lo susurraste, y la ciudad permanecía silenciosa a nuestro alrededor.

Me acariciaste el vientre, los pechos y el cuello, y aunque hiciera semanas que no hacías nada parecido, conseguiste que olvidara, al menos por un rato, la distancia incorporada a aquella caricia. Te amo, dijiste, y desde entonces y para siempre te oiría decirlo, exactamente de ese modo, y me preguntaría de quién sería la mentira.

Escucha, dijiste, esta vez más fuerte. Tengamos hijos.

Y era lo más chiflado y lo más normal que podrías haber dicho.

Pero nunca te respondí. Quizá pasara un día o cinco o quince, esas cosas no se recuerdan, no se les concede importancia cuando no eres tú quien está esperando, cuando tienes varias salidas entre las que escoger, el caso es que nunca te contesté. Me limité a seguir tomando la píldora, como siempre, sencillamente me levantaba por las mañanas, como siempre, iba al trabajo, volvía, te cogía la mano e intentaba sonreír. Pero ésta es la verdad: no soportaba verte. Tu actitud lastimosa. Tu triste vida de borrachuzo. No soportaba la idea de llevarte en el vientre. Y no soportaba la idea de tener que decirlo en voz alta.

Al final no quedaba nada. Nada que proteger. Nada de esplendor. Y quizá yo ya no supiera por qué lo aguantaba ni cómo lo hacía. Pero tenía una responsabilidad. Y la cosa acabó como tenía que acabar. Al final venció el desprecio.

¿Piensas matarte bebiendo?

Te lo pregunté una tarde al volver a casa. Joder, pusilánime de mierda, ¿has decidido matarte bebiendo, o qué? Recuerdo ese momento. Lo recuerdo con total claridad. Recuerdo tus ojos, cómo de pronto enfocaste la mirada y pareciste incorporarte al mismo tiempo y lugar en el que estaba yo. Fue como si recibieras una inyección nutritiva, un biberón de leche. Te enderezaste. Tu rostro adquirió un aire saludable y tu voz, una entonación más fría y más dura que no había tenido ni idea de que pudiera echar de menos.

¿Que si pienso matarme bebiendo?

Como si en la pregunta hubiera algo literal, algo tan espantosamente ridículo que proporcionó a tu angustiado abatimiento algo sobre lo que elevarse, algo de lo que burlarse.

¿Has perdido la cabeza? ¿Estás completamente ida?! ¿Tienes claro lo que significa matarse bebiendo, el esfuerzo que supone morir de ingesta de alcohol? ¿Acaso tienes algún interés por saberlo? Con esa recalcitrante corrección tuya y esa desdeñosa ignorancia de la esencia, quizá creas que para hundir a una persona basta con una cirrosis incipiente, pero ¿tienes huevos para imaginártelo hasta el final? Tú y tus ideas culturales en conserva, voy a decirte una cosa, para que te enteres de una puta vez, ¡es imposible matarse a base de beber! ¡Es prácticamente imposible! ¡Si te mueres de un coma etílico, es que has tenido mucha suerte, nada más! Los inmortales corrientes mueren de sobriedad, ¿no entiendes que se mueren porque su cuerpo ya no soporta su propio instinto de supervivencia? ¿Quieres que te cuente cómo sucede?

Es un viaje lento, lentísimo, esa batalla entre la cabeza y el cuerpo, un viaje presuntuoso y muerto ya desde su nacimiento. Si decides matarte a base de beber, te sobrevaloras del modo más grosero, ¡créeme! Si piensas que tus ideas envalentonadas tienen algún peso en su encuentro con los verdaderos límites del cuerpo, estás muy equivocada. Y si de todos modos lo intentas, si eres lo bastante tonta para intentarlo, no tardas en chocar con tu propia ineptitud. Al cabo de poco tiempo, o tal vez estés demasiado borracho para percibir el tiempo, en cualquier caso, antes de que te des ni cuenta, tienes el cuerpo, la cabeza y el corazón tan llenos de residuos, tan envenenados y destruidos, que ya no recuerdas ni tu voluntad de continuar. Te pasas las noches bebiendo, noches patéticas y egocéntricas en las que sueñas con la muerte y, cada vez que

descorchas una botella, cada vez que te llenas la garganta, crees estar más cerca de la meta, más cerca de algo creyente. El problema es que luego vuelves a despertarte. Siempre, cada vez. Y esto es lo que sucede: te despiertas, una y otra vez, porque el índice de escoria en sangre está bajando demasiado. Al final te tiemblan tanto las manos que ya no eres capaz ni de abrir la botella, estás tan contaminado que ya no te das cuenta ni de que necesitas ir al servicio. Te despiertas bañado en tus propios vómitos y tus propias heces. Te miras al espejo y eres incapaz de reconocer nada, ni el iris de tus ojos, ni tu propio color, ni siquiera tu propia mirada. Y eso no es más que el comienzo. Porque estás decidido a intentarlo, ¿no? Y una vez que te decides, está decidido. Así que continúas, confías en el alcohol y te aferras a la esperanza de que se produzcan insuficiencias agudas en la región central, de que algún órgano vital se detenga momentáneamente, pero ¿qué te piensas tú del cuerpo? Te voy a decir una cosa, el cuerpo es el elemento más infravalorado de la vida y obra de la sociedad moderna. ¿De verdad piensas que el hígado, los riñones y la vesícula biliar dejan de funcionar cuando a ti te da la gana? ¡Pues no! ¡No funciona así! Se tarda mucho tiempo en matar a los organismos destinados a velar por los otros organismos, más tiempo del que eres capaz de sobrevivir. La debilitación de los órganos es tan lenta que sólo alcanzas a sufrir los incómodos, pero en ningún aspecto letales, efectos secundarios del proceso antes de verte obligado a tirar la toalla. Todo el líquido que se te acumula en el cuerpo, por ejemplo, ¡te hinchas como un globo! El hígado está tan ocupado lidiando con los múltiples venenos del etanol que no tarda en verse desbordado y queda dañado, y aun así, dañado o no, no es el hígado lo que revienta primero, te lo aseguro, son las partes menos importantes las que menos aguantan, así es la cosa, las partes que no son exactamente cruciales, pero que aun así echamos de menos cuando nos fallan, y en este caso será la piel. De hecho, el corazón, el estómago, los pulmones y ese tipo de órganos, no se ven demasiado comprometidos por la congestión causada por todos los líquidos que no eres capaz de eliminar; la piel, en cambio, se enfrenta a serias dificultades. Basta pensar en los pies y los tobillos, que son los primeros en hincharse. La piel de esas partes del cuerpo no está diseñada para doblar su tamaño y tampoco es capaz de estirarse por encima de las ampollas que salen en los pies, le es imposible hacerlo, de modo que revienta y se producen grandes heridas que no dejan de sangrar y supurar, heridas que, mientras sigas bebiendo, no sólo no se cierran, sino que empeoran. Y ésta no es más que una de las muchas consecuencias imprevistas y dolorosas del estúpido proyecto de suicidio a largo plazo del que estás hablando. No cabe sino asumir que no somos lo bastante tenaces para llevar a cabo una tarea que requiere tanta perseverancia. Quererse morir no es en absoluto lo mismo que querer sufrir, coño, supongo que eso lo entenderás, ¡de hecho es exactamente lo contrario! Y en algún momento de la pesadilla de tu borrachera, mientras vas dando tumbos por tu casa, sollozando por las náuseas y chillando de angustia, de repente lo entiendes y empiezas a suplicar por una salida más rápida. Y es en ese momento —me dirigiste una mirada completamente irrecuperable—, es en ese momento, cuando ya estás tan mal que apenas soportas la certeza de encontrarte en tu propio pellejo, es en ese momento cuando de pronto todas las demás soluciones te parecen sencillas, buenas y quizá incluso entrañables. Y es entonces, cuando te encuentras en la mazmorra más subterránea, aquella que ni siquiera sabías que tenías en tu propia casa, cuando pasas a estar dispuesto a cualquier cosa. Es entonces cuando agarras la escopeta de tu abuelo, cuando te tiras delante de un tren, cuando te cortas las venas o cuando te tomas unas pastillas. O bien eso o bien alguien, alguien que probablemente está aún más chiflado que tú, te convence para que te metas en Alcohólicos

Anónimos, donde sólo conseguirás sufrir un poco más, una solución o una solución de emergencia, ya no las distingues. Pero una cosa sí que te ha quedado clara, una cosa sí que habrás aprendido, y es la siguiente: que matarse bebiendo requiere un coraje infinito y que tú no lo tienes, que eres demasiado pequeño, incluso para tu propia idea ingenua, y que matarse a base de beber ¡es sencillamente imposible!

Tienes que ir a un psicólogo, te dije. Estás enfermo. Tienes que ir a un psicólogo.

Y entonces te reíste. Una risa bastante breve, y aun así absolutamente normal. Por Dios, te reíste, no seas tan redomadamente cretina.

Te dirigiste hacia la cocina y, al pasar a mi lado, me diste un beso en la mejilla, como si nada. Hablo en serio, te dije, quizá con excesiva gravedad. Y regresaste con dos cervezas antes de contestar, antes de preguntar: ¿Por qué? ¿Por qué piensas eso? Y la pregunta era genuina, no percibí el menor enfado ni tampoco ironía. Vacilé un momento, pero acabé cogiendo la cerveza y con ello conseguí que volvieras a reírte y dijiste algo así como: Querida, la cerveza no produce urticaria. Y repetiste: Querida, ¿no estás de acuerdo con mi teoría del suicidio?

Creo que no respondí. Creo que debiste entender que mis respuestas estaban más adelante.

Como sabes, dijiste, eres tú quien tiene los pensamientos destructivos. Yo sólo me tomo unas cervezas. ¿No se puede tener un pequeño periodo de depresión? Y el simple hecho de tener opiniones que no tienen cabida en tu zona de confort, no implica que esté enfermo, ¿no? Además es a ti a quien le gusta hablar de suicidios, eres tú la que hace estas preguntas tan poco productivas: ¿Cómo te quitarías la vida? ¿Piensas matarte bebiendo? ¡No las hago yo! ¡Yo me limito a responder! Pero quizá vaya siendo hora de que te pregunte qué piensas tú, puesto que por lo general te limitas a escuchar con cara de susto. Así que, en el fondo, ¿tú qué piensas?

Y te reclinaste. Como si acabáramos de poner una película. Incluso la perra saltó al sofá. Había llegado el momento de relajarse.

¿Que qué pienso?

¡Sí, coño! ¡¿Qué piensas?!

¡Pienso que quitarse la vida es superegoísta!

Así lo dije, superegoísta, al fin y al cabo sólo tenía veintidós años, e intenté abrir los ojos tanto como lo habías hecho tú.

Piensa en toda la gente enferma, dije, en cómo se aferran a la vida y luchan por alargar el tiempo que les queda. Piensa en los que acaban inválidos y se pasan el resto de su vida atados a una silla de ruedas, o en los que pierden a sus hijos, a su marido o a su mujer. Piensa en todos los que viven un calvario de dolores y, sin embargo, contra todo pronóstico, se levantan cada mañana y salen a la calle. Pensando en ellos, ¿no deberíamos considerar ingratos a aquellos que, pese a tener más cosas de las que alegrarse, deciden tirarlo todo por la borda? ¿Y qué pasa con aquellos a los que dejan atrás? Con las personas que se ven forzadas a vivir con el eterno dolor y la maldición de saber, sentir, soportar y asumir que aquél a quien querían prefirió largarse, ¿qué pasa con ellos? ¿Acaso no son víctimas de un egoísmo absolutamente podrido, malcriado y repulsivo?

Llevabas el apesoso albornoz en el que te habías encurtido en las últimas semanas y de pronto caí en la cuenta de que hacía días que no te cambiabas de calzoncillos. Y aun así tenías los ojos más grandes que yo y mantenías intacta tu desdeñosa lucidez, como si vistieras magníficas prendas

hechas a medida, un majestuoso traje de esqueleto. Eres banal, dijiste simplemente, y nada en tu voz indicó que tuvieras el menor interés por seguir la conversación.

Pero al día siguiente cambió todo. Cuando volví del trabajo, te habías duchado y vestido, había rosas en un jarrón sobre la mesa y estabas escuchando música. Dijiste: He pensado que tienes razón.

Estabas en nuestra casa, con vaqueros y camisa, y tu piel había recuperado su color normal. Seguramente necesito un psicólogo, dijiste. Por muy ridículo que me hubieras dicho que lo encontrabas, por imposible que te hubiera parecido, de pronto tenía ante mí a otro hombre, de pronto te habías colocado al sol. Hasta muchos días más tarde no asimilé que realmente eras real.

No sé a qué se debió, tal vez te espoleó oírte a ti mismo hablar, quizá simplemente te hartaste de tu propia apatía, en cualquier caso, tu luto, tu periodo, tu ataque, lo que fuera, se acabó, ya no te quedaban lágrimas y estabas descansado y restituido. No quiero perderte, dijiste, bebiendo zumo de frambuesa.

Querías que nos fuéramos de viaje, dijiste que teníamos mucho terreno que recuperar. Necesitamos reencontrarnos, eso fue lo que dijiste, no podemos vivir así. Y aunque yo quizá no lo creyera posible, aunque tal vez no pensara que pudiéramos reencontrarnos, sí quería marcharme, quería intentar fingir, y por eso nos fuimos al bosque. Cogimos a la perra, una tienda de campaña y el camping gas, y pasamos un fin de semana largo a orillas de una laguna en el campo, más no podíamos hacer ahora que habían salido a la luz tus deudas. Y durante mucho tiempo, por todo el camino hasta allí, durante la primera noche, el primer día, no hice otra cosa que esperar el momento en que te vería derrumbarte, pero al cabo de un tiempo, a medida que fui viendo cómo jugabas con Lady y conseguías que se sintiera segura en el agua, cómo limpiabas el pescado, encendías la hoguera, comías chocolate y mirabas las estrellas, cómo me acariciabas la mejilla con una brizna de hierba mientras me susurrabas una historia completamente increíble, cómo te zambullías en el agua, en aquella gélida agua primaveral y, al salir, te tendías al sol y estabas en la gloria, con esa sonrisa que había tenido miedo de que hubiera desaparecido para siempre, al final, fui incapaz de resistirme.

Cada noche nos sentábamos ante la hoguera. Cada noche señalabas las estrellas. Y cada noche repetías que ibas a espabilar. Ya se ha acabado, créeme, decías, voy a arreglarlo todo. Y aunque quizá no creyera que todo pudiera arreglarse, al menos me alegraba de que quisieras ir al psicólogo, de que quisieras poner orden en tu economía y volver al trabajo. Hazlo poco a poco, te dije, para no llevarte un golpe, y estabas de acuerdo, eso era precisamente lo que pensabas hacer.

Y mantuviste tu palabra. Te espabilaste. Durante las semanas siguientes, te levantaste a la vez que yo, desayunamos juntos, como antes, sacaste a la perra, preparaste la comida y continuaste bebiendo zumo de frambuesa. Y me diste las gracias, dijiste que sin mí, nunca habría funcionado. Me has salvado, dijiste, y fue hasta descarado lo bien que me sentó oír eso. Seguía sin saber si alguna vez seríamos capaces de reencontrar el camino a casa, pero de todos modos me pusiste contenta. Fuiste a terapia y fuiste al banco, tenías un futuro y un plan de amortización. Ibas a trabajar dos veces por semana, ya estabas recuperado y te esforzabas por regresar a esa vida que se me había augurado. Y estábamos bien. Aunque mi madre y mis amigas me preguntaran por qué no te dejaba, seguías siendo mi chico, no podía abandonarte y, además, ya éramos normales, más normales de lo que quizá hubiéramos sido nunca. Hacíamos pizzas, veíamos películas románticas, íbamos a cafés, hacíamos pícnicos en los parques y sólo bebíamos vino los fines de semana. Éramos supernormales. Incluso empezamos a jugar al ajedrez y a ir a fiestas, y por las noches, a veces, seguíamos dándole vueltas al globo terráqueo.

Y esto es todo lo que recuerdo del final. Ese tiempo que pasó, transcurrió, corrió y desapareció. Esos días condenados en los que intentas, hasta la náusea, insistir en una ceguera amorosa. Burbuja.

No es demasiado tarde, decías. El mundo no se ha ido a ningún lado, todavía podemos marcharnos de viaje.

Mírame, me susurrabas, quizá cogiéndome la cara entre tus manos, acariciándome con tu manto de palabras, besándome sin ninguna armadura. Y no necesitábamos casarnos, insistías en eso, podíamos tomarnos el tiempo que necesitáramos, ser un poco, vivir un poco. Decías: Por Dios, ni siquiera necesitamos un velero, ¡podemos ir en tren! Y estabas tan tierno, tan joven y tan esperanzado, exactamente como lo había sido yo, y lo que más deseaba en el mundo era creerte, me moría de ganas de abandonarlo todo y largarme contigo, ¿qué tenía en realidad que perder?

Pero no lo decía. No lo dije hasta el último día, hasta que regresamos a la playa en la que nos conocimos. Esperé, te hice esperar, hasta que estuve segura.

Fue idea tuya, querías que celebráramos nuestro segundo aniversario, así que nos fuimos a la playa con fresas y una barbacoa de usar y tirar. Éramos exactamente como los demás hasta que dijiste tus palabras: No hay ni un tú ni un yo, y entonces rompí a llorar.

Fue un día precioso, un día perfecto. Estábamos tumbados sobre las peñas y el cielo estaba incandescente. Me voy contigo en ese tren, dije. Sólo eso. Y luego nos abrazamos, nos besamos y nos enrollamos debajo de una toalla. Tenías el mar entero bajo la piel, todo nuestro viaje en la mirada y, al montarnos en el autobús de regreso, estabas exultante, no recordaba haberte visto nunca tan contento, notaba que burbujeabas, que ardías.

Vente conmigo a la fiesta, te pedí. Estaba achispada y quería seguir con la celebración. Pero tú dijiste: Ve tú a la fiesta, que yo me llevo a Lady a casa. Pásatelo bien, eso fue lo último que dijiste.

Volví a casa demasiado tarde, así de sencillo. Era ya mediodía, hacía demasiado buen tiempo, tenía la fiesta y el desasosiego metidos en el cuerpo, y llegué demasiado tarde.

Te había dado tiempo a todo.

Nuestra cama estaba en la acera. En algún momento de la noche o de la mañana, la habías bajado a la calle, aunque primero tuviste que desmontarla, pieza por pieza, y una vez abajo, tuviste que armarla de nuevo. A continuación tuviste que subir a buscar el colchón, y luego el edredón, las almohadas y la colcha. Tuviste que hacer la cama en la calle. Es imposible entender de dónde sacaste las fuerzas.

El apartamento estaba limpio y ordenado. Habías fregado los platos. Habías guardado la ropa tendida. Habías lavado todas las superficies. Al abrir la puerta, lo primero que noté fue el olor a jabón. Quizá incluso alcancé a sentir cierta gratitud. Tal vez hasta me imaginé un día mejor.

Pero la perra salió corriendo. Apenas había entrado en el recibidor cuando vino embalada y salió disparada por la puerta. Y no fui tras ella. Me quedé parada, bastante rato, creo, me mantuve en pie hasta que tuve claro lo que me podía esperar. Porque flotaba en el aire y se precipitó a través de mi interior, me atravesó el vientre, el pecho y las piernas, la certeza de que nada era normal, aunque todo lo pareciera, y de que a partir de esa única hora de ese día y durante los meses y años que vendrían, todo giraría en torno a precisamente eso: mantenerse en pie.

Pasé al salón y vi tus fotos en el suelo, de cara a la pared. Tus rascacielos no significaban nada para mí, habría dado igual que siguieran colgados, sencillamente habría dejado de mirarlos. Pero como habías puesto tanto cuidado en que significaran algo, acabaría buscándoles un sentido, trataría de averiguar si contenían un mensaje, algo más allá de una historia épica cualquiera. Y llegaría a perderme en la búsqueda de ese mensaje.

En el sofá había dos bolsas de plástico. Ambas de la tienda de comestibles al final de la calle, ninguna lo bastante elegante para el contenido. Mis vestidos de novia. Los saqué y los extendí en el suelo. Primero el que yo había elegido, la variante normal, sencilla y enormemente creíble. Luego el que habías encargado tú a medida, el que yo había olvidado por completo o en el que nunca me había atrevido a creer. Lo habías enrollado e introducido en la bolsa como si fuera un saco de dormir, así que tuve que romper el plástico para sacarlo, era un vestido elegante de detalles sofisticados, sin parangón con nada que hubiera visto nunca, como es obvio, procedía de ti, y aunque yo nunca habría escogido ese vestido, no necesité probármelo para saber que me quedaba bien. Era perfecto, igual que el mío, y ahora los dos vestidos yacían el uno contra el otro,

el sencillo y el elaborado, el sincero y el excesivo, ambos con las medidas exactas, como si pudiera elegir.

No sé cuánto tiempo me quedé en el salón, con mis vestidos, detrás de tus fotos. No sé qué esperaba poder aplazar ni por qué. Pero no cambié nada, eso sí lo sé, y también debía de saberlo en ese momento, en nuestro vibrante hogar muerto, no introduje ningún cambio en nuestra historia.

Tenía una idea, la soñadora idea de la última esperanza.

¿Y si sencillamente te habías marchado? ¿Y si simplemente habías cogido una pequeña mochila y te habías marchado? ¿Y si estabas en un tren o en un avión, de camino a un banco en un parque en otro tipo de ciudad?

Y me imaginé tu salto. Te imaginé saltando desde el acantilado más alto, vestido con tu traje de supervivencia a medida, te imaginé volando por los aires con tus amigos. Y me imaginé el aterrizaje, sobre la hierba, la arena blanca o el suave fondo del bosque. Me imaginé allí, esperando para recibirte con un abrazo. Es más, te imaginé queriendo seguir. Te imaginé recorriendo el país en una moto de alas rojas, navegando por el mundo en un barco que no se pudiera hundir, cazando por selvas verdes con armas que sólo tenías tú. Te imaginé leyendo todo el amor de ficción con la certeza de que nunca superaría el tuyo. Esas cosas pensé, o me imaginé, o me imaginé que vi. Tú y yo. Nos llevaba en el cuerpo como una idea eternizada. Y era tan auténtico que no sabía a quién de los dos debía buscar.

Espero que simplemente se haya largado, pensé, al fin y al cabo sólo tenía veintidós años. Y ésa fue la idea que me sostuvo mientras salí del salón, crucé la entrada y la cocina y entré en el dormitorio.

La otra habitación.

Estaba tan vacía... Quizá no hubiera sitio ni para la sorpresa.

Colgabas a sólo diez centímetros del suelo. Un libro grueso habría bastado para sostenerte. La Biblia, por ejemplo, o una versión algo alargada sobre Howard.

Más tarde le daría muchas vueltas a esos diez centímetros. Es el tipo de cosas a las que después dedicas tiempo, todos los detalles impenetrables. Me preguntaría si habrías medido previamente la distancia, si habrías realizado un cálculo preciso o si por el contrario habrías permitido que las casualidades siguieran su curso. Evidentemente era imposible de determinar, no sólo tu grado de cálculo, sino incluso en cuál de las versiones me apetecía más creer. Porque acabaría encontrando muchas versiones. En ese sentido fuiste generoso.

Habrías usado una cuerda de la comba, una de esas cuerdas de color pastel que se compran en las jugueterías. Eso también me daría que pensar, despertaría algunas de esas preguntas intrascendentes que de todos modos acaban siendo cruciales. ¿Habrías ido a una juguetería a comprarla? Y en tal caso, ¿cuándo? ¿La habrías tenido guardada en un cajón todo ese último tiempo? ¿O te la habrías encontrado por la calle el día antes? Durante cuánto tiempo lo habías planeado, ésa era la cuestión que me resultaba más precaria. Quizá no lo hubieras planeado en absoluto, en cuyo caso toda la culpa sería mía, todo se debería a mi error, al hecho de que había llegado demasiado tarde a casa. Podía parecer que habrías estado esperando el momento adecuado, esperando a que yo cometiera un error. Aunque, claro, casi nada en ti era lo que parecía.

Nuestra habitación estaba fresca, a pesar del calor que hacía en el exterior. Estaba fresca y silenciosa, no oponía resistencia. Colgabas de un gancho en el techo y estabas desnudo. Tu cara era una mueca. Tu cuello estaba destrozado. Tus ojos no tenían paz. Tus puños estaban cerrados. No quería mirarte, pero no me di cuenta de lo pálido que estabas hasta que supe que estabas muerto. Y quizá luego sí quisiera verte, o ver tu ausencia, supongo que ése es el tipo de cosas que procuramos hacer.

Quería levantarte. Quería levantarte y descolgarte, quería que fuera sencillo. Quería sujetarte, sujetarte y sujetarte, mostrarme serena, adulta y suave. Quería cogerte como a un polluelo recién nacido. Y antes de soltarte, quería besarte en el pecho, en la frente y en la boca. Quería tenerte en mi regazo y cerrarte los ojos. Quería sentir tu último calor.

No pretendía tener tanto miedo.

Pero te llevo en la sangre. Del modo en que todo el mundo tiene una caída en el cuerpo. Te llevo en la sangre como un cristalino límite temporal, como una insinuación, un abismo, un descenso hacia aquello que anhela. Todos los días. Todo el tiempo. Eso que se sabe, pero de lo que no se tiene certeza. Lo ineludible.

A veces me despierto de madrugada y oigo tu sonido. Los ruidos de un novio que trajina en la cocina, tus pasos, el agua y el ritmo. A veces te oigo recoger el periódico, poner el café o encender la radio. Te oigo abrir la puerta de la nevera, servirte algo en un vaso y llevarte el vaso a los labios. Todo eso puedo oír antes de abrir los ojos. A veces duermes a mi lado, en ocasiones oigo incluso tu respiración. Oigo tus palabras, Sebastian. Noto tu olor. Y tu sabor. Y el peso de tu voz. Pasa por una luz azulada, luego amarilla, luego naranja y negra, como un peso liberador del que no me desharé nunca. A veces, cuando voy en el tranvía sentada junto a un desconocido, de pronto percibo algo casi igual. Puede ser el ruido de una chaqueta, una silueta por el rabillo del ojo o un brazo que apenas me roza. Basta una ráfaga de tu perfume y quiero olvidarme de todo lo demás, continúa siendo así, al instante quiero hundirme varios años a través del cuerpo y vaciarme de todo salvo de tu holograma. Porque sigues aquí, no te vas. Y el cuerpo no olvida. La nariz, la boca, la lengua y los labios no precisan más que el menor recordatorio, igual que la piel, que puede engañarse para creer que sigue viva. Mi cuerpo tiene almacenado el otro cuerpo, tu cuerpo, y los sentidos de su memoria son infalibles. No tiene nada que ver con la voluntad. No es como con el relato. El relato es siempre distinto y tiene sus propios motivos insondables. Dispone de incontables versiones, una inexactitud autodistorsionada y cientos de frases meramente decorativas. Es inevitable, el relato siempre miente, está siempre a la caza del lenguaje correcto, incluso allá donde no existe lenguaje. Pero la sangre, la sangre no miente. Y por eso puedo hacer mía tu historia, por eso puedo acostarme por la noche y esperarte hasta que llegas.

Porque te llevo en la sangre. Escucha. Desearía que lo supieras. Te llevo en el miedo y en el coraje. Te llevo en la culpa que has plantado, en las manos, en los ojos y en la boca.

Y, escucha, llevo tu anillo. Un pliegue en la piel del dedo cubierto de cicatrices, tu anillo que se revienta hacia el interior. Adentrándose cada vez más en los circuitos de la sangre, con su propio recorrido, su propia dirección. Y en ocasiones noto incluso cómo se mueve, siento un pequeño pinchazo, como una caída en tu avance progresivo. Y ya no sé de qué interior te nutres, ni qué vena estás atravesando, ni cuándo llegarás. Pero sé, y quiero que tú lo sepas, que cuando llegues al corazón, me moriré.